

# SOMBRA

Las profecías

*Marifé Barchino*

# **SOMBRAS**

## **Las profecías**



**Marifé Barchino**

© *Marifé Barchino. Todos los derechos reservados.*

*Copyright 2019: Marifé Barchino.*

*Diseño de portada: Marifé Barchino.*

*Título Original: Sombras. Las profecías.*

*Libro corregido y revisado por: Marifé Barchino.*

*Reservados todos los derechos.*

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.*



Ya es demasiado tarde...  
Te he dedicado esta novela.  
Gracias por elegirla.



## PRÓLOGO

Unas tenebrosas y mortíferas sombras, aguardan con paciencia su momento.

Durante siglos han estado ahí, esperando la fuerza necesaria para poder despertar, y llegar a nuestro mundo dejando atrás el inframundo.

Al despertar, y salir del inframundo, necesitarán alimentarse para sobrevivir entre nosotros.

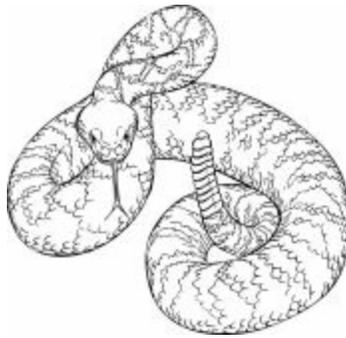
Las almas de los más jóvenes les servirán de alimento provocando en ellos una muerte prematura, y disminuyendo con ello poco a poco, la continuidad de la humanidad.

Para llegar a su mayor esplendor se reproducirán y así, nunca desaparecerán. Cuando consigan obtener su máximo poder, nada, ni nadie, podrá con ellas, y ese será nuestro final.

Pocos saben de la existencia de esas mortíferas sombras, y menos aún, saben como traerlas a nuestro mundo.

El sufrimiento y el sacrificio, de generaciones de mujeres de una misma familia, proporcionará a la elegida todo lo necesario para impedir la destrucción de toda la humanidad.

Y mientras llega la elegida...



# CAPÍTULO 1

## Talía y Tobit

El sol empezaba a esconderse para dejar al descubierto a la luna llena. Los árboles del bosque dejaban que el viento despeinara sus ramas dejando caer algunas de sus hojas.

Talía, de repente, empezó a correr por el bosque asustada, al poder ver a lo lejos, detrás de ella —entre los árboles—, unas enormes y oscuras sombras que se movían cobrando vida; iban transformándose —poco a poco—, en unas figuras alargadas con forma de lenguas viperinas, deslizándose y avanzando a través de los viejos y frondosos árboles.

Tenía que darse prisa en salir de allí, pero la noche, y la tétrica oscuridad que producían aquellas sombras —tapando la luz de la luna—, le dificultaban para encontrar el camino de vuelta a su aldea.

Cada pisada que daba sobre la tierra producía un sonido estremecedor al romper las hojas que caían de los árboles por el fuerte viento. No podía permitir que todo aquello la paralizara, debía llegar lo antes posible a la aldea para avisarles.

¿Qué ocurría?, ¿qué tenía que decirles con tanta urgencia?

Después de un buen rato corriendo sin parar, Talía pudo ver a lo lejos una luz amarillenta que se acercaba a ella; parecía una pequeña antorcha, y eso la alivió. Aumentó la velocidad de sus pasos dirigiéndose hacia ella; seguro que ya estaba muy cerca de la aldea. Pero su tranquilidad duró muy poco. Los silbidos del viento y la oscuridad aumentaba; sentía que no estaba sola.

De repente, tropezó con un tronco caído en el suelo perdiendo el equilibrio y cayendo sobre la hojarasca. La desesperación se apoderó de ella pensando que estaba perdida, y con ella, toda la aldea.

El miedo, unido a la desesperación por no llegar a tiempo, se apoderó de ella provocando que cada vez que intentaba levantarse, sus pies resbalaran volviendo a caer.

Inesperadamente, notó que el viento que azotaba su rostro desaparecía; algo lo paraba. Una mano salió de aquella tenebrosa oscuridad y la agarró con fuerza del brazo levantándola inmediatamente del suelo. Se giró, y gracias a la luz de la antorcha pudo verlo; era Tobit.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Talía.

—Caía la noche, el viento empezaba a soplar con mucha fuerza, y no habías vuelto. Estaba preocupado —respondió Tobit.

—Gracias, Tobit, pero debemos darnos prisa para volver a la aldea.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó Tobit al mirar a los árboles que Talía había dejado atrás.

—¡Son las sombras! ¡Han vuelto! —exclamó con desesperación Talía.

—¿Las sombras de las que tanto nos han hablado?, pero no tienen forma de... —dijo Tobit impresionado.

—Si no nos damos prisa podrás ver sus formas por primera y última vez en tu vida. ¿Es lo que quieres? —dijo irónicamente Talía interrumpiéndolo.

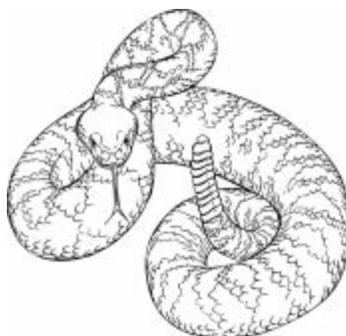
—No, pero...

—¡Corre!, avanzan muy deprisa, debemos llegar a la aldea antes que esas sombras para poder avisar a todos —gritó Talía sin dejarle terminar la frase.

Talía y Tobit, corrieron hacia la aldea. Con la luz de la antorcha era más fácil correr sin caerse, e ir en la dirección correcta.

Hacía unos tres lustros que aquellas tétricas y temibles sombras no aparecían en la aldea.

¿Por qué ahora?



## CAPÍTULO 2

### Tres lustros antes

La aldea parecía estar maldita. Todas las noches de luna llena aparecían unas mortíferas y oscuras sombras —con unas formas que se asemejaban a unas enormes y peligrosas serpientes—, penetrando en la aldea y llevándose la vida de un niño.

Cuando los aldeanos las veían llegar, se ocultaban todos en sus cabañas, cerraban las puertas y tapaban cualquier hueco que hubiera entre los troncos que formaban las paredes de sus hogares, pero las sombras eran capaces de encontrar el más diminuto hueco para colarse por él y entrar dentro de ellas.

Una vez dentro, buscaban a un niño pasando muy cerca de los cuerpos de los aldeanos hasta encontrarlo. Los aldeanos sentían que les rodeaba una especie de llama negra, experimentando dentro de su cuerpo el poder del fuego, hasta que se marchaban. El único sonido que acompañaba en ese terrorífico momento a la aldea, era el silbido del fuerte viento que producía la presencia de las mortíferas sombras.

Al encontrar a los niños, elegían solo a uno. Lo ocultaban debajo de ellas rodeándolo con un humo denso y negro, que nadie podía atravesar. Absorbían el alma y la vida del niño. Teñían el color rojo y brillante de su sangre por un color negro y opaco. Al acabar con esa vida inocente, abandonaban el cuerpo sin vida del niño dejándolo en el mismo sitio donde se lo habían encontrado.

Las tenebrosas sombras, volvían a recorrer las cabañas pasando tan cerca de los cuerpos de aquellos aterrorizados aldeanos, que podían sentir como el interior de sus cuerpos se enfriaba, produciendo escalofríos que les dejaba el

vello de punta; parecía que estuvieran buscando otra vida que llevarse. Después, acababan desapareciendo hasta la siguiente luna llena.

El cuerpo del niño quedaba totalmente helado, y el color rosado de su piel se tornaba blanquecino. Sus vasos sanguíneos se transparentaban pudiéndose ver como si las ramas quemadas de un árbol recorrieran todo aquel pequeño cuerpo sin vida. Los ojos quedaban abiertos, totalmente negros y reflejando terror. Cuando los padres del niño cogían en sus brazos el cuerpo para llorarlo, comprobaban que no pesaba; todos los huesos del cuerpo del niño habían desaparecido de su interior.

Ante la impotencia y desesperación de los aldeanos por no saber que hacer para impedirlo —después de la última noche de luna llena—, el líder de la aldea quiso parar toda aquella tragedia que les invadía durante décadas; ya que acababa de tener dos bebés, y ahora podía entender perfectamente el miedo y el dolor de los demás aldeanos.

El líder fue hacia la cabaña de la anciana curandera de la aldea. Entró, y se sentó en el suelo enfrente de la anciana. La miró, y esperó a que ella también lo mirara para poder hablar. Cuando la anciana curandera abrió los ojos y lo miró, el líder le pidió que le ayudara a buscar una solución para poder acabar con las sombras, o al menos, para poder proteger a los pocos niños que quedaban en la aldea.

La anciana, sin decir ni una sola palabra, cogió unos pequeños saquitos con hierbas, sacó algunas y las introdujo en una cazuela con agua caliente. Esperó a que hirvieran, después las sacó y las echó en un tazón de madera machacándolas con un pequeño y grueso tronco. Se sentó en el suelo enfrente del líder dejando sobre la tierra cinco pequeñas piedras negras formando los vértices de un pentágono, y en su centro colocó el tazón con las hierbas machacadas e hirviendo. Movié sus manos alrededor del humo que salía del tazón recitando unas palabras que ella sola podía entender. El humo empezó a espesarse formando figuras en el aire. La anciana permaneció en silencio observando esas figuras, e intentando interpretar lo que el humo con sus diferentes formas le quería decir.

El líder esperó pacientemente y en silencio a que la anciana curandera le explicara lo que estaba viendo.

¿Qué estaba intentando decirle aquel humo denso?

Poco a poco, el humo fue perdiendo intensidad hasta desaparecer por

completo. La anciana curandera miró al líder con la preocupación reflejada en su rostro. En ese instante, el líder rompió el silencio.

—¿Ha visto qué debemos hacer?

La anciana asintió con la cabeza. El líder, impaciente, volvió a preguntarle qué era lo que debían hacer.

—He visto una joven mujer de pelo blanco con los brazos en cruz. Sus muñecas estaban sujetas por unos grilletes. De ellos salían dos cadenas amarradas a unas argollas sujetas a dos troncos; uno a cada lado de la joven mujer. También había un círculo de fuego a su alrededor —contestó la anciana curandera.

—¿Me está diciendo que tenemos que sacrificar a una joven mujer de pelo blanco atándola con unas cadenas a unos troncos y rodearla de fuego? —preguntó el líder, repitiendo las palabras de la anciana curandera con incredulidad.

—¿Y así no se llevarán a ningún niño más, y no volverán? —siguió preguntando el líder, cada vez más exaltado.

—Exacto, aunque no acabaremos con ellas, aún no —respondió la anciana.

La única mujer joven de pelo blanco que había en la aldea era la esposa del líder, y además, era la madre de sus dos bebés mellizos.

—¡No!, no puedo hacer semejante atrocidad —respondió el líder muy enojado.

—Si no lo hace, después de tres lunas llenas no quedarán niños en la aldea, y eso acabará con la esperanza de vida de la misma. Ninguna mujer querrá tener más hijos para verlos morir al poco tiempo, de esa forma tan atroz —dijo la anciana curandera.

—¡No puedo sacrificar a mi esposa y dejar a mis hijos sin madre! —exclamó el líder.

—Puede no hacerlo, y con ello no perderá a su esposa, pero solo quedan tres niños en la aldea, y dos de ellos son sus hijos. Si no la sacrifica, en tres lunas o tal vez menos... perderá a sus hijos, los sentenciará y con ello, la continuidad de la aldea —replicó la anciana curandera.

El líder se levantó del suelo y comenzó a dar vueltas en forma de círculos muy pequeños, y con las manos en la cabeza. No podía perder a su esposa, pero tampoco podía perder a sus hijos.

Si perdía a su esposa, sus hijos cuando crecieran y se enteraran, no se lo perdonarían, y los perdería. Si no lo hacía, perdería a sus hijos, y cuando su esposa se enterara, tampoco se lo perdonaría y la perdería. Hiciera lo que

hiciera los perdería a todos, y esa solución no acabaría con las sombras, es decir, que con el tiempo podrían volver a aparecer.

Él era el líder de la aldea, el único que podía tomar esa decisión; toda la responsabilidad caía sobre él.

¿Y si los aldeanos no aceptaban su decisión?

¿Qué haría?

Después de que la desesperación desapareciera dejando de provocar que siguiera dando aquellos pequeños giros dentro de la cabaña, se acercó a la anciana curandera y volvió a sentarse en el suelo.

—Podríamos hacer una zanja alrededor de la aldea, llenarla de yesca y ramas, y dejarla preparada con antorchas alrededor para cuando llegue la siguiente luna llena. Y antes de que lleguen las sombras, le prenderemos fuego. La aldea estará protegida por un círculo de fuego, no podrán atravesarlo —propuso el líder.

—No me cabe duda alguna de que es una gran idea, pero el círculo de fuego solo las parará en la primera luna llena. En la siguiente luna llena sabrán atravesar el círculo de fuego y volverán a entrar en la aldea. Y tendremos otra vez los mismos problemas —replicó la anciana curandera.

—¡Tiene que haber otra solución!, ¡Debe poderse acabar con ellas! —exclamó con rabia el líder.

—Existe otra solución, pero no ha llegado el momento. Solamente podemos ganar tiempo para que aparezca la elegida, según la profecía... solo la elegida podrá acabar con las sombras —contestó la anciana curandera.

—¿La elegida?, ¿hay una profecía? —preguntó el líder con asombro.

—Solo la elegida podrá conocer la profecía, y solo ella podrá acabar con la maldición que acecha a la aldea, y no me pregunte cuando llegará, porque solo lo podrá saber cuando llegue el momento —respondió la anciana curandera.

—¡Espere!, usted también tiene el pelo blanco, ha vivido muchos años y ya no va tener más hijos. ¿Por qué no la sacrificamos a usted primero?, así, ganaremos mucho más tiempo para poder esperar a que llegue la elegida —propuso el líder.

—Si me encadenáis a esos troncos, vendrán y se acercarán, pero no me matarán. Me llevarán con ellas y después de varias lunas, volverán más y más fuertes —contestó la anciana curandera.

—¿Por qué? —preguntó el líder.

—Porque yo procedo de una familia de varias generaciones de curanderas. Una de ellas en el pasado, fue utilizada para reproducir a las sombras en el

interior de su vientre. La historia se repetiría, y esta vez... no podríais evitarlo —contestó la anciana curandera.

—En ese caso, harán lo mismo con mi esposa —replicó el líder.

—No. Ese don siempre se salta una generación.

—¿No siente ningún dolor por lo que me está pidiendo que haga? —preguntó el líder.

—No. Hace mucho tiempo que dejé de pensar y torturarme con ello y empecé a poner toda mi esperanza en esperar a que llegara el momento de la elegida, es la única que tiene la oportunidad de salvarnos a todos —contestó la anciana curandera.

—Entonces, solamente puedo preguntar cómo ganaremos tiempo mientras llega la elegida. Cuénteme y lo haremos —replicó el líder totalmente abatido.

—Primero, hay que hacer la zanja, y dejarla preparada para cuando llegue la próxima luna llena. Eso nos dará tiempo para construir un barracón en el centro de la aldea para protegernos debajo de él. En el techo del barracón deberán prepararse los troncos con las cadenas para el sacrificio. La zanja dará una luna llena más de vida a tu esposa. El sacrificio acabará con la vida de tu esposa, pero dará años de vida a tus hijos y dará más vida a la aldea. También nos dará tiempo para construir unas galerías debajo del suelo del barracón, dejando preparado el camino para cuando llegue la elegida, y con ello, tener una posibilidad para acabar con las sombras para siempre —le explicó la anciana curandera.

El líder se levantó rápidamente del suelo.

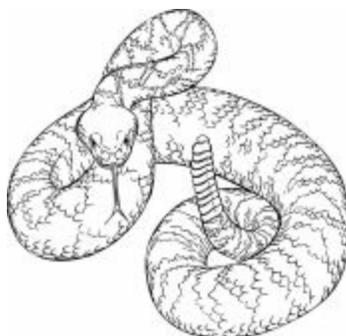
—Hablaré con los aldeanos. Trabajaremos día y noche para conseguirlo. Hay que empezar lo antes posible —dijo el líder.

El líder salió muy rápido de la cabaña de la anciana curandera. Miró al frente, y allí estaban todos los aldeanos esperándole para que les dijera algo que les aliviara. Entre ellos estaba su joven esposa con los dos bebés sobre sus brazos, mirándole fijamente con la esperanza de una solución reflejada en su rostro.

¿Cómo explicarle a su esposa que la solución era quitarle la vida a ella o perder a sus bebés?

¿Cómo consolar su corazón?

¿Cómo podría perdonarse por lo que iba a hacer?



## CAPÍTULO 3

El líder no pudo decir ni una sola palabra, agachó la cabeza y se fue hacia su cabaña en silencio y mirando al suelo ante los rostros de extrañeza de los aldeanos que se fueron muy afligidos cada uno a su cabaña sin decir absolutamente nada; pensaron que no había solución. Su esposa le siguió en silencio entrando en la cabaña detrás de él.

—¡Estamos perdidos!, ¡totalmente perdidos! —gritó un aldeano mientras se marchaban a las cabañas.

Nadie respondió, pero en sus rostros se podía observar la desolación y el abatimiento.

—¡Marchémonos de aquí!, construiremos otra aldea en un lugar más seguro —siguió gritando el aldeano, a pesar de que nadie le contestaba.

La anciana curandera, al oír al aldeano, salió de su cabaña.

—Las sombras nos perseguirán a donde quiera que vayamos. Fuera de esta aldea estaremos todos en peligro. Cuando acaben con los niños, se llevarán a los hombres y después a todas las mujeres. No estaremos ninguno a salvo. Esperar a que el líder, decida que solución tomar, es lo único que podemos hacer de momento. Él, escogerá la solución correcta. Yo confío en él, nunca nos ha fallado —le contestó la anciana curandera.

Todos se habían parado y girado para escuchar a la anciana curandera; la respetaban y confiaban en ella, había curado a muchos de ellos de las enfermedades que habían tenido, sin sus pociones, las enfermedades habrían acabado con la mayoría de ellos. Se volvieron a girar, y siguieron caminando hacia las cabañas para esperar a que el líder los convocara en el centro de la aldea junto al árbol del conocimiento, y les dijera lo que debían hacer. Hasta ese momento, sus decisiones —con los consejos de la anciana curandera—, habían sido acertadas.

La esposa del líder dejó a los bebés encima de un jergón relleno de paja, los tapó con unas pieles, y se acercó a él.

—¿Qué ocurre? —le preguntó la joven esposa.

El líder permaneció en silencio y cabizbajo; no era capaz de mirarle a los ojos y contárselo. No podía.

—Soy tu esposa, y madre de tus hijos. Nos prometimos contarnos todo, por horrible que fuera. ¿Qué ocurre? —volvió a preguntarle la esposa.

El líder se giró, y al mirarla, no pudo contener las lágrimas que se deslizaron por su rostro. La esposa se acercó y le acarició el rostro limpiándole las lágrimas suavemente. Y con las manos en su mejillas...

—Todo lo que hagamos juntos por el bien de nuestros hijos y de la aldea, lo aceptaré, sea lo que sea. ¿Qué ocurre? —insistió la esposa.

—En este momento... solo hay una solución que nos dará un poco más de tiempo —dijo el líder con la voz entrecortada.

Ella le miró fijamente moviendo sus pulgares sobre sus mejillas. Y sin quitarle las manos del rostro esperó sin mediar palabra a que se lo contara.

—Una joven mujer de pelo blanco ha de ser sacrificada para dar esperanza de vida a la aldea y para salvar a nuestros hijos. Eso no acabará con las sombras, pero tardarían más tiempo en volver. Mientras tanto, la aldea crecerá y aumentará su esperanza de vida. Si no lo hacemos así, en solo tres lunas... no habrá niños, ni siquiera nuestros hijos, y la continuidad de la aldea se paralizará. ¿Qué sería de ti, y de mi? No puedo perder a nuestros hijos, y tampoco a ti. Vuestras vidas dependen de mi decisión. ¡No puedo hacerlo! —le contó el líder cayendo de rodillas al suelo, abatido como nunca lo había visto su joven esposa.

Ella se giró y miró con el corazón encogido a sus preciosos bebés mellizos que dormían plácidamente encima del jergón. No le importaba su vida, las de ellos eran lo primero. Se arrodilló en el suelo junto a su esposo, le volvió a poner las manos en su rostro y le dio un largo beso con delicadeza y pasión.

—Hazlo, tienes mi beneplácito, estoy preparada. Salva a nuestros hijos, y con ello la esperanza de vida de la aldea. Ellos son el futuro; nuestro futuro —le dijo su joven esposa.

—Sin ti... no podré continuar —le dijo el líder sin poder parar de inundar su rostro con las lágrimas.

—No pienses en ti, ni en mi, piensa en nuestros hijos y en su futuro. Acércate y míralos, sus ojos te darán la fuerza que necesitas para tomar esa difícil decisión y sin dolor —le dijo su joven esposa confiando en el instinto

paterno de su esposo.

El líder se levantó del suelo, se acercó a los bebés, y los observó detenidamente mientras dormían hasta que despertaron. Al ver a su padre sonrieron moviendo las manitas y los pies. ¡Estaba claro! No podía perder a sus bebés. Debían tener la oportunidad de crecer, ver, y aprender. Se giró y miró a su joven esposa.

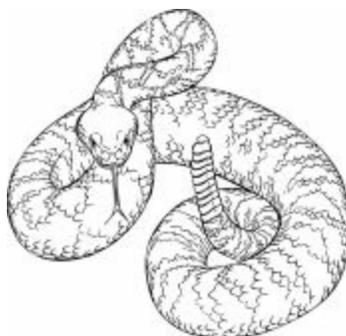
—Lo prepararé todo, convocaré a los aldeanos en el centro de la aldea junto al árbol del conocimiento. Quédate con los niños, no te separes de ellos hasta el último instante —dijo el líder a su joven esposa besándola, y abrazándola con una intensidad capaz de parar el tiempo.

Salió de la cabaña y fue hacia el centro de la aldea convocando a todos los aldeanos allí. Cuando estuvieron todos reunidos enfrente del árbol del conocimiento, el líder empezó a contarles todo lo necesario para poder preparar lo que impediría que las terribles sombras se llevaran a sus hijos. Todos en silencio asintieron con sus miradas. Inmediatamente el líder ordenó que cogieran las herramientas para hacer la zanja; no había tiempo que perder. La zanja les daría el tiempo suficiente para poder construir el barracón que les mantendría a salvo durante el sacrificio.

Todos los aldeanos empezaron a cavar en la tierra construyendo un profundo círculo alrededor de la aldea. Trabajaron día y noche en la zanja, acabándola un día antes de que llegara la luna llena, y con ella las téticas y mortíferas sombras.

La zanja ya estaba preparada protegiendo a la aldea; la habían llenado de yesca y ramas secas. Alrededor de ella habían dejado unas antorchas para cuando llegara el momento... prenderla lo más rápido posible; el fuego les protegería y les daría tiempo para construir el altar en el techo del barracón.

¿Y si la anciana curandera se equivocaba?



## CAPÍTULO 4

El ocaso llegó, y la luna llena empezaba a dejarse ver entre la oscuridad que producía aquella noche. Algunos aldeanos estaban preparados detrás de la zanja con las antorchas encendidas; esperaban inquietos, pero con la esperanza de que aquella idea funcionara, y esa noche estuvieran todos a salvo.

La luna llena iluminaba toda la aldea. El viento agitaba las ramas de los árboles rompiendo el silencio aterrador que cubría a la aldea. El aire que rozaba los rostros de los aldeanos empezaba a dejar de ser gélido; eso solo podía significar que ya estaban muy cerca.

El líder se encontraba subido en lo más alto del árbol de la vida —que estaba justo en la entrada de la aldea—, observando el bosque; desde allí podría verlas antes que nadie, y dar el aviso para que prendieran la zanja.

De repente, pudo ver a las sombras. Desde esa distancia parecían largas serpientes; cinco enormes y oscuras sombras se acercaban a gran velocidad.

—¡Ahora!, ¡ahora! —gritó el líder.

Los aldeanos tiraron las antorchas dentro de la zanja prendiéndose la yesca, y con ella las ramas. Inmediatamente un círculo de llamas rodeó a toda la aldea protegiéndola; como si tuviera una muralla de fuego.

—¡Corred a vuestras cabañas!, ¡rápido! —gritó el líder bajándose del árbol, y yendo lo más rápido que pudo hacia su cabaña junto a su joven esposa y sus bebés.

Todos los aldeanos corrieron hacia sus cabañas cerrando las puertas y tapando cualquier hueco que se encontraban entre los troncos de las paredes. El líder, al llegar a su cabaña, se sentó en el suelo al lado de su esposa y de sus dos bebés, y los rodeó con sus brazos. Todos esperaron en silencio y temerosos.

Las sombras llegaron a la aldea frenando su velocidad ante aquel enorme

circulo de fuego que rodeaba a la aldea. Empezaron a acercarse a las llamas sin tocarlas, recorrieron el circulo de fuego, una y otra vez. Cuando se acercaban demasiado al fuego, las llamas se avivaban. Al rozar una de las sombras el fuego, su color negro empezó a cambiar convirtiéndose en gris. Las sombras empezaron a unirse formando una sola sombra gigantesca y aterradora. Las llamas crecían y no paraban de moverse. El cielo se cubrió de unas nubes oscuras que ocultaron a la luna; dejando solo al circulo de fuego para iluminar a la aldea. Unos truenos estremecedores hicieron vibrar las paredes y los techos de todas las cabañas provocando que los aldeanos se abrazaran con tal fuerza, que llegaron a sentir dolor.

Después llegó un impresionante relámpago que iluminó el cielo y ahuyentó a las nubes volviendo a dejar al descubierto a la luna y llevándose a las sombras lejos de la aldea, cubriéndola de la tranquilidad que deja el vacío.

Los aldeanos siguieron dentro de sus cabañas, no se atrevían a salir, el miedo que habían pasado los paralizaba.

La anciana curandera sabía que el peligro había pasado; de momento. Salió de su cabaña y se fue al centro de la aldea junto al árbol del conocimiento.

—¡Ya podéis salir todos! —gritó la anciana curandera.

El líder salió de su cabaña y se dirigió hacia el centro de la aldea junto a la anciana curandera.

—¡Vamos! Debéis empezar enseguida con la construcción del altar, pronto volverán —le dijo la anciana curandera al líder.

—Enseguida daré la orden —le contestó el líder suspirando.

La anciana curandera le dijo al líder donde debían construir el barracón. Les dibujó un rectángulo con una rama, dejando justo en el centro el árbol del conocimiento. Debían cortar las ramas del árbol, pero no el tronco, así serviría de columna para soportar el peso del techo. El líder ordenó a los aldeanos que empezaran a cavar el rectángulo donde debían poner después los troncos que formarían las paredes del barracón. Hasta que no llegara el alba, no podrían apagar el fuego para saltar la zanja, e ir al bosque a por los troncos. El líder se fue hacia el centro del rectángulo y empezó a cortar las ramas del árbol del conocimiento para dejar solo el tronco; como le había explicado la anciana curandera.

Cuando llegó el alba, algunos aldeanos apagaron el fuego de la zanja y la saltaron adentrándose en el bosque en busca de troncos que estuviera aún verdes; con el fin de poder malear la madera con más facilidad.

Los aldeanos volvieron del bosque con todos los troncos que necesitaban y

empezaron a cortarlos. Los igualaron en tamaño y trabajaron la madera. Al acabar, fueron colocando los troncos en el rectángulo formando poco a poco, las paredes del barracón. Las aldeanas humedecieron el barro y lo mezclaron con estiércol de vaca, paja y pelo, para fijar los troncos de las paredes y el techo. Después taparon el barracón con un techo que aguantara bastante peso; allí debían poner el altar para el sacrificio.

Mientras tanto, el líder seguía cavando en el interior del barracón; debajo del árbol del conocimiento sin romper las raíces, pues ellas indicaban el camino para la elegida. Allí, tendría que construir las galerías.

Los aldeanos colocaron dos troncos en el techo del barracón, uno a cada extremo. Les clavaron unas argollas y en ellas engancharon las cadenas, y en los extremos de ellas colocaron los grilletes. Después, la anciana curandera les dijo que colocaran unas antorchas formando un círculo justo en el centro del techo.

Ya estaba todo preparado en la aldea. Solo quedaba esperar, y aguantar el dolor que recorría el interior de sus cuerpos.

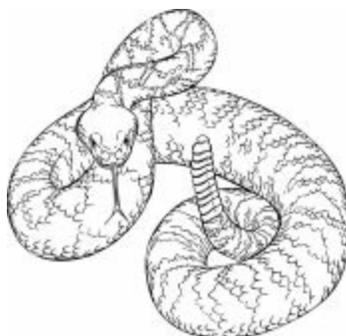
La noche más infernal llegó acompañada de la luna llena. Todo y todos, estaban preparados para cuando el líder diera la orden. Los aldeanos aguardaban con las antorchas encendidas en la mano alrededor de la zanja; esperaban el momento exacto para prenderle fuego.

La esposa del líder —la joven mujer de pelo blanco—, se encontraba sobre el techo del barracón —justo en el centro—, con los grilletes sujetando sus muñecas, y las antorchas que tenía alrededor ya estaban encendidas.

El líder esperaba subido en lo más alto que pudo del árbol de la vida, para poder avisar a todos cuando llegaran las sombras, y con el tiempo suficiente para poder prender fuego a la zanja y llegar a tiempo al barracón; ese aviso sería el que también daría fin a la vida de su joven esposa y le destrozaría el alma.

Mientras tanto, la anciana curandera esperaba debajo del suelo del barracón en una pequeña galería sub-terránea, con los niños y los aldeanos que no tenían ningún trabajo que hacer antes de que llegaran las sombras asesinas; se encontraban protegidos por las inmensas y gruesas raíces del árbol del conocimiento.

Ya no había marcha atrás...



## CAPÍTULO 5

El líder vio como se movían las ramas de los árboles; ya podía ver a las sombras, pero esta vez eran más grandes y giraban sobre ellas mismas al mismo tiempo que avanzaban hacia la aldea.

—¡Vamos!, ¡prender la zanja!, ¡deprisa! —gritó el líder.

Todos tiraron a la vez las antorchas en la zanja prendiéndose inmediatamente.

—¡Corred!, ¡corred al barracón! —gritó el líder mientras se bajaba del árbol de la vida y corría hacia el barracón para esconderse junto a los demás.

Al lado del tronco, del árbol del conocimiento que hacía de columna entre el suelo y el techo, había un hueco, y a través de él pasaron todos a la pequeña galería subterránea que había entre las raíces del viejo árbol. Taparon el hueco con una trampilla y se sentaron todos en la tierra formando círculos, y en silencio.

Las sombras llegaron a la zanja de fuego. Se estiraron tomando la forma de largas serpientes de ojos grandes y lenguas viperinas que no paraban de moverse con rapidez. Fueron cogiendo altura ascendiendo hacia el cielo formando remolinos de aire denso y gélido que apagó las llamas de la zanja.

Sin fuego que protegiera a la aldea, ya no había ningún obstáculo que impidiera a las sombras entrar en ella. Las sombras entraron y recorrieron una tras otra, las cabañas. El silbido del viento cada vez era más fuerte. Las sombras contenían una rabia incontrolada en su interior hasta que vieron a la joven mujer de pelo blanco —encadenada y aterrada—, encima del techo del barracón. Se acercaron a ella girando a su alrededor, creciendo en tamaño y provocando que el cielo estallara con viento, rayos, truenos, y una fuerte y abundante lluvia.

El agua y el viento entraban entre los troncos que formaban el barracón,

pero los aldeanos siguieron en silencio y temblando.

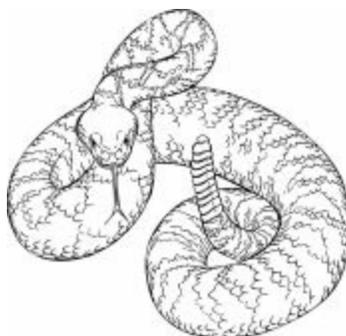
La lluvia apagó el fuego de las antorchas que tenía alrededor la joven esposa del líder. En ese mismo instante, las mortíferas sombras se colocaron detrás de ella formando unas gigantescas alas negras, que se fueron cubriendo muy despacio de fuego; era un fuego que no conseguía apagar la lluvia. Las alas abrazaron a la joven esposa del líder formando un solo ser de fuego. Los gritos de dolor de la joven atormentaban las mentes de los aldeanos que pudieron oírlos desde la galería subterránea. El líder no pudo controlar las lágrimas que brotaron de sus ojos; nunca había sentido tanto dolor en lo más profundo de su corazón. El líder, clavó con fuerza sus uñas en la tierra hasta que sus dedos empezaron a sangrar; si hubiera podido gritar...

El fuego convirtió en cenizas a la joven mujer de pelo blanco brillante, haciéndola desaparecer junto a las tétricas sombras.

El viento desapareció, el cielo se silenció, y la lluvia cesó creando una inmensa calma y alivio en la aldea, y en sus aldeanos.

Lo habían conseguido, estaban a salvo.

¿Durante cuánto tiempo?



## CAPÍTULO 6

### Talía y Tobit

Talía y Tobit, llegaron a la aldea. Una aldea rodeada por una zanja, y en su entrada se encontraba el árbol de la vida. En su interior estaban las cabañas formando círculos, y detrás de ellas algunos aldeanos tenían sus huertos. En el centro de la aldea había un barracón; en él se habían criado Talía y Tobit, junto a la anciana curandera de la aldea que había fallecido esa misma mañana.

Los dos jóvenes saltaron la zanja.

—¡Rápido!, ¡hay que prender fuego a la zanja!, ¡las sombras han vuelto!, ¡rápido! —gritó Talía.

Los aldeanos salieron de sus cabañas al oír los gritos de Talía. Al principio, no la creyeron. Hacía tres lustros que no habían aparecido por la aldea, y aunque contaban muy a menudo la historia de las mortíferas sombras, no esperaban que volvieran.

Los aldeanos miraron hacia el bosque, y al darse cuenta de que los jóvenes decían la verdad, fueron muy rápido hacia la zanja y le prendieron fuego. Después corrieron todos hacia el centro de la aldea entrando en el barracón y se ocultaron en la galería subterránea. Allí permanecieron sentados en el suelo y en silencio.

Talía y Tobit, eran hermanos mellizos. Tobit era moreno de pelo rizado como su padre, y Talía era de piel clara y pelo blanco como su madre. Tenían quince años, y se habían criado junto a la anciana curandera de la aldea, porque no tenían ni padre, ni madre. Al morir esa misma mañana la anciana curandera, solo se tenían el uno al otro; y un pergamino junto a las palabras

que la anciana curandera le dijo en su último aliento a Talía.

Las mortíferas sombras llegaron, y atravesaron sin ningún esfuerzo el fuego de la zanja. Seguían siendo cinco sombras, pero tenían más fuerza que la última vez. Rodearon todas las cabañas, entraron en ellas, y al no encontrar a ningún niño, se acercaron al barracón, lo rodearon y entraron dentro de él. Lo recorrieron por dentro, pero no consiguieron detectar la presencia de los aldeanos. Las raíces del árbol del conocimiento que los protegían, se lo impedían, pero... ¿por cuánto tiempo?

Las sombras se marcharon formando remolinos de viento que arrancaron los techos de algunas cabañas. El fuego se avivó con tanta intensidad, que prendió una de las cabañas y el árbol de la vida que había en la entrada de la aldea. La lluvia que despidió a las sombras se encargó de sofocar aquellas llamas.

Cuando las sombras desaparecieron de la aldea, todos los aldeanos salieron por la trampilla de la galería subterránea, y se quedaron dentro del barracón. Talía salió de la galería cerrando la trampilla y se giró. Las miradas de los aldeanos se clavaban sobre ella.

—Volverán en la siguiente luna llena. Solo hay una forma de pararlas —dijo uno de los aldeanos sin retirar le la mirada a Talía.

Talía había oído una historia sobre una joven mujer de pelo blanco que los aldeanos habían tenido que sa-crificar en el altar que estaba en el techo del barracón; hacía unos tres lustros de aquello. Ella era consciente que era la única mujer de pelo blanco en la aldea.

—¿Queréis sacrificarme? —preguntó Talía.

—No sabemos otra manera de solucionarlo, y ya no está la anciana curandera para aconsejarnos. No podemos permitir que esas temibles sombras vuelvan otra vez para arrebatarnos a nuestros hijos —contestó el líder.

—Puede que exista otra forma de solucionarlo. La anciana curandera, en su lecho de muerte me dijo que yo era la elegida, y solo la elegida podría acabar con las sombras. Y en su último suspiro me dio un pergamino que solo yo podría interpretar, y con él salvar a la aldea. Dame la oportunidad de intentarlo. Solo hay una posibilidad de acabar con ellas, sin mi, no tendréis ninguna. Si no lo consigo antes de que llegue la si-guiente luna llena... yo sola subiré al tejado del barracón, y me pondré los grilletes —replicó Talía con una valentía y seguridad, que no correspondía a su corta edad.

Los aldeanos empezaron a alborotarse, tenían el temor de que Talía se aprovechara de la confianza que ellos depositaran sobre ella para escapar.

—Si se lo permitimos podría escapar, y entonces estaremos perdidos, ya no podremos salvar a nuestros hijos, ni a la aldea —dijo un aldeano.

—¡Silencio! Su madre, ya nos salvó una vez y solo por eso se merece la oportunidad de intentarlo y nuestra confianza —sentenció el líder.

—¿Matasteis a mi madre? ¿Me he criado con una anciana curandera y sin madre por vuestra culpa?, ¿Por qué?, ¿Y mi padre? —preguntó Tobit muy exaltado y fuera de sí, ya que desconocía esa historia.

—La anciana curandera, dio esa solución a vuestro padre, él tomó la decisión y dio la orden para salvaros a vosotros y a la aldea, con el consentimiento de vuestra madre. Y funcionó —contestó el líder.

—¿Y qué pasó con mi padre? —preguntó Talía.

—En aquél momento, vuestro padre era el líder de la aldea. Después de ordenar el sacrificio de vuestra madre, dedicó todo su tiempo a construir las galerías subterráneas que hay debajo del barracón. Decía que estaba construyendo el camino para la elegida. Nunca salió de esas galerías. Nadie sabe que le ocurrió, pero todos creemos que esas galerías terminaron con su vida —le explicó el líder.

—Si mi madre sacrificó su vida, y mi padre también para que la elegida pudiera acabar con las sombras... creo que está claro —replicó Talía.

—¡Vamos!, cada uno a su cabaña, y tú... Talía, empieza lo antes posible, no tienes mucho tiempo —sentenció definitivamente aquella conversación el líder; no había nada más que discutir.

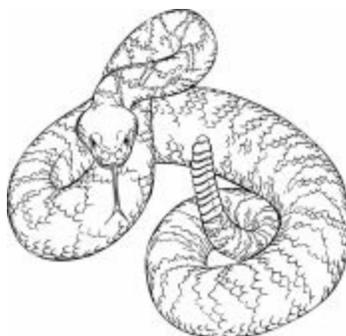
Todos los aldeanos salieron del barracón dejando solos a los dos hermanos mellizos, pero algunos se quedaron en la puerta del barracón para evitar que pudiera escaparse. Aceptaban las ordenes del líder, pero sus hijos eran más importantes que la vida de Talía, así pues, se quedaron en la puerta, eso les daba seguridad.

—Abre ya el pergamino, no tenemos tiempo que perder —dijo Tobit.

—¿Tenemos? —preguntó Talía.

—Me arrebataron a mis padres, no perderé también a mi hermana. Lo haremos todo juntos y no cabe más discusión —sentenció Tobit.

Había llegado el momento de la elegida; Talía cogió el pergamino. El pergamino estaba cerrado con un sello de cera blanca y tenía grabada una serpiente en él. Talía rompió el sello, y al abrir el pergamino, vio que había otro dentro también sellado con cera blanca. Dejó a un lado el pergamino cerrado y empezó a desenrollar el primer pergamino...



## CAPÍTULO 7

### Pergamino I

Así empezó todo varias décadas antes...

Allí estaba el rey orgulloso, y al mismo tiempo nervioso, mirando su castillo con las manos apoyadas en las almenas de la torre homenaje.

El rey estaba tan orgulloso de su castillo, porque tenía la fama de ser el más seguro, e infranqueable que existía por aquellas tierras.

La torre homenaje era la más alta del castillo, en ella se encontraban los aposentos de los reyes. Estaba construida de piedra y reforzada por contrafuertes. No tenía ni puertas, ni ventanas en su parte inferior para evitar que entrasen en ella los enemigos; en el caso de que los enemigos entraran dentro del castillo. A su derecha se encontraba una capilla llena de vidrieras con los colores del escudo del reino, y pegada a ella había un pequeño barracón dividido en dos. En él vivía la curandera del castillo. En una parte tenía jergones de paja para albergar a los soldados heridos y en la otra se encontraba su aposento, y allí tenía los pergaminos, e instrumentos para preparar las pociones para poder practicar las curas necesarias.

Detrás de la torre homenaje estaban los barracones para los soldados y el patio de armas; allí entrenaban y se preparaban —bajo las ordenes del mariscal—, para ser los mejores en el arte de la guerra.

A la izquierda de la torre homenaje se encontraban la herrería, los establos y el torreón donde guardaban el grano. Y enfrente estaba el aljibe; un depósito sub-terráneo de agua.

Todo el castillo estaba rodeado por una muralla de piedra fortificada muy

alta, para evitar que pudiera ser escalada e invadieran el castillo. Dentro había dos pequeñas torres con víveres y armas. Fuera estaba la atalaya, una torre muy alta con una enorme campana para poder divisar al enemigo y poder avisar tocando sin parar la campana, y así dar tiempo suficiente a los soldados para prepararse y defender el castillo.

La muralla estaba llena de almenas para proteger a los centinelas que hacían la ronda por el adarve, y debajo de ese adarve había otro para acceder a las aspilleras, para que los soldados pudieran utilizar sus ballestas con mayor precisión. Eran muy estrechas y alargadas. Los soldados permanecían allí tumbados con sus ballestas, esperando el momento para disparar las saetas.

Solo había una forma de acceder al adarve, y era a través de un estrecho puente levadizo que se bajaba y se elevaba con unas poleas desde la torre albarrana; si el enemigo conseguía llegar a lo más alto de la muralla, no podría bajarse de ella sin encontrarse con la muerte que le produciría la caída.

Fuera de la muralla había un foso que la rodeaba. Era muy ancho y profundo para evitar que el enemigo accediera a la muralla. Siempre estaba lleno de agua, aunque no lloviera y hubiera sequía, porque dentro de esa gran zanja construyeron un túnel que llegaba al mar; por eso, quien que caía al foso tenía la sensación de estar dentro del mar. Delante del foso estaba la empalizada; construida por troncos que lo rodeaban.

En la entrada de la muralla se encontraba el puente levadizo construido con madera para que fuera menos pesado y poder elevarlo con mayor facilidad. La puerta de la entrada al castillo era doble, y estaba detrás del puente levadizo. La primera puerta era un rastrillo de hierro rematado con puntas en su parte inferior y la segunda puerta que estaba detrás del rastrillo era una verja de hierro. Cuando subían el puente levadizo, la entrada al castillo quedaba cerrada con tres puertas.

Sin duda era un castillo muy seguro, y como nadie se atrevía a asaltarlo debido a la fama de seguridad que tenía, pues lo convertía en un castillo infranqueable.

De repente, la paz del rey —mientras observaba su fortaleza—, fue interrumpida por su consejero.

—¡Majestad!, ¡majestad! —gritó muy agitado el consejero.

El rey se asustó. Su esposa estaba apunto de traer al mundo a su primer

vástago; por fin tendría un hijo o una hija.

La reina nunca había podido llevar a término sus embarazos. En el último instante, sufría fuertes dolores y hemorragias perdiendo a los bebés.

Tenían a una joven curandera que la había estado cuidando durante todo el embarazo con sus infusiones de hierbas, y en ese momento estaba con ella ayudando para traer al bebé al mundo.

—Si vienes a decirme que ha vuelto a suceder otra vez, ya puedes marcharte —dijo el rey cabizbajo y desilusionado; no se acostumbraba a perder a todos sus vástagos en el último momento.

—¡Majestad!, la reina le espera. Yo le acompañaré —contestó el consejero.

El rey le miró sin entender por qué no se iba, y le dejaba tranquilo y solo.

—Majestad, tiene que verlo.

—¿Lo tengo? —preguntó el rey un poco confuso.

—Lo tiene, majestad —contestó el consejero con una sutil sonrisa.

El rey se apresuró corriendo hacia las escaleras de la torre, y las bajó con demasiada rapidez para su edad. El consejero le siguió intentando que no le dejara muy atrás. Al llegar a la puerta de los aposentos, frenó sus pisadas bruscamente tropezando el consejero con su espalda.

—Perdón, majestad —se disculpó el consejero.

—¡Silencio! —dijo el rey con autoridad.

El llanto del bebé podía oírse a través de la puerta. Las lágrimas de orgullo y felicidad inundaron sus ojos. El consejero sin mediar palabra, sacó un trocito de tela y se lo ofreció al rey levantando su brazo y extendiendo la mano; no podía entrar en el aposento así, las lágrimas en un rey era un signo de debilidad. Lo tomó y se secó los ojos rápidamente. Ya estaba preparado para entrar en el aposento y ver a su vástago y príncipe heredero o princesa.

El rey abrió la puerta y entró. Allí, junto a la reina, en el lado derecho de la cama se encontraban la curandera; una joven mujer de pelo largo y totalmente blanco a pesar de su juventud. En el otro lado de la cama estaba la partera; una mujer de avanzada edad y con bastante experiencia en traer bebés al mundo. Y apartada de ellas se encontraba la ama de cría; una mujer joven de pechos grandes que había parido unos dos meses antes.

La reina tenía unas hierbas envueltas en lana sobre su vientre para mitigar el dolor. La partera durante el parto —al desmayarse la reina—, se había tumbado encima de su vientre —ejerciendo mucha fuerza para empujar al bebé fuera del cuerpo de la reina—, destrozándola por dentro y dejándola muy débil; lo primero era el bebé para dar un heredero al rey; todo lo que pasó durante el parto nunca salió de aquel aposento, ya que el rey era conocido por sus crueldad en el momento de imponer un castigo cuando algo no le parecía bien.

El bebé había sido lavado en agua con pétalos de rosas y miel, y envuelto en un lienzo apretado para evitar que sus extremidades se deformaran.

La partera se acercó al rey con el bebé en sus brazos, y lo aproximó al rey para que lo cogiera. El rey tomó al bebé entre sus brazos, lo miró y retiró el lienzo para ver el sexo del bebé. Una sonrisa que no pudo disimular decoró su rostro; era un niño, ya tenía a su heredero para ocupar el trono. Por fin, su mayor deseo se hizo realidad. El rey le dio el bebé a la partera para que le volviera a colocar el lienzo y se acercó a la cama de la reina. Tomó su mano, y al ver que tenía los ojos cerrados, miró a la curandera.

—La reina se encuentra muy cansada, ha sido muy doloroso, y el esfuerzo la ha dejado dormida. Ahora necesita descansar —dijo la curandera.

—A partir de ahora deberás dedicarte a tu reina exclusivamente. Tendrás que buscar un aprendiz para que atienda tus otras obligaciones —le ordenó el rey.

La curandera asintió con su rostro. Mientras tanto, la partera dejaba al bebé con la ama de cría para que lo amamantara, ya que la reina no podía hacerlo. El rey llamó a la partera y la guió con su mano hacia la puerta; allí estaba esperando el consejero.

—Paga a la partera y que un soldado la acompañe fuera del castillo —le dijo el rey al consejero.

Cuando el soldado se llevó a la partera, el rey puso su mano sobre el hombro del consejero.

—¡Vamos!, hay que celebrar la llegada de mi vástago y heredero.

El consejero se fue junto al rey a la vieja bodega y tomaron unas copas de vino.

Al día siguiente, engalanaron el castillo. Colgaron estandartes con el emblema de la familia real en las almenas de la muralla y en las almenas de las torres. En la atalaya empezaron a tocar la campana, sonaba tres veces, se paraba, y volvía a sonar otras tres veces. Así comunicaban que había nacido un príncipe a los aldeanos, que las podían oír desde sus aldeas.

La curandera siguió cuidando de la reina como le había ordenado el rey, y también buscó un aprendiz para que le ayudara con los quehaceres, mientras ella cuidaba de la reina. Cuando el aprendiz llegó, le hizo un hueco en sus aposentos proporcionándole un jergón cerca del suyo.

La reina se fue recuperando poco a poco, gracias a los cuidados de la curandera. Cuando tuvo la fuerza suficiente para ocuparse ella sola del príncipe, la ama de cría dejó de ir al castillo.

La curandera, ya no tenía que pasar tanto tiempo en la torre homenaje con la reina, y eso hizo que empezara a pasar más tiempo dentro de su barracón junto al aprendiz, supervisando y compartiendo los quehaceres con él.

El príncipe crecía aparentemente sano, pero ya tenía dos años y no se sostenía de pie; por lo tanto, no andaba. El rey llamó al aprendiz de curandero para que cuidara al príncipe y consiguiera que caminara; el rey prefería que un varón se ocupara de su vástago.

Una noche, al llegar el aprendiz al barracón junto a la curandera...

—¿Cómo está el príncipe?, ¿mejora? —preguntó la curandera.

—Está sano, pero sigue sin poder caminar. Sus piernas no tienen la fuerza necesaria para sostener su pequeño cuerpo, y uno de sus pies se dobla cada vez que intento ponerlo de pie —contestó el aprendiz.

—¿No funcionan las pociones que leímos en los pergaminos? —preguntó la curandera.

—No. Creo que no tiene solución, ¿pero cómo le digo al rey que su único vástago y heredero al trono, es un tullido? —replicó el aprendiz.

—Todavía no puedes decírselo, debemos seguir intentándolo, de lo contrario, te expulsarían del castillo, en el mejor de los casos —contestó la curandera.

—Podrías cuidar y ayudar a la reina, como lo hiciste la última vez, para que tenga otro hijo —propuso el aprendiz.

—La reina, ya no puede engendrar más hijos. En el parto del príncipe, el interior de su vientre quedó vacío e inútil para siempre, por la presión que tuvo que hacer sobre su vientre la partera para que naciera vivo el príncipe. No puede quedarse embarazada, es imposible —replicó la curandera.

—Las pociones no funcionan, no mejora nada, y creo que no mejorará nunca —dijo el aprendiz muy preocupado ante la impotencia de no poder hacer nada para que el príncipe caminara, y por el posible castigo que podría ordenar el rey para él.

—No debes preocuparte, todavía no. Seguiremos buscando una solución juntos —le dijo la curandera.

La curandera se acercó a él, e intentó consolarlo pegando su cuerpo a él y rodeándolo con sus brazos. Aquel abrazo, hizo temblar los cuerpos de los dos curanderos cubriéndolos con una cortina de calor intenso. El aprendiz de curandero la miró chocado su mirada con la de ella; en aquel instante, sobraron las palabras. Todo el tiempo en aquellos años que habían pasado juntos compartiendo el mismo aposento, leyendo pergaminos y creando pociones, los jergones tan cerca el uno del otro, y la pasión que compartían por su oficio, les había unido sin darse cuenta ninguno de los dos.

El silencio paró el tiempo, e hizo que se sintieran solos y libres en el mundo. Ella dio un paso hacia delante para acercarse aún más a él; algo que era imposible porque ya estaban pegados el uno al otro. Aquel paso desequilibró al aprendiz de curandero cayendo sobre el jergón, y ella sobre él; porque el aprendiz no quiso soltarla. Encima de aquel jergón se desató una pasión incontrolada que no conocían, pero que disfrutaron como si ya lo hubieran hecho más veces.

Los dos se quedaron plácidamente dormidos hasta que llegó el alba entrando por los huecos de los troncos que formaban las paredes del barracón. Abrieron los ojos, se miraron y se sonrojaron. Había nacido algo tan grande entre los dos que nada lo podía parar.

—¡Vamos!, tienes que ir a ver al príncipe, yo seguiré buscando en los pergaminos una solución para que pueda caminar —dijo la curandera.

El aprendiz de curandero se fue hacia la torre homenaje y subió hasta los aposentos del príncipe. Mientras tanto, la curandera buscaba desesperada una solución en los pergaminos; no podía permitir que los separaran, ahora no.

Pasaba el tiempo, y una mañana clara, mientras el aprendiz de curandero se preparaba para ir a la torre homenaje... la curandera llamó la atención del aprendiz.

—Siento como algo tuyo y mío, nace en mi interior provocando que la sangre de mis venas corra a gran velocidad —comentó la curandera.

—¿Qué te pasa?, ¿Te encuentras bien? —preguntó asustado y algo confuso el curandero.

—Estoy en cinta —le contestó la curandera.

—¿Estás segura?

—Tan segura como que estoy hablando contigo ahora mismo —respondió la curandera con una sutil sonrisa en su rostro.

—No puede ser, te expulsarán y nos separarán. ¡No estamos todavía casados! —exclamó muy nervioso el curandero.

—Puedes pedirle permiso al rey para casarnos en la capilla, todavía no se nota y solo lo sabemos nosotros —replicó muy tranquila la curandera.

—El rey, últimamente, no está de muy buen humor porque no consigo que el príncipe, pueda caminar, nos separarán —dijo el curandero, que cada vez estaba más nervioso.

—Bueno, anoche no podía dormir y me levanté, me fui hacia los cuencos, y estuve haciendo pruebas con un ungüento nuevo que yo creo que le sujetará el pie. Tal vez funcione, y el príncipe, pueda apoyar el pie sin torcerlo. También podrías aprovechar ese momento para pedírselo —dijo la curandera haciéndole un guiño acompañado de una linda sonrisa.

El curandero se acercó a ella y la besó con pasión. Fue hacia los cuencos, cogió el ungüento y se lo llevó a la torre homenaje. Subió por las escaleras hasta llegar a los aposentos del príncipe, se acercó a él —le sonrió para hacerle ver que no le iba a hacer daño—, tomó su pequeño pie con la mano, y con mucha delicadeza le untó el ungüento, y esperó a que se secara y quedara bien sujeto al pie.

Ya estaba preparado para probar, los nervios le invadían, más por el miedo a que los separaran, que por el hecho de que el príncipe no caminara. Sujetó de los brazos al príncipe y lo puso de pie. Lo miró, y volvió a mostrarle una sonrisa para que creyera que todo iba a salir bien; tanto tiempo haciendo

pruebas y fracasando, ya le resultaba difícil de creer en un buen resultado.

—¿Está preparado, alteza? —preguntó con mucha delicadeza el curandero.

—¡Siempre lo está!, ¡es el príncipe! —contestó el rey con un tono mal humorado mientras entraba en el aposento.

El rey tenía muy mal humor aquel día, eso ponía más nervioso al curandero. Contó hasta tres en silencio y soltó al príncipe mientras le caían unas gotas de sudor por el rostro.

El príncipe se sostenía, el pie no se torció, y el curandero le animó a dar un paso. Dio unos pasos y se tambaleó, pero enseguida lo agarró el curandero de los brazos y permaneció de pie. El mal humor del rey había desaparecido.

—Descansa hijo, poco a poco. Hoy has dado un gran paso —dijo el rey animando a su vástago.

El curandero aprovechó el momento de alegría del rey para hablar con él.

—Majestad, la curandera y yo, estamos muy enamorados y nos gustaría casarnos en la capilla, si usted nos da el permiso.

—¡Claro que sí! Cuantas noticias buenas en un solo día. No te preocupes, ahora iré a hablar con el consejero para que le diga al sacerdote que lo prepare.

Por fin, podía respirar tranquilo. Ese día había pasado más nervios que en toda su vida. Tenía ganas de salir corriendo para contárselo a la curandera, pero debía esperar a acabar sus quehaceres.

Llegó la noche y el curandero recorrió el camino de la torre al barracón más rápido que nunca. Al llegar, abrió la puerta y entró.

—¡El rey ha dado su consentimiento para poder casarnos! —exclamó muy ilusionado el curandero.

—Lo sé. El sacerdote estuvo aquí esta tarde. Nos casamos mañana al alba para que no tengamos que descuidar nuestros quehaceres —contestó la curandera.

—Mañana serás mi esposa y yo tu esposo, y estaremos juntos, y esperaremos a nuestro bebé en familia —dijo el curandero muy emocionado y alterado.

—¿Y el príncipe?, ¿funcionó el ungüento para el pie? —pregunto la

curandera.

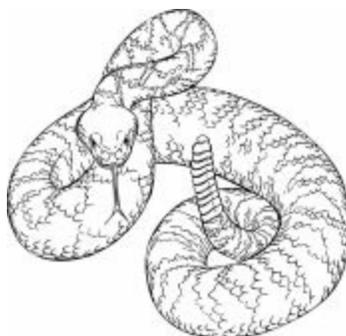
—Sí, funcionó, pero ya sabes que eso es algo provisional. Podrá caminar poco a poco, siempre que utilice el unguento, pero la cojera...

—Bueno, hemos conseguido que el rey vea como da unos pasos, que nos de el consentimiento para casarnos y seguir juntos. Hoy no nos podemos quejar, ¿no crees? —dijo la curandera.

El curandero le sonrió, y juntos, sin mediar palabra, se recostaron abrazados en el jergón que estaba más blando y suave, porque la curandera cambió el relleno de paja por un relleno de hojas. Estaba probando para preparar el mejor jergón posible para su futuro bebé.

Al llegar el alba, los curanderos salieron del barracón y fueron hacia la capilla. Allí estaba el sacerdote esperándolos. Se acercaron a él, y al llegar a los escalones del altar, se arrodillaron para escuchar el sermón que el sacerdote había preparado para el enlace. Cuando acabó, el sacerdote les permitió besarse para sellar aquel deseado enlace. Los curanderos salieron de la capilla pletóricos; podrían estar juntos y formar una familia dentro del castillo.

Ya estaban casados y deseando que llegara su bebé; no podían ser más felices.



## CAPÍTULO 8

Pasaba el tiempo, y a la curandera ya se le notaba el embarazo, de hecho, ya le quedaba muy poco para conocer a su bebé.

El príncipe, ya había cumplido los tres años. El curandero solamente había conseguido que el príncipe caminara apoyado en unos bastones, sin ellos no podía dar más de diez pasos, pero con una cojera imposible de ocultar. La curandera, ya no podía ayudar al curandero como lo había estado haciendo desde que llegó al castillo, por el cansancio que le producía su avanzado estado de gestación.

El curandero estaba desesperado, no encontraba una solución y no se atrevía a comunicárselo al rey.

Al alba le quedaba poco para aparecer, cuando unos golpes despertaron a la curandera.

—¡Despierta!, ¡despierta! —gritó la curandera despertando a su esposo.

—¿Qué...?, ¿qué ocurre? —preguntó el curandero medio dormido.

—¿No oyes los golpes en la puerta? —le preguntó con incredulidad la curandera.

El curandero se giró y miró hacia la puerta del barracón pudiendo oírlos. Se levantó rápidamente del jergón y fue hacia la puerta.

—¿Quién golpea mi puerta?, ¿quién llama?, ¿quién es? —preguntó el curandero.

—¡Abre la puerta! El rey, quiere verte enseguida en la torre homenaje —contestó un soldado.

El curandero, fue a abrir justo cuando un soldado intentaba golpear con sus nudillos la fría madera de la puerta. El curandero movió la cabeza hacia un lado impidiendo que el golpe que iba dirigido hacia la puerta, impactara sobre su rostro.

—¿Por qué tenéis tanta prisa? —preguntó extrañado el curandero.

—El rey, quiere que te llevemos ante su presencia inmediatamente —contestó uno de los soldados.

El curandero se calzó y se puso una túnica negra con capuchón, pues estaba nevando. Se despidió de su esposa y del bebé tocando el vientre de ella.

—Me tengo que marchar. El rey, quiere verme ahora mismo. Enseguida volveré —le dijo el curandero a su esposa.

—¿Qué ocurre? —le preguntó su esposa.

—No lo sé. Descansa, volveré enseguida.

El curandero salió del barracón escoltado por dos soldados. Un soldado iba delante y el otro soldado iba detrás del él.

El curandero siguió al soldado que iba delante hasta la torre homenaje mientras los copos de nieve caían sobre ellos. Al llegar, fueron hacia las escaleras y las subieron —uno detrás de otro, pues eran muy estrechas—, pasaron por la sala de los centinelas que estaban haciendo el cambio de guardia, y fueron hasta las siguientes escaleras. Subieron hasta los aposentos del rey, y al llegar, se pararon delante de la puerta. Uno de los soldados, dio dos suaves golpes con los nudillos en la puerta.

El consejero del rey abrió la puerta.

—Pasa, pasa. El rey te está esperando —le dijo el consejero al curandero.

El curandero pasó, dio unos pasos y se paró para esperar a que el rey se dirigiera a él. El consejero se quedó dentro sin quitar la mano del tirador de la puerta.

—¿Qué tal se encuentra el príncipe? —preguntó el rey al curandero sin mirarle.

—Se encuentra sano, majestad.

—¿Sano?, ¿ya puede caminar sin bastones y sin cojear? —siguió preguntando el rey.

—No tiene ninguna enfermedad, por lo tanto, está sano, pero todavía no puede caminar sin los bastones y sin cojear. Necesita más tiempo y más fuerza para conseguirlo, majestad —respondió el curandero.

—¿Crees que soy ciego? —volvió a preguntar el rey con un tono que no gustó al curandero.

—No, majestad —respondió el curandero sin entender a dónde quería llegar el rey con tanta pregunta de respuesta obvia.

—¿El príncipe camina? —preguntó el rey otra vez.

—Ya puede dar algunos pasos, majestad.

—¿Y a eso le llamas caminar? —insistió el rey con otra pregunta.

—Bueno... un poco sí, majestad.

—¿Te ríes de tu rey, y de tu príncipe, curandero?

—No, majestad. Nunca osaría a hacer algo así.

—¿Mi hijo es un tullido que nunca podrá caminar sin cojear? Piensa bien tu respuesta curandero.

—Majes... majestad, el príncipe conseguirá andar con el tiempo, pero la cojera le acompañará siempre —contestó el curandero costándole tragar saliva.

—Entonces... ¿mi hijo es un tullido? —preguntó el rey demostrando en cada pregunta más enojo.

—No, majestad.

—¿Un cojo es un tullido, curandero? —preguntó el rey intentando controlarse para no gritar.

—Sí, majestad.

—Entonces, el príncipe es un tullido, ¿verdad? —volvió a preguntar el rey, no pudiendo evitar elevar el tono.

—¡Contesta al rey! —gritó el consejero.

—Sí, sí majestad —contestó el curandero ante la presión, reconociendo que el príncipe era un tullido.

—¡Consejero!, ya sabes lo que debes hacer —sentenció el rey.

El rey estaba muy enojado. Un tullido no podía heredar el trono, y la reina ya no podía darle más herederos. La impotencia y la ira que le invadían, ya no las podía contener, y ordenó al consejero que condenara al exilio al curandero y a toda su familia.

Dos soldados ataron de pies y manos al curandero tumbándolo boca abajo encima de un caballo. Los soldados montaron en sus caballos y dieron la orden para que abrieran las puertas del castillo y bajaran el puente levadizo.

Salieron de allí galopando y estirando de la cuerda que habían enganchado al cuello del caballo en el que iba el curandero. Cruzaron la zanja por encima del puente levadizo y se adentraron en el interior del bosque. Galoparon toda la mañana sin descansar. Cuando llegaron a la llanura la recorrieron hasta el pie de la montaña. Bajaron de sus caballos, y también bajaron al curandero del caballo tirándolo al suelo.

—¿Dónde me lleváis? —preguntó el curandero.

—Cállate y levanta del suelo, cuando llegemos tendrás mucho tiempo para verlo —contestó un soldado entre risas.

El curandero tenía las manos y los pies atados; no podía caminar así. Uno de los soldados se acercó al curandero y le colocó una cuerda alrededor del cuello, mientras el otro soldado le quitaba la cuerda de los pies.

—¡Vamos! —gritó uno de los soldados tirando fuertemente de la cuerda que le había colocado en el cuello al curandero.

Empezaron a subir la montaña caminando entre las rocas y resbalando con el musgo que tenían. El curandero cayó varias veces entre las rocas, y los soldados lo ayudaban a levantarse estirando de la cuerda que llevaba atada al cuello. La lluvia empezó a caer con más fuerza sobre la montaña dificultando aún más el camino.

Siguieron subiendo hasta que encontraron una reja en la entrada de una cueva. Uno de los soldados se acercó a la reja y sacó unas llaves grandes del interior de un saco que llevaba colgado en su espalda. Introdujo las llaves en las cerraduras girándolas, y consiguiendo abrir la reja. El otro soldado le quitó la cuerda del cuello al curandero y le dio un fuerte empujón tirándolo dentro de la cueva y dejándolo tirado en el suelo. El otro soldado cerró la reja inmediatamente y giró las llaves; antes de que el curandero se pudiera levantar del suelo y se acercarse a la reja.

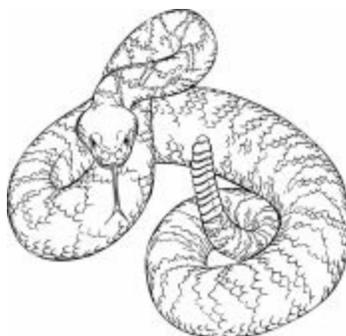
Los soldados descendieron la montaña, se subieron a sus caballos y se fueron cabalgando hacia el castillo, habiendo cumplido las ordenes del rey.

El curandero agarró fuertemente —con sus manos atadas—, la reja moviéndola de dentro a fuera sin parar. La impotencia de no poder abrirla le hizo caer de rodillas al suelo, y con las lágrimas en sus ojos miró a través de la reja con la certeza de saber que nadie podría encontrarle allí. No sabía si su esposa estaba bien, y tampoco sabía si su esposa sabía donde estaba él. No conocería a su bebé, y no podía escapar de aquella oscura, húmeda y fría cueva; la rabia y la ira se apoderaron de él, dejándolo muy agotado y sangrando, mientras no paraba de dar golpes a la reja.

Cuando tuvo fuerzas, se levantó del suelo y se quedó mirando las paredes de aquella oscura cueva. En una de las paredes pudo ver algo diferente. Fue hacia esa pared pudiendo ver que un trozo de roca sobresalía. Se sentó en el suelo al lado de esa roca. La tocó con los dedos, y al darse cuenta de que era muy rugosa y puntiaguda... acercó sus muñecas a ella y empezó a rasgar las cuerdas contra ella; con fuerza y rapidez.

Cuando consiguió cortar las cuerdas, se las quitó de las muñecas y se levantó para investigar un poco por la cueva. En el interior de la cueva vio una pequeña luz que salía de una de las paredes, se acercó y encontró un pequeño hueco. Entró dentro de él, dobló las piernas y encorvó su cuerpo para poder avanzar por el hueco y lo recorrió arrodillado hasta el final. Al llegar, encontró una pequeña laguna de agua cristalina con una luz asombrosa que salía del fondo de ella. Salió del hueco de la pared y se acercó, se arrodilló, e introdujo sus dos manos en el agua uniéndolas y ahuecándolas para poder coger un poco de agua con ellas y poder beber; ahora veía una pequeña posibilidad para poder sobrevivir y tener el tiempo suficiente para encontrar una salida y escapar del interior de la montaña, e ir a buscar a su esposa.

Al tomar el agua de aquella laguna, sintió como el agua recorría el interior de su cuerpo, y una tétrica oscuridad cubrió la claridad del fondo de la laguna dejando eclipsado al curandero, sintiendo el poder de la magia negra en sus manos...



## CAPÍTULO 9

Inmediatamente después de llevarse los soldados al curandero... unos soldados entraron en el barracón de la curandera tirando la puerta abajo.

—¿Qué... qué ocurre? —preguntó la curandera muy asustada y confundida.

—¡Calla, bruja! —gritó un soldado.

—¿Qué estáis haciendo?, ¿y mi esposo? —insistió la curandera volviendo a preguntar.

—Tu esposo, ya no trabaja en el castillo y en menos de lo que canta un gallo, tú también estarás fuera del castillo —respondió otro soldado.

—¿Por qué?, ¿qué ocurre?

—¡Cállate!, Nadie se puede burlar del rey —gritó otro soldado tapándole la boca con un trapo, y los ojos también.

Ataron las manos y los pies de la curandera, y la sacaron a la fuerza del barracón agarrándola de los brazos, y arrastrando sus pies por el frío y áspero suelo. Esta vez, no cogieron los caballos, ni se subieron a ellos como hicieron un poco antes los otros soldados con el curandero. Los soldados recorrieron el castillo con la curandera hasta la entrada. Esperaron a que los centinelas subieran la verja, el rastrillo y bajaran el puente levadizo. Salieron, recorrieron el puente, y se adentraron en el bosque; fueron en la dirección contraria a la que habían tomado con el curandero los otros soldados. Otro soldado les seguía subido a un caballo y llevaba en sus manos las cuerdas que estaban atadas al cuello de los caballos de los dos soldados que iban a pie.

El frío, y la humedad de la nieve que caía sobre el cuerpo de la curandera empezaba a penetrar en sus huesos. Los golpes de las ramas y las piedras

sobre sus pies, la estaban provocando heridas y dejándola sin fuerzas.

Después de caminar entre los árboles sin parar durante demasiado tiempo, los soldados ya estaban muy cansados y decidieron volver. Pero antes de volver, tiraron a la curandera contra unos arbustos llenos de espinas, al lado de un grueso, alto y frondoso árbol. La dejaron con los pies sangrando, las manos y los pies atados, y la boca y los ojos tapados; así, no podría pedir auxilio y sería muy difícil que alguien la encontrara.

Los soldados se subieron a sus caballos y salieron del bosque galopando hasta el castillo.

La nieve terminó de caer sobre el bosque dando paso a la lluvia. La curandera empezó a temblar por el frío, la humedad y el temor de perder al bebé que llevaba dentro de su vientre; se encontraba tan débil que se desmayó.

De repente, las hojas que se encontraban en suelo empezaron a romperse uniendo ese sonido al de la lluvia. Algo se aproximaba a su cuerpo.

—¿Está viva?

—No lo sé.

—Um, umm, umm —gimió la curandera intentando llamar la atención de esas voces.

Rápidamente se acercaron más a ella y le quitaron el trapo que tapaba su boca.

—¡Ayuda, por favor! —intentó gritar la curandera quedando en solo un aliento.

—¿Quién eres?, ¿por qué estás aquí?, ¿qué te ha pasado? —le preguntó uno de los aldeanos mientras le quitaba la venda de los ojos.

La curandera no sabía qué contestar. Si decía que era la curandera del castillo y que los soldados del rey la habían abandonado en el bosque, podrían pensar que practicaba la magia negra, y por ese motivo la habrían echado del castillo, o algo aún peor. También podrían enterarse en el castillo —por los aldeanos—, de que estaba viva, y volverían para acabar con su vida y con la de su bebé. Debía mentir, tenía que intentar salvar la vida de su bebé aún no nacido.

—Nos atacaron, a mi esposo y a mi. No sé quienes eran. Nos lo quitaron todo —contestó la curandera.

—¿Dónde está tu esposo?

—Se lo llevaron con todas nuestras pertenencias. No sé dónde está —respondió casi sin fuerzas.

Tuvo que volver a mentir. Nadie le iba a creer si decía la verdad, y tampoco podía contar que el príncipe era un tullido. El rey lo ocultaba, y si se descubría, la buscarían y acabarían con su vida y con la de su bebé, y puede que también con la vida de su esposo; si seguía vivo...

Uno de los aldeanos, que era más grande y más fuerte que los demás, fue a cogerla para colocarla sobre su hombro, y así, poder llevarla a la aldea, pero al ver que estaba embarazada, la tomó sobre sus brazos y la llevó con cuidado por el camino hacia la aldea. Otro aldeano se quitó su capa y la cubrió con ella para protegerla de la lluvia.

Al llegar a la aldea, la llevaron a la cabaña en la que vivía la partera. La partera no hizo preguntas y le preparó rápidamente un jergón cerca del fuego; sobre él la dejó tumbada el aldeano, y enseguida se marchó. La curandera estaba totalmente dormida por el agotamiento de aquél día tan horrible. La partera no la despertó y aprovechó mientras dormía, para curarle las heridas de los pies, prepararle un caldo calentito, prepararle ropa seca y limpia, y también le puso la mano en el vientre para sentir si estaba el bebé vivo.

Avivó el fuego de la cabaña para que la curandera entrara en calor. Después de haber descansado, la curandera se despertó.

—¿Dónde estoy? —preguntó la curandera.

—Estás en la aldea más apartada del reino, la llaman la aldea perdida. Esta es mi cabaña, y yo soy la partera de la aldea. Te he curado las heridas y te he preparado ropa seca y comida. Puedes quedarte conmigo todo el tiempo que necesites. Yo te ayudaré a traer a tu bebé al mundo. Así tendré compañía —contestó la partera.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la curandera.

—Hace muchos años que olvidé mi nombre. Soy simplemente la partera. ¿Cómo te llamas tú?

—Me llamo Tara —contestó la curandera.

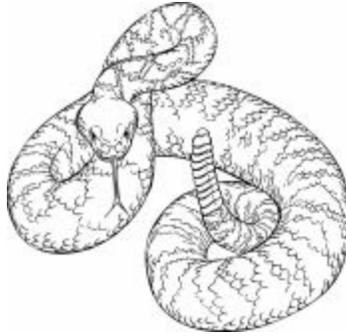
Pocos días después, nació el bebé de la curandera con la ayuda de la partera. Era una niña preciosa sin el don —que tenía su madre—, ya que el

don siempre se saltaba una generación.

La curandera se adaptó muy bien a la vida de esa aldea. Fue aceptada por todos, y al no haber bebés en ella, pues a todos les hacía ilusión que estuvieran allí; era la esperanza de continuidad para la aldea perdida.

La partera, ya tenía demasiados años para seguir realizando sus tareas como partera y salir a altas horas de la noche a las aldeas de alrededor para atender los partos. La partera le propuso a la curandera aprender su oficio, y así, poder sustituirla y tener su hueco propio en la aldea; la curandera aceptó la propuesta y aprendió el oficio de partera, y siguió compartiendo con ella la cabaña que heredaría cuando la partera dejara de estar en el mundo de los vivos.

La niña creció como una habitante más de la aldea perdida convirtiéndose en una bella joven. Se enamoró de un apuesto aldeano y con el paso del tiempo se casaron, y tuvieron un bebé dando una nueva vida a la aldea perdida. Fueron padres de una niña de pelo blanco brillante, a la que llamaron Tania. Esa niña tenía el don —como su abuela—, y su nombre empezaba por «T»; como era tradición para todas las hembras de su familia que tenían el don.



## CAPÍTULO 10

Al día siguiente de expulsar el rey a los curanderos del castillo, el consejero ya había llevado otro curandero para atender al príncipe. No tenía cura, pero necesitaba muchos cuidados.

Pocos días después de la llegada al castillo del nuevo curandero —cuando apareció el alba—, el rey llamó al consejero.

—Llama al condestable para que nos prepare a los caballos, y avisa al cetrero, porque hoy nos vamos de cetrería —ordenó el rey.

—Enseguida, majestad —contestó el consejero un poco extrañado.

Era raro que el rey quisiera ir de cetrería, desde que contrajo matrimonio con la reina, no había salido con los halcones de caza.

Cuando todo estuvo preparado, el consejero avisó al rey. El rey bajó de la torre homenaje y fue hacia la puerta del castillo acompañado de varios soldados. Al llegar a la reja, allí estaba el condestable sujetando el caballo del rey. Le ayudó a subir a él y ordenó que subieran la verja y el rastrillo; el puente levadizo ya había sido bajado antes de que llegara el rey para que no tuviera que esperar.

Salieron al trote con los caballos. El consejero iba a su lado y los soldados iban unos cuantos delante de él y otros detrás con el cetrero. Trotaron hasta llegar cerca de una aldea muy retirada del castillo —en el este—, allí, el rey dio el alto a los soldados.

—Bájate del caballo, y llévate un par de soldados. Recorre las cabañas, busca a una mujer joven, fértil y con hijos grandes y fuertes. Cuando la encuentres, sácala de la aldea junto a su esposo y todos sus hijos, y tráelos

aquí —le ordenó el rey al consejero.

El consejero bajó de su caballo y fue hacia la aldea acompañado de dos de los soldados que acompañaban al rey. Cuando entró en ella, visitó una a una, todas las cabañas de aquella aldea. Los soldados llamaban a las puertas, y cuando los aldeanos las abrían, se quedaban fuera mientras el consejero entraba y comprobaba quién vivía en ellas.

Entre todas las cabañas visitadas, encontró dos mujeres que cumplían con las exigencias del rey. El consejero se llevó a las dos mujeres junto a sus esposos e hijos al lugar donde los esperaba el rey.

El rey, sin bajar de su caballo y sin mediar palabra, observó a las mujeres y a sus hijos.

—Consejero, sube a tu caballo y acompáñame —ordenó el rey mientras todos se quedaban inquietos y esperando sin saber que pretendía.

Se apartaron lo suficiente de aquellas familias y de los soldados para no ser oídos.

—Una de esas mujeres tiene cierto parecido con la reina, ¿verdad? —dijo el rey.

—Sí, majestad.

—Y su hijo es fuerte, alto, e inteligente, ¿verdad?

—Sin duda, majestad.

—Ordena que dejen vacía una de las cabañas y la adecenten. He de hablar con esa mujer —ordenó el rey.

—¿Qué ocurre, majestad? —preguntó el consejero muy confuso, al no saber que pretendía el rey.

—Esa joven, y fértil mujer, me dará a mi heredero. Un niño fuerte y digno del trono —contestó el rey.

—¡Majes...!, ¡Majestad!, ¿pretende desheredar al príncipe? —preguntó asombrado el consejero.

—Un tullido no puede ocupar el trono. No será respetado si no puede subir a un caballo, ni liderar una batalla —contestó el rey.

—Pero... majestad, la gente sabrá que es un hijo bastardo, tampoco lo respetaran —dijo el consejero temeroso de la respuesta del rey.

—El reino no conoce al príncipe, no lo sabrán —replicó el rey.

—Majestad, lo notarán. No serán de la misma edad.

—Los pocos que han visto al príncipe, lo han visto sentado, no saben su altura y este niño será fuerte y alto. No se darán cuenta —replicó el rey.

—¿Y la reina, qué dirá?, ¿y los aldeanos, cómo los callará? —siguió preguntando el consejero.

—La reina, lo sabrá cuando llegue el momento de llevarlo al castillo, no antes, y la reina ha de complacer a su rey, como todos los demás. Y el esposo de la aldeana recibirá unas monedas que tú le darás, y nos guardarán bien el secreto, de lo contrario, deberás avisarles de las consecuencias que tendrá para toda su familia —sentenció el rey.

El rey volvió con los soldados y esperó a que volviera el consejero; pues se había marchado con los aldeanos para explicarles los deseos de su majestad, y las consecuencias que tendrían si no se cumplían sus ordenes.

El consejero habló con la aldeana y su esposo. Al principio, se negaron hasta que vieron las monedas que el consejero les ofreció. El esposo sabía que no podía negarse; al llegar el rey a la aldea, sin ser avisados, no podían escapar, y ya habían oído los rumores sobre los castigos del rey, pero debía negarse al menos una vez, para conseguir más monedas.

Cuando la familia de aldeanos aceptaron cumplir los deseos del rey, los soldados ordenaron a todos los aldeanos que entraran en sus cabañas para que no pudieran ver al rey, y no sospecharan sobre lo que allí iba a pasar. Cuando estuvo todo preparado, el consejero fue a por el rey, y lo acompañó a la cabaña donde le estaba esperando la joven aldeana.

—Prepárate, ya sabes lo que tienes que hacer —ordenó el rey sin ningún tacto, ni pudor.

El consejero esperó fuera —en la puerta de la cabaña—, junto a algunos soldados, el esposo y los hijos del matrimonio. Los soldados custodiaban la aldea mientras sucedía, para que no salieran de sus cabañas los aldeanos y para que no entrara, ni saliera nadie de la aldea. Cuando el rey terminó de realizar su retorcido plan, salió de la cabaña, y se marchó dejando a un par de soldados vigilando en la entrada de la aldea.

Todos los días preparaban en el castillo los caballos y los halcones, para

que el rey saliera de cetrería. El rey no iba de cetrería, iba a la aldea y se encontraba con la aldeana. Lo hizo todos los días hasta que en el vientre de la aldeana se notó que estaba en cinta. A partir de ese momento, y hasta el día que nació su vástago, el que iba a supervisar el embarazo era el consejero.

La noche en que nació el vástago, uno de los soldados fue galopando hasta el castillo, y avisó al consejero del nacimiento. El consejero fue hasta la aldea para comprobar que el bebé era un niño y que estaba sano. Cuando lo comprobó, volvió al castillo y avisó al rey, que rápidamente salió de la torre homenaje y abandonó el castillo para ver a su ansiado heredero bastardo.

Pasó el tiempo, y el joven aldeano y heredero, ya tenía ocho años. Tenía un parecido asombroso con su padre, ya era difícil de ocultar; el rey había estado yendo todos los días para enseñarle a manejar la espada, para que aprendiera a montar a caballo, y también le explicó toda la historia de la familia real, incluso le contó algunos secretos que escondía el castillo; galerías subterráneas que solo conocía el rey para casos de emergencia.

La reina sospechaba que algo pasaba. El rey, salía demasiadas veces de cetrería y nunca traía ninguna presa. No tardaron en llegar a los oídos de la reina los rumores del nuevo heredero del rey; la reina trataba con algunos aldeanos para elegir las telas para vestir al príncipe y pudo oír como hablaban de ello, antes de verla llegar.

La reina no podía permitir que el hijo de una aldeana —un bastardo—, le quitara el trono a su hijo; necesitaba saber de quién se trataba y dónde estaba.

Una mañana, mientras el rey estaba supuestamente de cetrería, se puso una túnica con capuchón para ocultar su rostro, y junto a su dama de compañía salieron del castillo hacia la aldea más cercana; la aldea primus, era la aldea más grande del reino y en ella se realizaban las mayores ventas, e intercambios entre mercaderes y aldeanos. Los mercaderes venían de todos los sitios a esta aldea para hacer las primeras ventas. Con la mercancía que les sobraba recorrían otras aldeas más pequeñas. Aquella mañana, era la elegida para el intercambio de los cereales, los frutos, la carne, la ropa, herramientas, cerámica... los mercaderes llegaban con sus carretas, y montaban sus tenderetes en el centro de la aldea formando círculos.

La reina y su dama de compañía, se pasearon entre los tenderetes con la cabeza agachada y cubierta por el capuchón, intentando escuchar algún comentario sobre el nuevo heredero del rey; el bastardo.

—¿Vienes de otra aldea o somos los primeros en ver tus mercancías?  
—preguntó un aldeano a uno de los mercaderes.

—He estado en dos aldeas que me encontré por el camino mientras venía hacia esta aldea —contestó el mercader.

—¿Has visto al bastardo del rey? —preguntó una aldeana.

—No, pero lo veré —contestó el mercader.

—¿Sabes en que aldea está? —volvió a preguntar la aldeana.

—Dicen que está en una de las aldeas del este —contestó el mercader.

—¿Y cómo sabrás que es él? —preguntó uno de los aldeanos.

—Dicen que tiene un parecido asombroso con el rey. Dicen que se parece más al rey que el propio príncipe —contestó el mercader entre risas.

La reina se enojó aún más, al escuchar el último comentario.

—¡Vamos!, recorre los tenderetes sin llamar la atención, e intenta enterarte en qué aldea del este está el bastardo; alguno debe haber oído algo más —le ordenó la reina a su dama de compañía mientras ella esperaba escondida detrás de una carreta.

La dama de compañía obedeció y se fue acercando sigilosamente a los tenderetes, intentado escuchar todo lo que decían los mercaderes y los aldeanos. Parecía que todos los mercaderes venían de las aldeas que estaban más al sur, pero cuando solo le quedaba un tenderete, al que acercarse... pudo escuchar como un mercader estaba ofreciendo a una aldeana hortalizas de las tierras del este.

—¡Hortalizas!, ¡hortalizas!, ¡cultivadas con las mismísimas manos del heredero!, ¡hortalizas del este! —gritaba un mercader.

—¿Has visto al heredero? —preguntó una anciana mientras le compraba unas cuantas hortalizas.

—Claro que sí. Es la viva imagen del rey, y además es la única aldea protegida por los soldados del rey. Dos soldados hacen guardia día y noche en la entrada de la aldea —contestó el mercader.

—¿Y qué aldea es esa?, ¿está cerca del castillo? —preguntó la anciana.

—No. Está lejos del castillo, es la aldea más apartada —contestó el mercader.

La dama de compañía se giró, y fue hasta la carreta donde permanecía escondida la reina para contárselo inmediatamente. Cuando llegó, le contó a la reina todo lo que había escuchado; con las mismas palabras.

—Debemos ir enseguida a esa aldea —dijo la reina muy nerviosa.

—Majestad, pero estará el rey y nos verá.

—Paga bien a ese mercader. Él nos llevará ocultas en su carreta, no despreciará la oportunidad de ganar en un solo día lo que suele ganar con más esfuerzo en una semana —ordenó la reina.

La dama de compañía pagó generosamente al mercader, y él accedió a llevarlas ocultas en su carreta hasta la aldea del este; en la que estaba el bastardo. El mercader recogió su tenderete, colocó su mercancía en la carreta y emprendieron el camino sin parar hasta llegar a la aldea del este. Al llegar, el mercader preparó su tenderete en el centro de la aldea y empezó a vender las frutas que había conseguido en las otras aldeas.

Mientras el mercader vendía, la dama de compañía bajó de la carreta dejando en ella escondida a la reina, y empezó a recorrer la aldea observando las cabañas y a los aldeanos.

De repente, cerca de unos árboles, detrás de una cabaña, y un poco apartados de los huertos, pudo ver al rey enseñando a un niño a manejar la espada. Se acercó todo lo que pudo sin ser descubierta, y pudo verle la cara al niño; su rostro era casi idéntico al del rey, era él, lo había encontrado.

La dama de compañía se dio la vuelta y fue hacia la carreta del mercader que les había llevado hasta allí.

—¡Majestad!, ¡majestad!, lo he podido ver, es cierto, tiene un parecido asombroso con el rey y es tan alto como el príncipe —exclamó la dama de compañía.

—Tranquilízate y cuéntamelo todo ahora mismo —le dijo la reina.

—El rey, le está enseñando al bastardo a luchar con la espada en el bosque —detrás de unos árboles—, cerca del huerto de una de las cabañas más apartadas. El bastardo, debe tener más o menos, la edad del príncipe, por la altura que tiene. Es igual que el rey, y parecen estar muy unidos, se lo noté en como hablaban y se miraban. El rey, lo miraba con orgullo —le contó la dama de compañía.

—No voy a permitir esta deshonra. Mi hijo es el heredero —replicó la reina con enojo.

—¿Qué hará, majestad? —preguntó temerosa la dama de compañía.

—Esperar a que el rey se despida de su bastardo, y cuando el bastardo vuelva hacia su cabaña, sabremos exactamente donde vive, y ya nos podremos marchar de aquí con el mercader —contestó la reina.

—¿Para que quiere saber dónde está su cabaña, majestad?

—Para poder venir por la noche las dos y llevárnoslo —contestó la reina.

—¿Nosotras solas, majestad?, ¿cómo lo sacaremos de aquí? La aldea está vigilada noche y día por los soldados, no podremos, majestad —replicó la dama de compañía asombrada por las palabras que acababa de escuchar a la reina.

—Ya se nos ocurrirá algo —sentenció la reina.

Cuando el rey se marchó, el bastardo se fue hacia su cabaña; pudiendo ver la reina —desde la carreta—, el hogar del muchacho. Esperaron a que el mercader acabara con su mercancía y recogiera el tenderete. Cuando acabó, se marcharon hacia la aldea donde las había recogido el mercader, y allí las dejó. Volvieron al castillo andando, y sin mediar palabra.

Al llegar, descubrieron sus rostros y los soldados las dejaron entrar. Fueron hacia la torre homenaje, y subieron por las escaleras hasta los aposentos de la reina.

Al día siguiente, la reina llamó enseguida a su dama de compañía.

—Ve a ver al curandero, y pídele que te prepare unas pociones que inciten al sueño. Dile que la reina tiene problemas para conciliar el sueño, y que necesita descansar. Dile que quiero suficiente para varios días, y que te explique como utilizarlas, pues tú, me las tendrás que dar —le ordenó la reina.

La dama de compañía salió de los aposentos y fue hacia el barracón del curandero pidiéndole todo lo que le había ordenado la reina. Esperó allí, de pie, hasta que el curandero lo tuvo preparado.

—Estas son las pociones para poder dárselas a la reina. Para que no te desmayes al inhalar sus vapores, debes untar este unguento en un trapo y taparte la nariz, y la boca con él, hasta que la reina esté dormida, entonces, podrás tapar la poción, salir del aposento y retirar el trapo de la nariz y de la

boca sin problemas —le explicó el curandero.

La dama de compañía, le escuchó, lo cogió todo y se fue directamente hacia los aposentos de la reina dándole al llegar, las pociones y el ungüento. Después, le contó todo lo que le había explicado el curandero.

—¿Cuándo lo haremos, majestad? —preguntó la dama de compañía.

—Esta noche —respondió la reina sin mirarla.

—¿Tan pronto, majestad? Aún no sabemos cómo hacerlo.

—Desconocemos cuándo tiene el rey, intención de traer al bastardo, y en el momento que lo haga, ya no podremos hacer nada para que mi hijo, el verdadero heredero, obtenga lo que le pertenece por derecho de nacimiento —contestó la reina.

Llegó el momento, la noche estaba avanzada y la dama de compañía entró en el aposento de la reina para despertarla, pero la reina... ya estaba levantada y preparada. Había preparado unas velas, un saco grande con cuerdas, un saco pequeño con las pociones, unos trapos, unos cuencos, el ungüento, y en las manos llevaba unas llaves de gran tamaño. La reina le dio el saco grande a la dama de compañía para que lo llevara.

—¡Vamos! Ten cuidado y no hagas ruido, no vayas a despertar al rey —dijo la reina.

La reina y la dama de compañía, salieron de los aposentos y bajaron por las escaleras hasta los salones reales. Allí, la reina guió a la dama de compañía hacia una pared tapada por un tapiz muy grande con el escudo del reino. Lo retiró con la ayuda de la dama de compañía, y abrieron una trampilla oculta detrás del tapiz. Entraron por la trampilla, y bajaron por unas escaleras con las velas encendidas hasta llegar a unas galerías subterráneas.

—¿Qué es esto?, ¿a dónde llevan estas galerías, majestad? —preguntó la dama de compañía asombrada porque nunca había visto esas galerías.

—Es un camino secreto del que nunca debes hablar con nadie, ni con el rey. Este camino solo lo conozco yo, es para poder salvar al príncipe en el caso de que estuviera en peligro y tuviéramos que huir. Lo mandé construir, yo misma —contestó la reina.

Después de recorrer las galerías, salieron al exterior por un pequeño hueco cerrado con una reja; que abrió la reina con las llaves que llevaba escondidas

en su vestido. Salieron, y la dama de compañía vio que se encontraban en el pie de la montaña; debían cruzar una pequeña llanura hasta llegar al bosque y adentrarse en él.

Se cubrieron el rostro con los capuchones de las túnicas, y empezaron a caminar deprisa. Cruzaron la llanura y se adentraron en el bosque hasta tener cerca la aldea del este.

—Majestad, allí están los soldados —dijo la dama de compañía con una voz muy tenue.

—Tranquila, tápate la nariz y la boca con este trapo que ya lleva impregnado el unguento —dijo la reina colocándose ella misma otro trapo con el unguento, cubriendo su boca y su nariz.

La reina destapó el tarro con la poción y vertió un poco en un cuenco. Lo dejó en el suelo, y cogió una rama muy larga. Con la rama, empujó muy despacio, y con mucho cuidado el cuenco dejándolo cerca de los soldados. Los soldados de la entrada de la aldea, no tardaron en quedarse dormidos al llegarles los vapores que desprendía la poción.

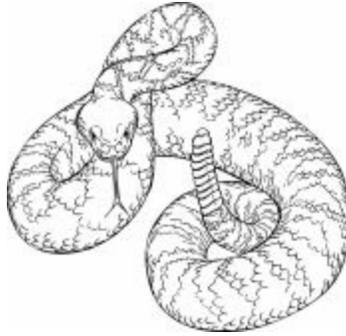
—¡Vamos! Hay que entrar en la aldea y salir de ella antes de que se despierten —dijo la reina.

La reina entró en la aldea seguida de su dama de compañía hasta llegar a la cabaña del bastardo. La reina volvió a sacar la poción y otro cuenco. Volvió a echar la poción en ese cuenco y lo colocó en el suelo. Con la rama hizo presión en la puerta para abrirla lo suficiente para poder pasar el cuenco dentro de la cabaña. Cuando lo consiguió, empujó el cuenco dentro y esperó a que hiciera efecto.

Después de esperar lo suficiente para poder entrar sin peligro, entraron con los trapos impregnados con el unguento tapando parte de su rostro, y se acercaron al bastardo. Lo introdujeron en el saco más grande y lo cerraron con las cuerdas. Sacaron el saco tirando de las cuerdas entre las dos, y arrastrando al bastardo por la tierra. Salieron de la aldea, y fueron atravesando el bosque llegando a la llanura, y después, siguieron hasta el pie de la montaña tirando de las cuerdas del saco.

Al llegar a la montaña, cogieron el saco entre las dos y comenzaron a subir entre las rocas de la montaña hasta llegar a una cueva cerrada por una reja. La reina soltó el saco y se acercó a la reja. Sacó las llaves, y con ellas abrió la

reja. Sacaron al bastardo del saco y lo dejaron dentro de la cueva. Salieron de ella y la reina cerró la reja. Descendieron la montaña hasta llegar al hueco que había en la llanura que les llevaría al castillo. Entraron en él, recorrieron las galerías subterráneas hasta llegar a la trampilla, la abrieron, salieron y la cerraron colocando el tapiz de los salones. Fueron hasta las escaleras, las subieron hasta los aposentos y se acostaron hasta que llegó el alba; como si nada hubiera ocurrido.



## CAPÍTULO 11

El sol de la mañana resplandecía, y el rey se levantó como todas las mañanas y se preparó para ir de cetrería; es decir, se dispuso para ir a ver a su vástago que ya estaba muy bien preparado para acceder al trono.

El rey salió de sus aposentos y se fue hacia la entrada del castillo, donde estaba todo preparado para salir. El condestable le acercó el caballo subiendo el rey en él. Seguidamente, hicieron los mismo los soldados, el cetrero y el consejero.

Galoparon hasta la aldea del este, y el rey, al llegar a la aldea, bajó de su caballo, y se fue andando hasta los árboles que había detrás de las cabañas para esperar a su vástago; estaba deseando verlo, pues había llegado el momento, el día elegido para llevárselo al castillo con él, y una vez que estuvieran allí, lo prepararían para ser presentado a todo el reino.

El consejero fue a buscar al vástago a su cabaña.

Los soldados que custodiaban la aldea estaban en el lugar de siempre vigilando, sin ser conscientes de lo que había sucedido durante la noche; solo recordaban haber tenido un pequeño y ligero sueño.

Al llegar el consejero a la cabaña, pasó dentro y vio a toda la familia del vástago junto al fuego, en silencio y con el miedo reflejado en sus rostros.

—Vengo a llevarme al muchacho. ¿Dónde está? —preguntó el consejero.

Ninguno le respondió, solo agacharon sus cabezas para evitar mirarle directamente a los ojos.

—¿Por qué no me contestáis ninguno?, ¿Dónde está el muchacho?, ¿qué ocurre?, ¡vamos!, ¡responder ya! —gritó el consejero temiéndose lo peor.

—Señor, el muchacho no está aquí. Al llegar el alba, ya no estaba —contestó la madre del muchacho.

—¿No sabéis dónde está? —preguntó el consejero con cara de incredulidad.

—No, señor —contestó la madre muy asustada, porque sabía las consecuencias que podría traerle a toda la familia.

—¿No lo habéis buscado? —insistió el curandero.

—Sí, señor, pero no está en la aldea, ni en el bosque. Ha desaparecido —contestó el esposo.

El consejero salió muy deprisa de la cabaña y fue hacia los árboles donde le esperaba el rey.

—Majestad, el vástago no está en la cabaña, ni en el bosque. Lo han buscado y nadie sabe dónde está —dijo el consejero muy nervioso.

—¡No puede ser!, ¡es imposible! Llama a los dos soldados que vigilaban la aldea —ordenó el rey.

El consejero mandó a un soldado para que los llevara ante al rey. Cuando los soldados llegaron...

—¿Habéis visto a mi vástago? —preguntó el rey.

—No, majestad —respondieron los soldados.

—¿Ha entrado o salido alguien en la aldea durante mi ausencia? —preguntó el rey.

—No, majestad. Solo entró un mercader vendiendo frutos, pero su vástago estaba con su majestad, cuando ya se había marchado —contestó mintiendo uno de los soldados.

—¿Habéis estado despiertos toda la noche y no ha ocurrido nada extraño? —insistió el rey.

—Sí, majestad. Ha sido una noche igual que todas —respondió otro de los soldados muy rápido, ante el temor de perder allí mismo su vida ejecutado por el propio rey.

—¡Subir en los caballos y buscar a mi vástago!, ¡Ahora mismo! —gritó el rey muy enojado.

Los soldados buscaron durante todo el día al vástago por el bosque y por las aldeas de alrededor, fracasando en su intento de encontrarlo.

El rey enfureció. El consejero nunca lo había visto así, y el miedo se apoderó de él; el enojo más parecido que le había visto —y estaba muy lejos del que estaba viendo—, fue cuando expulsó del castillo —años atrás—, al curandero y a su esposa embarazada.

El rey ordenó que todos los aldeanos entraran en sus cabañas. Una vez, que todos estuvieron dentro de ellas, mandó a los soldados para que clavaran un tronco atravesado en cada puerta para que no pudieran salir.

Cuando acabaron de dejar encerrados a todos los aldeanos dentro de sus cabañas, ordenó que prendieran fuego a todas las cabañas, a los animales y las tierras de cultivo.

Los aldeanos murieron abrasados vivos, igual que los animales. Las tierras quedaron inútiles. Acabó con cualquier forma de vida en la aldea, destruyéndola por completo; haciéndola desaparecer.

El rey, junto a sus soldados y el consejero, se alejaron con sus caballos, lo suficiente para poder ver como todo desaparecía por la fuerza devastadora de las llamas durante la noche, y no sentir el calor, ni oír los gritos de los aldeanos, ni los chillidos de los animales.

Al llegar el alba, solo quedaba una nube de humo negro sobre la tierra. En ese momento, el rey dio la orden de volver al castillo; todos volvieron en silencio, solo se podía oír las pisadas del trote de los caballos.

Cuando llegaron al castillo, el rey se fue hacia la torre homenaje y subió las escaleras hasta llegar a sus aposentos. En la puerta se encontró con la reina, que al ver el disgusto y enfado reflejado en el rostro del rey...

—¿Qué le ocurre, mi rey? —preguntó la reina.

El rey, ni se molestó en mirar a la reina. Entró en su aposento cerrando la puerta con un fuerte golpe dejando a la reina fuera; las ilusiones del rey puestas en su vástago acababan de desvanecerse, ya no podría volverlo a intentar por la diferencia de edad que habría con el príncipe. Debía aceptar su fracaso.

Al día siguiente, el rey llamó a su consejero. Cuando llegó al aposento...

—Avisa ahora mismo al herrero y al carpintero, para que empiecen

inmediatamente a construir un sillón real con ruedas para poder mover con más facilidad al príncipe, por el castillo. También tendrán que construir una silla para su caballo. El príncipe, tiene que poder subir a su caballo. El caballo será sus piernas fuera del castillo. Después, avisa al condestable para que cuando la silla esté preparada le enseñe a montar con agilidad. Llama al mariscal para que le enseñe a luchar desde su sillón y desde el caballo —ordenó el rey mientras observaba todo a través del mirador.

—Enseguida, majestad —contestó el consejero.

—Debemos preparar al príncipe para ocupar el trono cuando yo falte. Debe aprender a ser rey, y debe aprender a ser respetado por todos y sobre todo por el enemigo. Tiene que hacerse un hombre. Habrá que quitarle los mimos de la reina. Prepara un nuevo aposento para el príncipe en la torre de armas. Hay que alejarlo de su madre, y acercarlo a los soldados. Así aprenderá —replicó el rey.

—Sí, majestad.

El consejero se marchó del aposento cuando el rey acabó de dar todas las ordenes. Se ocupó de trasladar sus deseos al condestable, al mariscal, al herrero y al carpintero. Cuando terminó, se llevó con él a unos sirvientes para preparar el nuevo aposento del príncipe en la torre de armas.

Al terminar el aposento del príncipe, fue a la torre homenaje, subió hasta los aposentos reales, y entró dentro del aposento del príncipe para llevárselo.

—¿A dónde te llevas al príncipe? —preguntó la reina que siempre estaba junto a él.

—Lo llevo a su nuevo aposento en la torre de armas, majestad. Son las ordenes del rey —le contestó el consejero.

—¡No puedes llevártelo de aquí! Necesita muchos cuidados, y yo debo estar a su lado para cuidar de él —contestó la reina muy alterada.

—Allí, recibirá todas las atenciones que necesite, no debe preocuparse, majestad. Son las ordenes del rey, debo cumplirlas —contestó el consejero.

La reina, muy enojada y nerviosa, se fue hacia los aposentos del rey. Entró sin llamar, ni pedir permiso. Nunca lo había hecho, pero la desesperación por su hijo...

—¿Por qué aparta a su hijo de la protección de su madre, majestad?

Necesita muchos cuidados —dijo la reina muy alterada.

—Es el príncipe heredero y algún día será rey. Debe prepararse para ello —contestó el rey.

—¡Soy su madre y la reina! No puede apartarme de él. No puede moverse, ni defenderse como los demás, está en desventaja y necesita protección —replicó la reina.

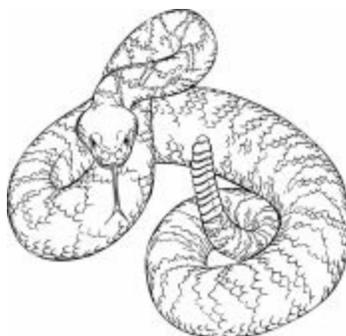
—Un buen rey, no se puede criar bajo el vestido de su madre. Ha de ser instruido y preparado por expertos para ocupar el trono. Debe aprender a luchar para ser respetado y aceptado. Tendrá todo lo que necesite, no le faltará nada —replicó el rey sin perder la calma.

—¡No tendrá todo, majestad!, ¡le faltará su madre! —exclamó la reina llena de ira y de dolor.

—¿No quieres que sea rey? Porque en ese caso... tendré que buscar a otro heredero —replicó el rey con ironía y sin mirarla en ningún momento.

La reina enmudeció de repente, marchándose hacia sus aposentos con la impotencia de verse obligada a permitirlo.

El príncipe fue trasladado a su nuevo aposento y poco a poco, fue aprendiendo para convertirse en un rey digno de su reino, a pesar de su problema para caminar.



## CAPÍTULO 12

Mientras tanto —dentro de la cueva que estaba en la montaña—, el curandero, al oír unos gritos salió de la laguna y recorrió el hueco que llevaba a la entrada de la cueva. Al llegar, vio al bastardo.

—¿Quién eres?, ¿por qué te han encerrado aquí? —preguntó el curandero, pensando qué podría haber hecho un niño tan pequeño para recibir un castigo tan atroz.

—Soy el hijo del rey. No sé cómo he llegado hasta aquí, ni el porqué. Solo recuerdo estar dormido en mi cabaña —contestó asustado el bastardo del rey.

—Sin duda tienes un gran parecido al rey, pero yo conocí al príncipe, y... ¿qué edad tienes?

—Ocho años, señor —contestó el bastardo.

—El príncipe, debe tener unos doce años. No puedes ser él. Además no se parecía tanto al rey. ¿Quién eres? —replicó el curandero.

—No soy el príncipe. Soy el hijo del rey, nacido para ocupar el trono. El príncipe no puede, es un tullido —contestó el bastardo.

—¿Eres el hijo bastardo del rey? —preguntó el curandero asombrado.

—Sí, señor.

El curandero, sonrió por primera vez en ocho años. Estas circunstancias, le proporcionaban lo que le faltaba para poder llevar a cabo su venganza contra el rey, por el dolor que le causó apartándolo de su esposa y del hijo que no pudo conocer.

Durante todos aquellos años en el interior de la montaña, el curandero había aprendido y practicado la magia negra en la laguna que había dentro de la

cueva, y también había estado excavando un túnel a través de una de las paredes para poder salir al exterior. El bastardo del rey le serviría para poder acabarlo y salir. También lo utilizaría para destruir al rey y apoderarse del reino.

—No te preocupes muchacho, yo cuidaré de ti. Te enseñaré todo lo que debes saber para vengarte de quién te trajo aquí —dijo el curandero.

—No sé quién me encerró aquí —dijo el bastardo.

—Fue el rey, ya no le interesaba que ocuparas el trono, prefirió a su hijo el príncipe, tú solo eres un bastardo. Yo trabajé en el castillo, y conocí mejor que tú al rey, ya no le interesabas y se deshizo de ti —dijo el curandero para provocar en el muchacho el odio hacia el rey.

—El rey me quería. Todos los días me visitaba y me enseñaba muchas cosas. No me lo puedo creer, señor —contestó el bastardo con incredulidad.

—Solo el rey, conoce esta cueva y tiene las llaves de esta reja. Solo puede haber sido él. He visto de lo que puede llegar a hacer cuando no son las cosas como él quiere —respondió el curandero.

—Pero... no podemos salir de aquí

—Podremos. ¡Vamos!, ¡sígueme! tienes mucho que aprender, y yo te lo enseñaré —dijo el curandero mientras se dirigía hacia el túnel para llevar al bastardo a la laguna.

Durante varios años, el curandero fomentó todo el odio posible en el muchacho contra el rey, para poder perpetrar su ansiada venganza. Le enseñó la magia negra, y la practicaron juntos sobre la laguna, y poco a poco, fueron avanzando en la construcción del túnel.

El bastardo aprendía muy rápido, y su odio hacia el rey aumentaba cada día, cegándole. Fue creciendo hasta convertirse en un hombre.

Consiguieron llegar al exterior con la construcción del túnel, y cuando el bastardo estuvo preparado...

—Ha llegado el momento de salir. Tu parecido con el rey es asombroso, por ese motivo, debes ponerte mi túnica, y cubrir tu rostro con el capuchón. No puedes mostrar tu rostro, nunca, porque te descubrirán, y no podrás cumplir con tu misión de acceder al trono que te pertenece. Preséntate en el castillo como el curandero que tiene una solución para que el príncipe pueda caminar.

Pregunta por el consejero, y cuando te reciba, dile que ya pudiste curar a un joven muchacho con el mismo mal. ¿Lo recuerdas todo?, ¿Estás preparado? —le dijo el curandero al bastardo del rey.

—Sí, maestro. No le fallaré —contestó el bastardo.

—Ten cuidado con el curandero del castillo. Él sabrá lo que pretendes si no tienes cuidado a la hora de hacer las pociones. No debe verte practicar la magia negra —le recordó el maestro curandero.

—Sí, maestro.

—Mucha suerte muchacho. No desaproveches esta oportunidad para hacer tuyo el reino —le dijo el curandero despidiéndose de él.

—¿Maestro, qué hará ahora usted? —preguntó el bastardo con bastante curiosidad.

—Estaré cerca del castillo esperando para entrar en él cuando tengas todo preparado. Y recuerda que el consejero, es la mano derecha del rey. Debes tener mucho cuidado con él y deshacerte cuando puedas de él. ¡Vamos!, no tienes tiempo que perder —contestó el maestro curandero despidiéndose otra vez del bastardo.

El bastardo marchó hacia el castillo dejando allí al maestro curandero. Al llegar a las puertas del castillo, preguntó por el consejero a los soldados de la verja. Unos soldados fueron a avisarle y después de un buen rato, el consejero llegó y se acercó a la verja.

—¿Qué tienes que ofrecer, curandero? —preguntó el consejero a través de la verja.

—Los pasos del príncipe, señor —le contestó el bastardo.

—¿Me dices que tienes el remedio para que el príncipe pueda caminar? —preguntó el consejero con la burla en el brillo de sus ojos.

—Sí, señor. Ya lo conseguí con un joven aldeano —respondió con seguridad el bastardo.

—Bien, pues dame las pociones, yo mismo se las daré al príncipe —dijo el consejero sin creer lo que le estaba contando.

—Las pociones se deben terminar sobre las piernas del príncipe, y solo yo puedo hacerlo, nadie más conoce estos ungüentos —replicó el bastardo.

—¿Cuántas monedas pides a cambio de los pasos del príncipe? —le preguntó el consejero para intentar descubrir sus intenciones.

—No pido monedas, señor. Solo quiero ser un curandero del castillo —contestó el bastardo.

—Hablaré con el rey, pues ya tenemos curandero en el castillo —respondió el consejero.

El consejero fue hacia los aposentos del rey; desde el día que perdió a su bastardo, no había salido de la torre homenaje.

—Majestad, en las puertas del castillo aguarda un curandero que asegura tener la cura para que el príncipe pueda caminar. Dice que ha de terminarla él mismo sobre la piernas del príncipe. Le ofrecí monedas por ella y no las quiso.

—¿Qué quiere entonces? — preguntó el rey.

—Quiere ser uno de los curanderos del castillo —contestó el consejero.

—¿Crees qué dice la verdad? —preguntó el rey.

—Si no quiere monedas, y si pretende quedarse aquí... debe de funcionar —contestó el consejero.

—Bien, llévalo al barracón, y que el curandero le proporcione todo lo que necesite. Mañana al alba, deberá hacer la primera prueba. Si no lo consigue, arderá en el centro de la aldea más próxima, para que aprendan todos lo que sucede cuando alguien intenta reírse del rey —replicó el rey explicándole como debían ser las pruebas que tendría que superar aquel nuevo curandero.

—Sí, majestad.

El consejero bajó de la torre y fue hasta la verja del castillo.

—He hablado con el rey, y tienes su beneplácito, pero mañana al alba, deberás demostrar que el príncipe puede caminar al menos diez pasos, y al día siguiente el doble, y así durante cinco días. Si lo logras podrás ser el aprendiz del curandero del castillo. De lo contrario... espero que no tengas que comprobarlo. ¿Aceptas? —dijo el consejero.

—Sí, señor.

—¿Seguro?, pues tu vida está en juego —volvió a preguntarle el consejero.

—Sí, señor, estoy seguro —contestó el bastardo.

—¡Subir el rastrillo y la verja! —gritó el consejero a los centinelas que estaban sobre el adarve.

Los centinelas del adarve obedecieron sus ordenes inmediatamente.

—Sígueme, aprendiz. Te acompañaré al barracón del curandero, compartiréis los aposentos. Te lo presentaré, y él te proporcionará todo lo que necesites —le dijo el consejero al bastardo.

El bastardo siguió al consejero hasta el barracón mientras los centinelas bajaban la verja y el rastrillo.

—Curandero, aquí tienes un nuevo aprendiz. El rey quiere que le proporciones todo lo que necesite para sus pociones. Cuando llegue el alba, llévalo a los aposentos del príncipe, dice que puede curarlo... —le dijo el consejero.

—Sí, señor —respondió el curandero.

El curandero del castillo acompañó al bastardo hasta los aposentos.

—En este jergón descansarás, el jergón de al lado es el mío. Estos son todos los pergaminos que puedes consultar, y aquí tienes cuencos, hierbas, flores y frutos. Ya puedes empezar a prepararlo todo, no tienes mucho tiempo. ¿Es verdad que puedes curar al príncipe? —preguntó el curandero.

—Sí, señor, para eso he venido —le contestó el bastardo.

—¿Y cómo lo harás, aprendiz?, porque ya lo intentó el curandero anterior a mí, y no lo consiguió, y yo tampoco.

—No puedo decírselo, perdería mi trabajo como aprendiz del castillo —contestó el bastardo convertido en aprendiz.

—Bien, pues suerte, espero que lo consigas, de lo contrario el rey no tendrá piedad.

Todo estaba igual que se lo había descrito el maestro curandero de la cueva.

Debía coger los pergaminos de magia negra que estaban escondidos dentro del barracón, pero con el curandero observándole no podía; tenía que hacerle salir de allí. El aprendiz empezó a mezclar hierbas en un cuenco, observó todo lo que había para poder pedirle al curandero algún ingrediente que no estuviera allí dentro, y así aprovechar para buscar los pergaminos.

—Señor, necesito unas virutas de madera —dijo el aprendiz.

—Bien, iré a por ellas —contestó el curandero de mala gana, pues quería ver todo lo que hacía el aprendiz, pero le habían ordenado que le proporcionara todo lo que necesitara; no se podía negar.

Cuando el curandero salió del barracón, el aprendiz se fue hacia una esquina del aposento, se arrodilló y movió uno de los troncos de la pared. Introdujo su mano dentro, y allí seguían los pergaminos. Cogió el más pequeño, como le había dicho el maestro de la cueva y lo desenrolló. Se apresuró en recitar las palabras que estaban escritas en él, sobre el cuenco donde había estado preparando las hierbas. El contenido del cuenco empezó a deformarse convirtiéndose en una masa espesa y oscura. Había funcionado, debía darse prisa en volver a esconder el pergamino antes de que volviera el curandero. Ya tenía la poción preparada. La ocultó en un pequeño tronco hueco que le había hecho el maestro en la cueva y lo ocultó dentro de su túnica. En el cuenco echo otras hierbas y esperó a que volviera el curandero.

—Aquí tienes las virutas —le dijo el curandero al volver.

—Gracias, señor.

El aprendiz estuvo mezclando hierbas, hojas y frutos en algunos cuencos hasta que llegó la noche; tenía totalmente confuso al curandero.

—Ya es hora de descansar. Mañana será un día muy importante —dijo el curandero mientras se tumbaba en su jergón.

Llegó el alba, y el curandero despertó al aprendiz.

—¡Vamos!, tenemos que ir a los aposentos del príncipe. Ha llegado el momento de demostrar tus conocimientos —dijo el curandero.

Juntos se fueron hacia la torre de armas. Subieron a los aposentos del príncipe, y allí estaba el consejero esperándoles.

—Aquí tienes al príncipe. Ya puedes empezar —dijo el consejero.

El aprendiz estaba un poco nervioso con las miradas del joven príncipe, el consejero y el curandero clavadas sobre él. Pero confiaba en todo lo que le había dicho su maestro, no podía fallar.

El aprendiz descubrió las piernas del príncipe y empezó a untar el ungüento sobre sus rodillas. Estuvo pasando sus manos sobre aquella masa espesa y oscura hasta hacerla desaparecer.

—Alteza, ya puede levantarse y empezar a caminar —dijo el aprendiz.

El príncipe se levantó de su sillón muy despacio y haciendo fuerza con sus manos en él. Cuando consiguió ponerse de pie, miró al aprendiz.

—Camine sin miedo, alteza. Yo estaré a su lado —le dijo el aprendiz.

El príncipe dio un paso y después otro, decorando su rostro con una sonrisa. Siguió dando pasos hasta conseguir dar quince. El esfuerzo había sido muy grande, y el aprendiz se acercó para que el príncipe se pudiera apoyar en él mientras el consejero le acercaba el sillón.

—No está acostumbrado a caminar, por eso está tan cansado. Lo repetiremos todos los días y verá como sus piernas van cogiendo fuerzas. En poco tiempo podrá caminar como los que estamos en este aposento, alteza —dijo el aprendiz animando al príncipe.

El príncipe, nunca había dado tanto pasos. La esperanza volvía a existir y se podía ver reflejada en los rostros de todos los presentes.

—¡Vamos!, el príncipe ha de descansar —dijo el consejero saliendo con el aprendiz y el curandero del aposento.

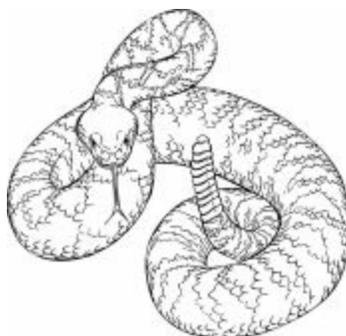
El curandero y el aprendiz se fueron al barracón. El consejero se fue a la torre homenaje para contárselo al rey. El rey se alegró, pero no dio muestras de ello, pues solo eran pasos, no era caminar.

—Majestad, mañana podría venir con nosotros a la torre de armas para ver al príncipe caminar —le dijo el consejero.

—Lo veré cuando pueda caminar, eso solo son unos pasos. Márchate —replicó el rey.

El aprendiz, fue al alba durante cinco días seguidos a la torre de armas. Cada día, le untaba en las rodillas más cantidad de aquella masa, y el último día también se lo untó en los pies. El príncipe consiguió caminar; todo había salido como habían planeado en la cueva. Ahora tenía que deshacerse del curandero para poder practicar la magia negra a un mayor nivel. Con la magia conseguiría controlar al consejero, y con ello, podría tener al rey y al príncipe a su merced. Y cuando llegara ese momento podría ayudar al maestro curandero de la cueva para entrar en el castillo.

¿Qué haría para deshacerse del curandero?



## CAPÍTULO 13

El príncipe empezó a presentarse todo los días en el patio de armas para entrenar con la espada sobre tierra firme; hasta ese momento solo lo había practicado sobre su caballo.

—¡Enhorabuena, aprendiz! Menos mal que has logrado curar al príncipe. Al último curandero que lo intentó y fracasó, el rey, ordenó que se lo llevaran lejos del castillo atado de pies y manos. Y también castigó a toda su familia —comentó el curandero.

—¿Y dónde se los llevaron? —preguntó el aprendiz.

—No lo sé... nadie lo sabe. Nunca más supimos de ellos, pero después de lo que fue capaz de hacer el rey, en la ladea del este... —contestó el curandero.

—¿Qué hizo en esa aldea? —preguntó el aprendiz temiéndose lo peor.

—Corre el rumor de que el rey, tenía un bastardo allí. Y una mañana, cuando el rey fue a verlo, el bastardo había desaparecido. El rey enfureció, y ordenó quemar la aldea con todos los aldeanos encerrados en sus cabañas sin la posibilidad de salir de ellas. Arrasó toda la aldea, los animales y las tierras de cultivo... solo quedaron las cenizas y una niebla gris cuando acabó todo, la aldea desapareció por completo.

—¿Y qué pasó con aquel bastardo? —preguntó el aprendiz; aquella historia le interesaba mucho.

—Nadie lo sabe de cierto. Pero dicen que tuvo que ser la reina, que al ver peligrar el trono de su hijo, hizo desaparecer al bastardo —contestó el curandero.

—¡Vaya!, ¡pues si que he tenido suerte! —replicó el aprendiz.

El aprendiz, durante un instante, dudó sobre su misión. El rey no le abandonó, había sido la reina. Pero el rey había acabado de una forma atroz con la vida de toda su familia, y con la de todos los aldeanos. Seguía teniendo motivos para odiar al rey, y ahora, también los tenía para odiar a la reina. La venganza sobre la reina no la habían planeado, tendría que improvisar.

El aprendiz siguió con sus planes de venganza y no paró de practicar, leer y aprender todo lo que pudo de aquellos viejos pergaminos en el barracón.

Al llegar la tarde, el consejero fue a los aposentos del rey para contarle todos los progresos del príncipe, y cuando acabó...

—Dile al condestable que prepare los caballos. El príncipe debe ir a la aldea primus. Hoy es el día que van todos los mercaderes. Que lo acompañen unos soldados y el mariscal. El príncipe debe llegar subido en su caballo, bajarse de él y caminar alrededor de todos los tenderetes. Así, todos verán que no es un tullido, y los mercaderes, ya se encargarán de ir contándolo por las aldeas que visiten después —dijo el rey.

—Sí, majestad —contestó el consejero.

Durante todo el día, el príncipe estuvo dejándose ver entre los aldeanos, y caminando muy orgulloso por toda la aldea primus.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente, mientras el aprendiz preparaba sus pócimas, el curandero salió del barracón para cuidar un pequeño huerto que había detrás del barracón, que cuidaba y cultivaba él mismo.

El aprendiz aprovechó que el curandero le había dejado solo para coger los pergaminos de magia negra y recitar algunas frases sobre alguna de las pociones que estaba haciendo. Cuando terminó, cogió un pequeño pergamino y la poción sobre la que recitó el conjuro, y se fue hacia el jergón del curandero. Lo abrió y echó —sobre la paja que tenía dentro—, la poción, y en una esquina del jergón escondió el pequeño pergamino. Lo cerró e intentó dejar el jergón como estaba, antes de que volviera el curandero; el aprendiz siguió leyendo los pergaminos, y enseguida llegó el curandero.

Cuando llegó la tarde, el mariscal fue al barracón buscando al curandero; dos soldados habían resultado heridos mientras entrenaban con las espadas.

—¡Aprendiz!, ¡vamos! Hoy verás cómo se curan las heridas de guerra

—dijo el curandero.

El aprendiz, acompañó al curandero al barracón de los soldados. Entraron, y el curandero se preparó y empezó a curarlos; solo dejó que el aprendiz mirara. Al acabar de hacer las primeras curas a los dos soldados, se marcharon al barracón.

—Curar las heridas de guerra de los soldados, es la tarea más complicada con la que se puede encontrar el curandero del castillo. Te queda mucho que aprender, muchacho —dijo el curandero al aprendiz para darse importancia. Después de que el aprendiz curara al príncipe, el curandero había perdido gran parte de la admiración que le tenían en el castillo como sanador.

El aprendiz no le replicó; aquél imprevisto, le vino muy bien para poder llevar a cabo su plan de venganza.

Ya era tarde. Había anochecido, y el curandero se tumbó en su jergón para descansar dejando al aprendiz leyendo los pergaminos.

Otro día más que amanecía en el castillo con un sol radiante. El curandero se preparó, y se fue al barracón de los soldados, tenía que seguir proporcionándoles los cuidados que necesitaban para curar las heridas; esta vez, fue solo, necesitaba recuperar su prestigio en el castillo, no le interesaba que el aprendiz aprendiera tan rápido; temía por su trabajo.

Al salir el curandero del barracón, el cielo se tiñó de gris ocultando totalmente al sol. La lluvia apareció rápidamente dejando caer el agua sobre el castillo con mucha fuerza.

El curandero se puso el capuchón de su túnica protegiendo su cuerpo de la lluvia. Llegó al barracón, y se acercó al primer soldado herido. Le quitó el vendaje que estaba empapado en sangre, y le untó un unguento para ayudar a la herida a cicatrizar y la volvió a tapar. Después, se acercó al otro soldado, e hizo exactamente lo mismo que con el primer soldado. Terminó con las curas, y se marchó despidiéndose hasta el día siguiente; las heridas eran muy profundas, tendría que ir a curarlos muchos días.

Al salir del barracón de los soldados, la lluvia y la oscuridad en el cielo, permanecían todavía. Cada vez llovía con más fuerza, no parecía que fuera de día. El curandero llegó a su barracón totalmente empapado.

—Haré fuego. ¡Viene empapado! Quítese la túnica —dijo el aprendiz al ver llegar al curandero.

—Hacía mucho tiempo que no llovía con tanta fuerza, pronto pasará. Aquí la lluvia dura muy poco —dijo el curandero.

El aprendiz terminó de preparar el fuego, y se marchó para seguir leyendo los pergaminos dejando al curandero sentado muy cerca del fuego. La lluvia no paró de caer en todo el día, ni durante toda la noche.

Llegó el alba, y parecía que había llegado el ocaso. El cielo seguía oscuro, y la lluvia continuaba sin cesar.

—¡Qué extraño!, nunca había visto llover así —dijo el curandero mientras se preparaba para ir al barracón de los soldados.

El curandero se fue, llegó al barracón, y se acercó al primer soldado. Le quitó el vendaje, y cuando fue a untarle el unguento... la herida había desaparecido, no quedaba rastro de ella, ni siquiera la cicatriz. El soldado al verlo, empezó a sonreír y se levantó rápidamente del jergón para contárselo a los demás soldados, salió corriendo sin parar hasta llegar al patio de armas; se encontraba perfectamente. El curandero, sorprendido, fue a ver al otro soldado, pero no estaba en su jergón. El soldado ya estaba practicando con las espadas en el patio de armas; al despertar, y ver que no tenía ni rastro de la herida, no esperó al curandero.

El curandero, nunca había visto que unas heridas como esas se curaran tan rápido, y sin dejar cicatriz. Recogió sus cosas totalmente extrañado, y se fue a su barracón. No comentó absolutamente nada con el aprendiz de lo que acababa de suceder en el barracón de los soldados. Debía mantenerse en silencio sobre esa situación, o podrían acusarle de brujería, ya que era prácticamente imposible que algo así sucediera. Pero los soldados no tardaron en contarlo entre todos sus compañeros.

—Mira que fuerte soy y que rápido me he curado. No me queda ni la cicatriz de la herida. ¡Temerme enemigos! —comentaba uno de los soldados entre risas y con orgullo.

Pasaban los días, y el sol seguía sin aparecer; la lluvia no había dejado de caer ni un solo instante, desde el día que salió el curandero de su barracón para curar a aquellos soldados. El rey, que observaba caer a la lluvia desde el mirador de su aposento, llamó al consejero.

—¿Has visto llover alguna vez así?, ¿Has visto alguna vez, no aparecer el sol durante tanto tiempo? —preguntó el rey al consejero.

—No, majestad. Es muy raro.

—¿Avanza el príncipe en su entrenamiento con la espada y el arco?  
—preguntó el rey.

—Si, majestad. Con la espada es casi el mejor, pero con el arco va más despacio. La lluvia dificulta que puedan entrenar.

—¿Se habla de él en el barracón de los soldados?

—No, majestad. Ahora están entretenidos con otros comentarios.

—¿Qué comentarios distraen a nuestros soldados? —preguntó el rey despertando su curiosidad.

—Comentan quién es el más fuerte. Dos soldados fueron heridos en el entrenamiento con las espadas, y dicen que se curaron en tan solo un día, y que no les quedó ni la cicatriz —contestó el consejero.

—¿Se curaron ellos solos en un día? —preguntó el rey sorprendido.

—No, majestad. Fue el curandero, y los curó en un solo día. También comentan que la lluvia los protege y les da fuerzas.

—¿Por qué la lluvia? —preguntó el rey.

—Porque el mismo día que fueron heridos empezó la lluvia y no ha parado.

El rey permaneció en silencio con su vista fijada en el mirador, mientras el consejero esperaba a que le diera permiso para retirarse.

—Trae inmediatamente al aprendiz —ordenó el rey rompiendo el silencio.

El consejero fue al barracón a por el aprendiz, y lo llevó ante el rey.

—Aprendiz, ¿Has visto alguna vez llover tantos días seguidos sin parar?, ¿has visto alguna vez al sol estar oculto tanto tiempo? —preguntó el rey mientras miraba caer la lluvia sobre el castillo.

—No, majestad —respondió el aprendiz.

—¿Crees qué es algo normal? —preguntó el rey.

—Creo que no, majestad.

—¿Entonces, cómo es posible? —insistió el rey.

—Tal vez, se deba a la magia. He oído que hay conjuros para invocar a la lluvia —contestó el aprendiz.

—¿Y quién podría haberla conjurado? —preguntó el rey.

—No lo sé, majestad.

—¿Sabes hacer conjuros? —siguió preguntando el rey.

—No, majestad. Solo he oído hablar de ellos.

—Aquí solo hay dos curanderos. ¿Quién crees que puede haber sido? —preguntó el rey.

—Yo no sé hacer conjuros. No he podido ser yo, majestad —contestó el aprendiz con seguridad.

—Pero tú... curaste al príncipe cuando ya lo habíamos dado todo por perdido. Nadie había podido conseguirlo hasta tu llegada —replicó el rey.

—Majestad, dicen que la magia es instantánea, y yo tarde muchos días en conseguirlo, y además, aún sigo proporcionándole algunos cuidados —respondió el aprendiz.

—¿Quién curó a los soldados? —preguntó el rey.

—El curandero, majestad.

—¿No estabas tú con él? —preguntó el consejero.

—Solo estuve el primer día, señor. Pero no hice nada, solo mirar, porque el curandero quería que lo viera para aprender —contestó el aprendiz.

—¿Habías visto alguna vez unas heridas como esas curarse tan rápido? —preguntó el rey.

—No, majestad.

—¿Cómo crees que podríamos acabar con la lluvia? —preguntó el rey.

—Si ha sido un conjuro... en los pergaminos pude leer que la única forma de acabar con algunos conjuros, es ocultando debajo de la tierra a quién los recitó —contestó el aprendiz.

—Pues, tendremos que ocultarte debajo de la tierra. ¿Qué te parece? —replicó el rey.

—Puede hacerlo si lo desea, majestad. Si la lluvia no cesa, sabrá inmediatamente que no fui yo quien lo conjuró —respondió valientemente el aprendiz.

—Consejero, llévate de aquí al aprendiz y vuelve inmediatamente —ordenó

el rey.

El consejero siguió las ordenes del rey, se llevó al aprendiz, y volvió inmediatamente a los aposentos del rey.

—Ordena a varios soldados que vayan al barracón de los curanderos, y que busquen cualquier cosa que pueda utilizarse para hacer magia. Que otros soldados lleven al curandero a las mazmorras. Si la lluvia cesa, que le pongan los grilletes en las manos y en los pies. Y después, que le echen miel por el cuerpo —ordenó el rey.

—¿Y si no cesa la lluvia, majestad?

—Si la lluvia no cesa, el aprendiz ocupara el lugar del curandero en las mazmorras —respondió el rey.

—Si tuvieran que ponerle los grilletes... ¿habría que dejarle comida y agua? —preguntó el consejero.

—No. La única comida que habrá allí, será él. Una buena comida para las ratas. ¡Márchate! —contestó el rey

—Sí, majestad.

El consejero dio las ordenes a los soldados. Fueron al barracón, buscaron por todos los lados sin encontrar nada. Cuando ya se marchaban con el curandero, uno de los soldados se acercó a los jergones abriéndolos. En el jergón del curandero encontró un pergamino, lo desenrolló y vio el conjuro de la lluvia, se lo dio al consejero y se marcharon a las mazmorras con el curandero. Allí, esperaron la orden del consejero para ponerle, o no, los grilletes. En el mismo instante que el curandero entró en las mazmorras, el agua de la lluvia dejó de caer sobre el castillo y el sol volvió a brillar. El consejero dio la orden para que le pusieran los grilletes y le untaran miel por el cuerpo al curandero, y cuando acabaron, los soldados se marcharon de allí; dejándolo solo con las ratas.

El aprendiz, ya había conseguido librarse del curandero. El plan había salido mejor de lo esperado. Ahora, solo le quedaba conseguir tener a su merced al consejero, y con ello, podría controlar al rey, y al príncipe.

El aprendiz siguió practicando la magia negra con la ayuda de aquellos viejos pergaminos escondidos en el barracón, y sin que nadie le molestara.

Con el tiempo, el aprendiz consiguió invocar a unas tétricas sombras; cinco

sombras. Trajo a las sombras del inframundo hasta el reino. Con ellas llegó la oscuridad. Aquellas tenebrosas sombras tenían forma de serpiente, rodeaban su cuerpo sintiendo como un poder inmenso penetraba en él. El aprendiz creía poder dominarlas, pues las sombras se acercaban a quién él quería y lo transformaban en su siervo, dejándolo a su merced.

El consejero fue el primero en caer bajo su influjo, y el aprendiz no tardó en utilizarlo para llegar a la reina y al rey.

La reina seguía en sus aposentos, sin salir de ellos desde que el rey ordenó apartar al príncipe de su lado. El aprendiz necesitaba acceder a la reina, y hacerla enfermar para empezar con su siguiente plan; traer a las dos sombras que le faltaban para tener las siete que le otorgarían el poder absoluto.

Una mañana temprano, el aprendiz se acercó al consejero con un pequeño ramo de flores.

—Consejero, estas flores desprenden el olor del príncipe. A la reina le gustarán, le recordarán a él, y su tristeza poco a poco, desaparecerá. ¿Podría llevárselas yo mismo a sus aposentos? —preguntó el aprendiz sabiendo perfectamente que el consejero no le dejaría ir a los aposentos de la reina.

—Solo yo puedo llevárselas, e ir a los aposentos de la reina. Yo se las entregaré —contestó el consejero.

El consejero cogió el ramo de flores y fue a los aposentos de la reina.

—Majestad, le he traído un ramo de flores para que su maravilloso olor le haga sentirse mejor —dijo el consejero.

—Solo hay una cosa que me pueda hacer sentir mejor, márchate —replicó la reina.

—Majestad, por favor, sienta su perfume y si no le gusta me las llevaré —insistió el consejero.

La reina se acercó, y sintió la fragancia que desprendían aquellas flores. Inmediatamente la reina cogió el ramo y se acostó con él. La reina ya estaba bajo el influjo de aquel aroma. No tardaría en enfermar y necesitar de los cuidados del aprendiz.

Al día siguiente, el consejero fue al barracón del aprendiz.

—La reina está enferma, debes venir conmigo a sus aposentos para curarla —le dijo el consejero al aprendiz.

El aprendiz lo acompañó hasta los aposentos de la reina. Se acercó a ella, tocó su frente y pidió unos trapos mojados en agua fría. Le dijo a su dama de compañía que debía ponérselos en la frente y cuando dejaran de estar fríos, cambiarlos por otros. El aprendiz salió del aposento acercándose al consejero.

—La reina está muy débil, necesita de una curandera que le de los cuidados que necesita, yo solo no puedo —le dijo el aprendiz al consejero.

El consejero fue a los aposentos del rey.

—Majestad, la reina está enferma y necesita de muchos cuidados. El aprendiz necesita una curandera. Él le enseñará y le ayudará con los cuidados para la reina —dijo el consejero.

—Manda a unos soldados para que corran la voz por las aldeas —contestó el rey sin poner ningún impedimento.

El rey estaba a merced del consejero, no le discutía nada y aceptaba todo lo que le pedía. Y el consejero estaba a merced del aprendiz, tampoco le cuestionaba nada de lo que le decía. Ahora era todo más sencillo.

Muy pronto... no tendría ni que pedir las cosas. Todo se haría cuando él quisiera, y se haría todo lo que deseara.

Había llegado el momento de ayudar al maestro curandero de la cueva para entrar en el castillo, pero la codicia le impidió hacerlo. Si entraba el maestro curandero, tendría que compartir el poder con él, o aún peor, tendría que estar bajo las ordenes de su maestro. Así pues, no fue a buscarlo y siguió con sus planes él solo; ya le quedaba muy poco para conseguirlo y no necesitaba, ni le interesaba la ayuda del maestro curandero de la cueva.

Los soldados ya habían anunciado la necesidad de una curandera para el castillo en un par de aldeas. Los mercaderes se encargaron de llevar el anuncio al resto de las aldeas.

Un mercader llegó a la aldea perdida. Allí, empezó a contar la necesidad de una aprendiz de curandera para el castillo. Tania, al oírlo, corrió hacia la cabaña para contárselo a su abuela Tara; la antigua curandera del castillo.

—¡Abuela!, ¡abuela! En el castillo necesitan una aprendiz de curandera. Yo seré esa aprendiz. Con todo lo que me has enseñado durante todos estos años, estoy suficientemente preparada para marchar hacia el castillo —dijo Tania

muy emocionada.

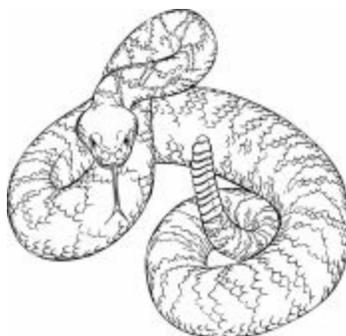
—No puedes ir. Si cometieras un solo error, no solo te castigarían a ti, nos castigarían a todos. No conoces la crueldad del rey —contestó la abuela Tara.

—Me has enseñado todo muy bien, y no seré la curandera, sería una aprendiz. No cometeré ningún error. Siempre he soñado con salir de esta aldea. Tú tuviste tu oportunidad de ser la curandera del castillo, ahora la tengo yo, y quiero ir —replicó Tania.

—Nunca podría ir contra la fuerza que ejerce el destino, tal vez, debas ir por alguna razón que aún no sabemos. Puedes ir, pero ten mucho cuidado, no te fíes de nadie, allí no hay amigos. Todos temen a los castigos del rey, y te culparan si es necesario, para librarse de ellos. Solamente te pido, que me hagas llegar noticias tuyas cada dos días. Así sabré si estás bien —le dijo la abuela Tara.

—Gracias, abuela. Te mandaré noticias cada dos días, no te preocupes —dijo Tania despidiéndose de su abuela con un tierno abrazo.

Tania, preparó sus cosas, se despidió de sus padres, y se marchó inmediatamente hacia el castillo; no tenía tiempo que perder; no quería que nadie se le adelantara, tenía demasiadas ganas e ilusión por conseguirlo.



## CAPÍTULO 14

Al llegar Tania al castillo, los centinelas avisaron al consejero. Cuando llegó a la entrada y la vio, enseguida ordenó subir la verja y el rastrillo. Tania pasó, y el consejero la acompañó hasta el barracón del curandero. Por fin, dejaría de ser el aprendiz para ser el curandero del castillo y tendría su propia aprendiz; una joven de pelo blanco y con el don, era perfecta para culminar su plan.

El curandero le enseñó a preparar algunas pociones sencillas, y la envió junto al consejero, a los aposentos de la reina para cuidarla. Mientras, el curandero leía y probaba con las pociones de magia para poder utilizar a la aprendiz; la necesitaba para obtener todo el poder.

\*\*\*\*\*

Después de unos cuantos días... llegó una noche de luna llena. El curandero llamó a la aprendiz, y cerró la puerta del barracón; donde estaban los jergones.

—Acércate y ayúdame con estas pociones —le dijo el curandero a la aprendiz.

—¿Qué debo hacer? —preguntó la aprendiz.

—Huele esta poción, y dime si le faltan pétalos de rosa —contestó el curandero.

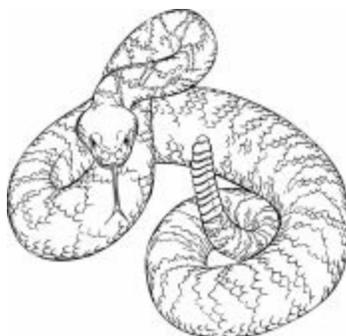
La aprendiz se acercó al cuenco, y al oler aquella poción, se tambaleó hasta desmayarse cayendo en los brazos del curandero. El curandero la llevó al jergón y la tumbó. Le puso las manos sobre su vientre, y en ese mismo instante recitó las palabras para invocar a las dos sombras —que le faltaban—, en el interior del vientre de la aprendiz. Esa era la única forma de hacerlas llegar

desde el inframundo. Crecerían en el interior del vientre de la aprendiz y cuando estuvieran formadas, saldrían de aquel cuerpo dejándolo sin vida. Y cuando llegara ese momento, el sol se despediría para dar paso a la oscuridad eterna. Las sombras se multiplicarían, y el curandero tendría un ejercito de sombras a sus ordenes; sería invencible.

La aprendiz quedó sumida en un profundo sueño mientras las sombras se desarrollaban en su interior.

Mientras, el curandero hizo que el consejero le dijera al rey que cerrara el castillo, porque había oído rumores de un inminente ataque; así, nadie podría salir, ni entrar, y el curandero estaría tranquilo esperando el nacimiento de la oscuridad eterna que traerían consigo las sombras.

El rey permanecía estático ante el mirador de sus aposentos. La reina se encontraba tumbada en la cama, durmiendo todo el día y toda la noche. Los soldados parecían estatuas. Todos vigilaban el castillo sin comer, ni beber, ni dormir; día y noche. El príncipe, ya no podía caminar, y permanecía todo el día en su sillón sin salir de la torre de armas. Ya nada podía fallar. Solo quedaba esperar.



## CAPÍTULO 15

La abuela Tara, llevaba varios días sin recibir noticias de su nieta Tania; la aprendiz del castillo.

Era demasiado tiempo sin noticias de su nieta. La abuela empezaba a preocuparse, y a temerse lo peor. Tenía muy malas sensaciones, algo le pasaba a su nieta; debía ir al castillo inmediatamente.

La abuela, se preparó metiendo en un saco algunas hierbas por si acaso las tuviera que utilizar, cogió una antorcha y se marchó de la aldea. Recorrió andando aquellas tierras empedradas y llenas de espigas. Pasó por varias aldeas, y por fin, se encontraba enfrente del castillo. El puente levadizo estaba subido. El castillo estaba cerrado y muy bien vigilado. No podía cruzar el foso para llegar a la muralla. Hizo unas señales a los centinelas, pero no parecían verla. La abuela se giró, y se fue caminando hacia la llanura. Cruzó la llanura, y antes de llegar a la montaña... allí estaba.

La abuela conocía la galería subterránea que tenía el castillo construido para que la familia real pudiera huir en el caso de que hubiera un asedio.

Movió una roca, y entró por aquel túnel dejándolo cerrado con la roca. Encendió la antorcha y empezó a caminar por él. Cuando estaba llegando a una parte del túnel muy estrecha...

—¿Quién anda ahí? —preguntó la abuela.

—Yo estaba aquí antes, esa pregunta debo hacerla yo. ¿Quién eres tú? —preguntó el maestro curandero de la cueva, que allí esperaba a que el aprendiz fuera a buscarle.

La abuela acercó la antorcha hacia el cuerpo de él y de repente enmudeció.

—¿Eres tú? —preguntó el maestro curandero.

—¿Esposo?, ¿estás vivo? —exclamó la abuela.

—¿Dónde estabas?, ¿qué haces aquí?, ¿qué te hicieron? —preguntó la abuela sin poder parar de hacer preguntas.

—¿Estás bien?, ¿qué te hicieron? —preguntó el maestro curandero.

Los dos estaban emocionados, nerviosos y con muchas dudas. No contestaban a las preguntas del otro, solo preguntaban y preguntaban.

—Para. Empezaré yo a contarte lo que me sucedió. Los soldados me abandonaron atada de pies y manos en el bosque. Unos aldeanos me encontraron y me llevaron a su aldea. Me cuidaron, me protegieron y me ayudaron a traer al mundo a nuestra hija —le contó la abuela.

—¿Tenemos una hija?, ¡Una hija! —exclamó el maestro curandero interrumpiéndola.

—Sí. Una hija y una nieta. ¿Y contigo que hicieron aquellos soldados? —preguntó la abuela.

—Me encerraron en una cueva de la montaña. Años después, encerraron allí también al bastardo del rey. Juntos cavamos un túnel hasta el exterior de la montaña y conseguimos salir de la cueva. ¿Y qué haces en este túnel? —dijo el maestro curandero.

—Nuestra nieta está en el castillo como aprendiz de curandera. Hace muchos días que no tengo noticias de ella. Debía recibir noticias suyas cada dos días. Han pasado al menos diez días, y estoy muy preocupada. El castillo está totalmente cerrado, no entra, ni sale nadie. Esta era la única forma de entrar. ¿Y tú, por qué estás aquí? —dijo la abuela.

—Seguro que está en peligro. El curandero es el bastardo del rey. Yo creé durante años el odio que tiene al rey. Está dentro para llevar mi venganza contra el rey. Debía venir a buscarme cuando llegara el momento y no lo ha hecho. La codicia le ha vencido. Ahora la venganza es solo suya. Estamos todos en peligro, quiere traer del inframundo a las siete sombras, y sé que ya tiene a las cinco primeras, lo presiento —dijo el maestro curandero.

—¿Las siete sombras?, ¿en qué estabas pensando? Tenemos que impedirlo, pero al no buscarte... —le recriminó la abuela.

—Lo sé, yo no imaginaba... Puede estar utilizando a nuestra nieta para traer a las sombras que le faltan —dijo el maestro curandero arrepentido.

—Debemos impedirlo antes de que sea demasiado tarde. Las sombras que faltan no deben entrar en este mundo. ¿Tienes algún plan? —preguntó la abuela.

—Sí. Entraremos por la noche, pero antes debemos preparar algunas pociones, y tendremos que utilizar la magia, de otra forma no es posible —dijo el maestro curandero.

El maestro curandero y la abuela, empezaron a preparar varias pociones; como cuando eran jóvenes curanderos y estaban juntos en el barracón del castillo.

Cuando llegó la noche, empezaron a caminar por el estrecho túnel hasta llegar a una galería. La recorrieron llegando a las catacumbas. Allí estaba toda la historia de la familia real reflejada en las lápidas; nombres y fechas estaban grabadas en ellas. Siguieron caminando hasta llegar a las mazmorras del castillo. El hedor y la humedad hacían que el recorrido fuera insoportable. En una de las celdas había un cuerpo comido casi del todo por las ratas. Se le veían casi todos los huesos, y los restos de una túnica colgaban de ellos.

—Debe ser el antiguo curandero por la túnica —comentó el maestro curandero.

La abuela permaneció en silencio, no quería saber nada. Solo tenía en su mente salvar a su nieta Tania. Siguieron avanzando, pasando por las celdas hasta salir de las mazmorras dejando atrás ese hedor. Entraron en una galería, la recorrieron, y al llegar al final de ella, vieron una escalera. La subieron y salieron de ella por una trampilla. Por fin... estaban dentro del castillo.

—¡Mira!, todos los soldados están vigilando como si estuvieran esperando un asedio; parecen estatuas. Es imposible llegar al barracón sin ser vistos —dijo la abuela.

—Utilizaremos la magia, invocaré a la ceguera y podremos movernos sin problemas —dijo el maestro curandero.

—¿Y con el bastardo qué harás? —preguntó la abuela.

—Yo le enseñé todo lo que sabe. Conozco su punto débil, y además, no se lo enseñé todo. Sabía que la codicia podría llegar, lo lleva en la sangre. Y me preparé para ello —contestó el maestro curandero.

El maestro curandero invocó a la ceguera dejando a todos los soldados

igual que estaban, pero sin ser conscientes de que no podían ver absolutamente nada. En ese instante, siguieron su camino hasta el barracón, pero muy despacio, pues los soldados no podían ver, pero si podían oír. Al llegar cerca del barracón...

—¿Invocarás al sueño? —preguntó la abuela.

—No podemos invocar al sueño desde fuera del barracón y tampoco podemos entrar para invocarlo. Las sombras lo protegen y nos descubrirían —contestó el maestro curandero.

—¿Qué haremos entonces? —preguntó la abuela.

—Las sombras vinieron del inframundo gracias a la sangre de las serpientes de la laguna que había en la cueva de la montaña. El veneno de esas serpientes los dormirá —dijo el maestro curandero.

—¿Y las serpientes morderán a todas las sombras? —preguntó la abuela un poco reticente.

—¡Nooo! Eso no es posible. Las sombras están unidas a quién las trajo a nuestro mundo. Las serpientes morderán al bastardo introduciendo dentro de él su veneno. Eso lo dormirá, y las sombras también sentirán el mismo efecto; se dormirán igual que el bastardo.

—¿El veneno no lo matará? —preguntó la abuela.

—Si no estuvieran las sombras unidas a él... si lo mataría —respondió el maestro curandero.

—¿Tienes las serpientes? —le preguntó la abuela.

—Tranquila, lo tenía todo previsto por si me traicionaba, o el odio lo cegaba. Las llevo en mi saco. Las traje de la laguna de la cueva, de allí procede todo el poder de la magia —contestó el maestro curandero.

El maestro curandero sacó un par de serpientes de su saco y las introdujo en el barracón por un pequeño hueco que había entre los troncos que formaban sus paredes.

Las serpientes se deslizaron rápidamente por el hueco y después por la tierra hasta llegar al jergón del curandero. Al sentir a las sombras, sacaron sus lenguas viperinas. Las serpientes se deslizaron por el jergón llegado al cuello del curandero. Una serpiente se colocó a la derecha del cuello y la otra a la izquierda. Abrieron la boca y sacaron sus colmillos clavándolos al mismo

tiempo en el cuello del curandero; introdujeron su veneno dentro de él, dejándolo dormido al instante, y a las cinco sombras que lo custodiaban también.

El maestro curandero y la abuela, entraron en el barracón viendo a su nieta dormida en un jergón, cerca del curandero. El maestro curandero se acercó y la cogió rodeándola con sus brazos y saliendo con ella del barracón. Los tres se fueron hacia la trampilla para bajar por la escalera. Recorrieron el camino llegando a las mazmorras, continuaron por la galería y al llegar a las catacumbas, el maestro curandero se paró, y dejó a su nieta en el suelo, al lado de una cruz muy grande que había al lado de una lápida.

—¿Por qué te paras? Nos queda mucho camino hasta llegar a la laguna de la cueva —dijo la abuela muy preocupada.

—En la laguna está la energía que necesitan las sombras —en las noches que no hay luna llena—, para vivir; se alimentan de ella. Por eso, yo estaba esperando al curandero dentro del túnel —replicó el maestro curandero.

—Pero ahora no están allí —le replicó también la abuela.

—Si llevamos allí a Tania, la energía de la laguna acelerará el crecimiento de las sombras que lleva dentro de su vientre. La energía desprendida por el cuerpo de nuestra nieta despertará a las otras sombras, que no tardarán en aparecer en la cueva. Ellas son más rápidas que nosotros; no tendríamos tiempo suficiente para salvarla. Moriríamos los tres, y el curandero tendría a sus siete sombras, y con ello todo el poder —contestó el maestro curandero.

—Bien, ¿cómo lo harás entonces? —preguntó la abuela.

—Mezclaré la sangre de las serpientes con el veneno de las mismas, y se lo daré a Tania. Eso debería expulsarlas de su cuerpo, y una vez fuera, al no estar del todo desarrolladas, no podrán sobrevivir; ese será su fin. Si lo hiciéramos en la laguna de la cueva, las sombras obtendrían la fuerza que les va a faltar aquí, y no podríamos conseguirlo; sería un fracaso —respondió el maestro curandero.

La abuela abrazó a su nieta cantándole la canción que la tranquilizaba y la dormía cuando era pequeña. Mientras, el maestro curandero mezcló la sangre y el veneno de las serpientes en un cuenco. Cuando lo tuvo todo preparado, se acercó a su nieta, le abrió la boca y le introdujo aquella mezcla dentro de su cuerpo.

La abuela y el maestro curandero, permanecieron observándola en silencio.

Las sombras que tenía en su interior, no tardaron en reaccionar. Intentaban salir de aquel cuerpo muy deprisa; el interior del vientre las asfixiaba.

Por el exterior del cuerpo de Tania se notaba como las sombras las recorrían por dentro; intentaban salir por su boca. El maestro curandero se acercó a ella y le abrió la boca para facilitar que las sombras salieran, porque Tania no podía; seguía dormida.

Las dos sombras, consiguieron salir del interior del cuerpo. En el exterior, intentaron tomar la forma de serpientes, pero no podían, no tenían suficiente fuerza. Las sombras se unieron convirtiéndose en una sola sombra más grande, para así tener más fuerza, pero su unión no funcionó. Las sombras no pudieron sobrevivir fuera del vientre de Tania, y acabaron desapareciendo, a pesar de su lucha para no volver al inframundo.

—Lo hemos conseguido. ¿Y con las otras sombras y el curandero del castillo, qué hacemos? —preguntó la abuela emocionada.

—De las otras sombras, ya me encargo yo. No puedo matarlas, pero sí puedo hacerlas desaparecer por mucho tiempo.

—¿Y el curandero? —preguntó la abuela.

—Todavía no sé lo que haré con él —respondió el maestro curandero.

De repente, Tania despertó.

—¿Abuela?, ¿qué ha pasado?, ¿dónde estamos? —preguntó Tania muy desorientada.

—Marchaos, rápido. No tenéis tiempo que perder —les dijo el maestro curandero.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó la abuela.

—El destino lo decidirá. Rápido, marcharos...

—¿Quién es, abuela? —preguntó Tania.

La abuela no contestó. Ayudó a Tania a levantarse y estiró de ella marchándose las dos. Tania no entendía nada, pero siguió los pasos de su abuela sin protestar. Juntas salieron de la galería, recorrieron el túnel, movieron la piedra y salieron al exterior. Cerraron la entrada con la piedra, y caminaron mientras la abuela le contaba a Tania todo lo que había sucedido, y

quién era ese hombre; descubriéndole su pasado.

No podían volver a la aldea perdida, pondrían a todos los aldeanos en peligro. Caminaron y caminaron hasta encontrar otra aldea donde empezar de nuevo las dos.

Encontraron una pequeña aldea con muy pocos aldeanos. Todos los que allí estaban, eran aldeanos que habían huido de algún castigo. En esa aldea nadie hacía preguntas.

Con el tiempo, se construyeron una cabaña y en el centro de la aldea plantaron el árbol del conocimiento, y en la entrada plantaron el árbol de la vida. La abuela sabía que algún día serían necesarios.

El maestro curandero volvió a la laguna de la cueva, y desde allí, atrajo a las sombras del castillo dejando al curandero sin su protección, y sin su poder. Cuando las cinco sombras se apartaron del curandero, el veneno de las serpientes lo despertó para después cumplir con su función; el bastardo curandero perdió la vida aquella noche.

Las sombras, al llegar a la laguna de la cueva, las atrapó el conjuro que les tenía preparado el maestro curandero, envolviéndolas en un profundo sueño y arrastrándolas hasta el fondo de la laguna; llevándose con ellas al maestro curandero.

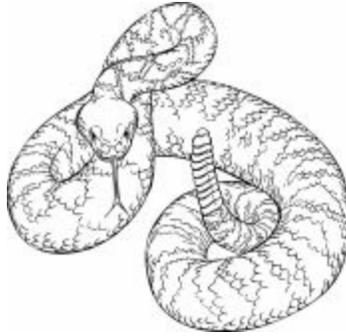
Toda la magia que cubría al castillo desapareció. El rey, la reina, el príncipe, el consejero, los soldados... todos volvieron a ser ellos mismos; el sol volvió a salir sin temor.

\*\*\*\*\*

—¿Por qué te paras? Sigue leyendo —dijo Tobit.

—No hay nada más —contestó Talía.

—Abre el siguiente pergamino. Rompe el sello. ¡Vamos! —dijo Tobit muy intrigado y fascinado con toda aquella historia.



# CAPÍTULO 16

## Pergamino II

Carta para la elegida...

«Ya sabes dónde empezó todo, y cómo ocurrió. Quién trajo a nuestro mundo a las sombras, por qué las trajo y para qué.

Si en estos momentos solo hay cinco sombras, ya sabes que faltan dos para que lleguen a todo su esplendor. Solamente si están las siete sombras tendrán toda la fuerza y el poder.

Si en estos momentos existen las siete sombras... toda la humanidad estará perdida, ya no habrá nada que se pueda hacer.

Si solo hay cinco sombras, la única forma de que puedan aparecer las otras dos sombras que faltan, es criándose en el vientre de una mujer que posea el don.

Si eres la elegida, y no consigues acabar con ellas, deberás ocultarte para que las sombras no sepan de tu existencia, de lo contrario, te utilizarán para traer a nuestro mundo a las dos sombras que les faltan para conseguir todo su poder y nadie podrá acabar con ellas.

Si no te encuentran, tendrás que tener una hija y ella deberá darte una nieta. El don se salta una generación, por ese motivo deberás tener una nieta que se convertirá en la siguiente elegida, y ella tendrá la oportunidad de acabar con las sombras.

Deberás hacer todo lo posible para que estos pergaminos lleguen a las manos de la elegida y deberás añadir otro pergamino con todo lo que hayas

aprendido para que le sirva de ayuda.

Con estos conocimientos, la profecía y la intuición que te otorga tu don, tienes todo lo que necesitas para poder acabar con las sombras para siempre.

Recuerda que el árbol del conocimiento conecta el cielo con el inframundo.

Sus raíces indican el camino a seguir. Si consigues destruir a las sombras, deberás sacar las raíces de debajo de la tierra. Sus raíces sujetan los techos de las galerías que te facilitarán el camino. Al sacar las raíces, la tierra que sujetan se derrumbará y el camino dejará de existir, dejando sin conexión el inframundo con el cielo.

Sus raíces han de ser quemadas en el mismo agua en la que las sombras desaparezcan.

Sabemos como dormir a las sombras, pero cada tres lustros despertarán y volverán.

Mi abuelo, sacrificó su vida para dormir a las sombras, al no poder destruirlas. Mi hija, es decir, tu madre, también sacrificó su vida para darnos el tiempo suficiente para que la elegida pudiera llegar, y estuviera preparada, dejándolas dormidas durante tres lustros, y con ello poder salvarnos todos.

Si sacrificas tu vida, solo dormirás a las sombras y después de tres lustros despertarán y nunca se irán, porque el don habrá acabado contigo, si no tienes descendencia.

No olvides que eres la elegida. De tu vida depende la humanidad. Solo tu puedes salvarlos. Si la pierdes, ellos están perdidos.

Durante años, han estado guardados dentro de mi jergón tres tarros que mi abuelo le dio a mi abuela. Ella me los dio a mí, y ahora, yo te los doy a ti. Los tarros llevan la sangre y el veneno de las serpientes de la laguna sagrada, y el agua de la misma. Junto a los tarros hay un pergamino cerrado con un sello negro. Con ello, tienes todo lo necesario para realizar las pócimas que necesitas para acabar con las sombras.

Las raíces del árbol del conocimiento te indicarán el camino. Tu padre te construyó unas galerías a través de las raíces para que pudieras recorrerlo. Hay varios caminos, debes averiguar cual es el correcto. Tu don te ayudará. Recuerda que tienes poco tiempo.

Devuelve a las sombras al lugar del que nunca debieron salir

Suerte mi niña.  
Tu abuela Tania».



\*\*\*\*\*

—¡Nuestra abuela!, sigue leyendo, no pares —dijo Tobit.

—¡No hay nada más! —exclamó Talía.

—Nos hemos criado los dos con nuestra abuela sin saberlo. No estábamos solos, sin familia. Abre el siguiente pergamino, rompe el sello —dijo Tobit.



## CAPÍTULO 17

### Pergamino III

#### La profecía de la hembra

*«Del odio nacerá la venganza  
De la venganza llegará el poder  
Del poder vendrá la avaricia  
Con la avaricia las veré  
El inframundo y el cielo se unirán  
Y con ellos cinco sombras llegarán  
Siete sombras tendrán el poder  
En la laguna sagrada las serpientes estarán  
Su sangre las podrá traer  
Y en este mundo se quedarán  
El interior de las serpientes  
al agua se unirán  
Bajo la luz de la luna total se destruirán  
Las rocas altura le darán*

*En la unión del cielo y la tierra  
el lugar estará  
Y solo el don de la elegida lo conseguirá»*

\*\*\*\*\*

—La abuela nos lo puso muy fácil. Sin los pergaminos no habiéramos podido entender la profecía. Mira:

*«Del odio nacerá la venganza.  
De la venganza llegará el poder.  
Del poder vendrá la avaricia.  
Con la avaricia las veré.  
El inframundo y el cielo se unirán.  
Y con ellos cinco sombras llegarán».*

El odio del bastardo le llevó a querer perpetrar una venganza contra el rey. Cuando tuvo el poder, se volvió avaricioso, y quiso más, intentando traer a las siete sombras.

*«Siete sombras tendrán el poder.  
En la laguna sagrada las serpientes estarán.  
Su sangre las podrá traer.  
Y en este mundo se quedarán».*

Con la sangre de las serpientes que yacen en la laguna sagrada del interior de la cueva, consiguió las cinco sombras y casi consigue las otras dos.

*«El interior de las serpientes al agua se unirán.  
Bajo la luz de la luna total se destruirán».*

Con la mezcla de la sangre y del veneno de las serpientes y el agua de la laguna sagrada de la cueva y en una noche de luna llena, tendremos la poción para poder destruirlas.

*«Las rocas altura le darán.  
En la unión del cielo y la tierra el lugar estará.  
Y solo el don de la elegida lo conseguirá».*

Debajo de una montaña, es el lugar para utilizar la poción —dijo Tobit creyéndose el elegido.

—Bueno, pues está todo muy claro. Solo debemos bajar a las galerías,

encontrar la correcta, y seguirla hasta el final —dijo Talía.

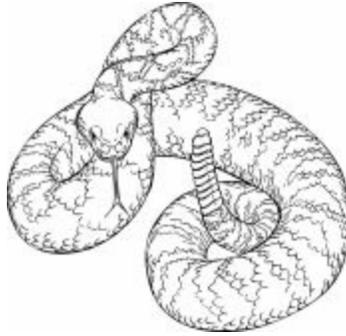
—Venga, prepararemos todo lo que necesitemos y empezaremos el camino —dijo Tobit.

—Debe haber algo más, de lo contrario, la abuela me lo hubiera contado mucho antes —dijo Talía.

—Tal vez, las sombras debían estar despiertas para poder destruirlas —dijo Tobit pareciendo todo un experto.

—Vale, pues vamos a comprobarlo —dijo Talía.

Los dos jóvenes fueron a por unos sacos. En un saco introdujeron los tarros, el pergamino... y en el otro algo de comida. Cogieron las antorchas y bajaron por el hueco del barracón hacia las galerías subterráneas.



## CAPÍTULO 18

### Talía y Tobit

Al entrar en la galería principal, miraron a su alrededor pudiendo ver tres grandes raíces dentro de unos túneles, para poder recorrer el camino.

—¡Vaya!, pensé que nuestro padre nos habría construido un solo túnel —dijo Tobit.

—Él no sabía cual era el camino correcto. Tuvo que ir construyendo túneles hasta encontrarlo; más no podía hacer —replicó Talía.

—Es más que suficiente. Si tuviéramos que haber hecho nosotros solos los túneles, incluso acertando con la primera raíz que hubiéramos escogido para cavar, no lo hubiéramos podido conseguir. No tenemos suficiente tiempo —dijo Tobit.

Volvieron a mirar aquellos túneles en silencio, pero ninguno se atrevía a elegir por donde empezar.

—¿Qué túnel te dice tu don que debemos escoger? —preguntó Tobit.

—No lo sé. Empecemos por el que está más a la derecha —contestó Talía.

Los dos hermanos entraron por el túnel con sus antorchas. Talía iba la primera seguida por Tobit. El túnel era muy estrecho. El suelo no era firme, tenía muchas piedras y estaba muy desnivelado. Tuvieron que entrar un poco encorvados para no darse con la raíz en la cabeza. Poco a poco, se fueron adentrando en silencio.

—¡Espera! —exclamó Talía.

—¿Qué ocurre?, ¿has visto algo?, ¿estás bien? —preguntó Tobit sorprendido.

—Si nuestro padre hizo los tres túneles... quiere decir que el último que construyó era el correcto. Tuvo que salir de los túneles para hacer los siguientes —dijo Talía pensando en voz alta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tobit.

—Pues que cuando empezó a construir el último túnel, sabía que los dos anteriores túneles no eran los correctos.

—Eso ya lo sé. ¿Puedes dejar de dar rodeos y decirlo ya? —dijo Tobit impacientándose.

—Quiero decir, que yo hubiera dejado una señal al principio de los túneles para indicar cual era el correcto, para evitar con ello que perdiéramos mucho tiempo recorriendo todos los túneles —le explicó Talía.

—¿Quieres que nos giremos y salgamos de este túnel y busquemos alguna señal en los otros túneles? —preguntó Tobit.

—¡Exacto! —exclamó Talía.

Los dos jóvenes se giraron con bastante dificultad por el poco espacio que tenían dentro de aquel túnel y salieron de él. Empezaron a mirar cada uno en un túnel observando la raíz, el techo, las paredes y el suelo.

—¡Talía!, esta raíz tiene algo, podría ser una marca, ven y mírala.

Talía se acercó al túnel en el que estaba Tobit. Estuvo mirando donde le señalaba Tobit y pudo ver un pequeño agujero en la raíz.

—Podría ser una señal hecha por nuestro padre, o por cualquier bicho. Solo hay una manera de saberlo. Miremos en las otras raíces y si encontramos la misma señal en una de ellas, pues debe ser la marca —dijo Talía.

Talía y Tobit, se fueron juntos a mirar la raíz de otro de los túneles. La raíz del túnel que estaba a la izquierda tenía el mismo agujero que la raíz que se encontraba en el túnel del centro y en el túnel de la derecha no había ninguna señal.

—Está claro. Debemos entrar primero por el túnel de la derecha —dijo Talía.

—Podría haber hecho una marca más visible. Era muy difícil de ver, a no

ser que la estuvieras buscando —dijo Tobit.

—En el suelo y en las paredes, es imposible hacer una señal fácilmente. Probablemente las hubiéramos borrado al pasar, los túneles son muy estrechos. Y en las raíces, hacer una señal más grande podría haberlas estropeado —contestó Talía.

Sin mediar palabra, entraron en el túnel de la derecha. No lo habían elegido en primer lugar porque era el más pequeño y el más estrecho. Para entrar en él, tuvieron que agacharse y arrodillarse clavando las rodillas en el suelo. Avanzaron arrastrando las rodillas por la tierra, y a veces, rozaban con la cabeza en la raíz. Talía iba la primera y Tobit iba detrás, dejando bastante distancia con su hermana para no quemarla con la antorcha y tener un poco más de aire para respirar.

Se arrastraron por la tierra durante todo el día sin descansar. No había suficiente espacio para poder abrir los sacos y tomar algo de comida.

Siguieron avanzando con un inmenso dolor en las rodillas y de repente... Talía desapareció. Tobit se asustó y siguió avanzando más deprisa para encontrar a su hermana. Enseguida se dio cuenta pudiendo ver que el túnel continuaba descendiendo con una pendiente bastante pronunciada. Talía se había resbalado cayendo muy rápido hacia el interior del túnel.

—¿Estás bien? —gritó Tobit.

—Sí. Déjate caer. La tierra está muy blanda y amortiguará el golpe —gritó Talía desde abajo.

Tobit, se deslizó por el túnel cayendo sobre un montículo de tierra muy blanda.

—¿Paramos para comer y descansar un poco? —preguntó Tobit viendo que allí, sí tenían espacio suficiente.

—Sí. Este es un buen lugar —contestó Talía.

—En esta parte del túnel hay mucha humedad, puedo sentir como penetra en mis huesos —dijo Tobit.

—Debe haber agua cerca —dijo Talía mientras abría el saco donde llevaban la comida.

—Tal vez, estemos cerca de la laguna sagrada —dijo Tobit.

—No lo sé. Tengo la sensación de que está siendo demasiado sencillo, cualquiera podría hacerlo —dijo Talía extrañada.

—El camino no es lo importante. Destruir a las sombras sí, y eso... solo puede conseguirlo la elegida —replicó Tobit.

Los jóvenes comieron, y cuando terminaron se levantaron del suelo y siguieron avanzando. Esa parte del túnel era más amplia y podían moverse mejor, aunque no podían ir muy deprisa porque la tierra estaba tan húmeda que cada paso que daban, los pies se les hundían en el suelo.

—¡Mira!, ¡Una laguna! —exclamó Talía.

—Vamos, aprovechemos para beber —dijo Tobit.

Se acercaron a la pequeña laguna y...

—¿Quién eres? —preguntó Talía sorprendida y un poco asustada.

—El que te construyó los túneles —dijo un hombre que permanecía inmóvil, sentado en el suelo al lado de la pequeña laguna.

Enseguida reaccionó Talía diciendo:

—¿Estás vivo?

—Eres la viva imagen de tu madre y tú... —dijo aquel hombre.

—Yo soy igual que tú. ¡Estás vivo!, ¿qué haces aquí?, ¿por qué no volviste al barracón? —dijo Tobit interrumpiéndolo.

—Resbalé con la tierra húmeda y al caer me intenté agarrar a una roca de la pared. La roca se desprendió dejándome atrapado. No puedo sacar la mano de detrás de la roca —contestó el padre de los dos jóvenes.

Talía y Tobit, que no se habían dado cuenta de que tenía atrapada la mano al verle, se acercaron y movieron la piedra ejerciendo todas sus fuerzas contra ella. Entre los dos consiguieron liberar la mano de su padre dejando de estar atrapado.

—¿Cómo has podido sobrevivir? —preguntó Talía.

—Gracias a esta pequeña laguna. Tuve suerte de caer tan cerca para alcanzarla con la otra mano. He podido beber de ella y comer algunas ranas. Tenía la esperanza de que algún aldeano viniera a buscarme viendo que no salía de aquí, o que llegara la elegida —respondió el padre de los dos muchachos.

—¿Lo sabes? —preguntó Tobit.

—Lo sé. Y si estáis aquí, es porque las sombras han vuelto, ¿verdad? —dijo el padre.

—Sí, aunque ha faltado muy poco para que no bajáramos. Los aldeanos querían sacrificar a Talía. No me puedo creer que cuando vieron que no salías, no bajaran a buscarte —dijo Tobit muy enfadado.

—Debieron pensar que estaba muerto. Ahora lo importante es acabar con las sombras, debemos seguir —dijo el padre de los dos jóvenes.

—¿Terminaste el túnel? —preguntó Talía.

—No hizo falta. A partir de aquí el camino ya estaba hecho. En aquella pared hay un túnel, si lo recorremos llegaremos a una cueva y ya solo hay que seguir el camino —dijo el padre.

—Iremos los tres juntos, vamos —dijo Tobit.

—¡Un momento! ¿Tienes bien la mano, puedes acompañarnos, papá? —pregunto Talía.

—Sí, solo estaba atrapada. Iremos los tres juntos —contestó el padre emocionado al oír por primera vez a Talía, llamarle papá.

Siguieron su camino rodeando la laguna y el padre les guió hacia el túnel que había en una de las paredes. Cruzaron los tres el túnel hasta llegar a una cueva con las paredes de roca. El padre se acercó a un saliente que había entre las rocas y la empujó —y un sonido muy fuerte que retumbó en la cueva, produjo el eco—, abriéndose un hueco entre las rocas de la pared.

Se tumbaron para entrar en él y lo recorrieron deslizándose por aquel diminuto hueco hasta llegar a otra cueva. Salieron del hueco...

—¡Cuántos huesos hay!, ¡que pequeños son! —exclamó Tobit.

—Son los huesos de todos los niños a los que arrebataron la vida sin piedad, las mortíferas sombras —dijo el padre.

—¡Este es el lugar! —exclamó Talía.

Tobit y su padre, se quedaron en silencio, mientras, Talía abrió su saco, y sacó de él un cuenco y los tarros. Abrió los tarros y echó su contenido en el cuenco. Mezcló con un pequeño tronco la sangre de las serpientes, el veneno de las mismas y el agua de la laguna sagrada. Cuando lo tuvo preparado, se fue

con el cuenco al centro de todos los huesos dejándolo encima de aquel montículo. Sacó del saco el pergamino, rompió el sello negro, lo desenrolló y recitó las palabras que en él estaban escritas.

El suelo de la cueva tembló provocando que Talía, su hermano y su padre, perdieran el equilibrio cayendo al suelo.

—¡Levantaros deprisa! Hay que salir de esta cueva, podría derrumbarse —gritó Talía mientras se levantaba del suelo.

Todos se levantaron rápidamente y salieron de la cueva entrando en el diminuto hueco. Mientras se deslizaban por él, notaron como se derrumbaba aquella cueva. Siguieron sin parar hasta llegar a la cueva con las paredes de roca y fueron hacia el túnel entrando en él, y lo atravesaron los tres llegando al lugar donde se encontraba la pequeña laguna. Allí, Talía se paró.

—Aquí estamos seguros. Debemos sacar las raíces del árbol del conocimiento sin quedar enterrados aquí abajo —dijo Talía.

El padre les explicó cómo debían colocarse, sujetar y romper las raíces. Debían hacerlo con mucho cuidado y al mismo tiempo muy rápido.

Se colocaron como les había explicado su padre y empezaron a romper e ir sacando las raíces.

Mientras tanto, en el exterior, las nubes se juntaron formando una sola nube enorme y negra. La inmensa nube cubrió el cielo dejando a oscuras la aldea. El viento se revolvió descargando toda su fuerza sobre la aldea. Los aldeanos se asustaron creyendo que las sombras volvían y corrieron hacia sus cabañas para ocultarse en ellas. Cuando los aldeanos estaban dentro de las cabañas pudieron notar como temblaba el suelo haciendo temblar sus paredes y a ellos también. Los aldeanos que custodiaban el barracón para que Talía no se escapara corrieron también despavoridos hacia sus cabañas.

Talía, su hermano y su padre, consiguieron sacar las raíces de los tres túneles. Las subieron al barracón, y Tobit salió de él para buscar un carro y acercarlo al barracón, para poder colocar allí las raíces y poder trasladarlas.

Los aldeanos oyeron el ruido que hacían las ruedas del carro, pero ninguno salió de sus cabañas para comprobar qué estaba pasando y mucho menos, para ayudar.

Muy deprisa sacaron las raíces del barracón. Las colocaron en el carro y

engancharon un caballo a él. Se subieron los tres en el carro y salieron —lo más deprisa que pudo el caballo—, de la aldea con todas las raíces del árbol del conocimiento. Recorrieron la llanura hasta llegar al pie de la montaña.

—El caballo no puede subir por las rocas, y mucho menos con el carro. Tendremos que subir las raíces nosotros a pie —dijo el padre.

Bajaron rápidamente todas las raíces del carro y cuando empezaron a subirlas...

—¡Esperar! El abuelo, de nuestra abuela, hizo un túnel para salir de aquella cueva. La entrada a ese túnel debe de estar cerca y tapado por una roca —dijo Talía.

El fuerte viento que golpeaba a la montaña, les hubiera dificultado, y probablemente impedido, que subieran las raíces a la cueva de la montaña. Buscaron por el pie de la montaña y finalmente la encontraron. Movieron la roca descubriendo la entrada del túnel y entraron en él introduciendo las raíces dentro.

Recorrieron varias veces el túnel hasta conseguir llevar todas las raíces a la cueva. Una vez, que estuvieron en la cueva con todas las raíces, buscaron el túnel que les llevaría hacia la laguna sagrada. Al encontrarlo, lo recorrieron trasladando las raíces a través de él hasta la laguna sagrada.

Cuando consiguieron tener todas las raíces cerca de la laguna sagrada, Talía, les prendió fuego con una antorcha, desenrolló el pergamino y recitó las palabras que correspondían en ese momento. Entre los tres empujaron —con unos troncos—, las raíces ardiendo a la laguna sagrada.

Todos quedaron impresionados al ver que las raíces no se apagaban dentro de aquel agua, seguían ardiendo avivándose cada vez más las llamas.

Truenos y relámpagos estallaron sobre la cima de la montaña provocando a la lluvia, cayendo sin cesar hasta que las raíces desaparecieron entre las llamas y cambiando el color cristalino del agua de la laguna sagrada por un color rojo intenso.

—¡Vamos!, salgamos de aquí —dijo el padre.

Salieron de la laguna sagrada por el túnel llegando a la cueva y de allí salieron por el otro túnel al exterior de la montaña. La lluvia había cesado y las nubes habían desaparecido dejando ver un cielo muy claro. Taparon la

entrada con la roca y fueron hacia el carro subiendo en él. Mientras recorrían el camino hacia la aldea...

—¡Lo hemos conseguido!, ¡lo hemos conseguido! —no paraba de gritar Tobit.

—Bien hecho hijos —dijo el padre orgulloso.

—¿Qué ocurre Talía?, ¿no te alegras? —preguntó Tobit extrañado.

—Ha sido demasiado fácil. Tengo la sensación de que no hemos acabado con ellas —respondió Talía.

—Ha sido agotador. Estás cansada, solo eso. Cuando lleguemos a la aldea, descansarás y lo verás todo de otra manera —dijo el padre.

Cuando se iban acercando a la aldea...

—¡Mirad! El árbol de la vida no tiene ni una sola rama, está totalmente destrozado —dijo Talía.

—La tormenta ha sido muy fuerte. Las cabañas también están destrozadas casi todas. Es normal —le dijo el padre.

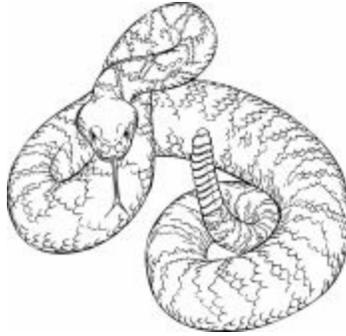
—No debemos entrar en ella. Tengo una mala sensación —dijo Talía.

—Es verdad. Yo no quiero vivir más en esta aldea. No fueron a buscarte papá, y a Talía, la querían sacrificar. Ni siquiera salieron de sus cabañas para ayudarnos a sacar las raíces del barracón, ni a cargarlas en el carro. No nos merecen. ¡Con todo lo que hemos hecho para salvar sus vidas! —dijo Tobit.

—Estaban totalmente aterrorizados. Tenéis que entenderles. Vamos —dijo el padre.

—No. No podemos volver —insistió Talía.

—Bien. Iremos a otra aldea, esperaremos a que llegue la luna llena, y si no aparecen las sombras, podréis comprobar que lo hemos conseguido. Y entonces volveremos a la aldea —dijo el padre.



## CAPÍTULO 19

Siguieron avanzando subidos al carro, y pasando de largo la aldea. Se dirigieron a la aldea sapiens. Allí vivía un hermano del padre de los muchachos. Él les dejaría estar en su cabaña hasta que pasara la luna llena. Después irían a su aldea para ver si las sombras habían aparecido.

Cuando llegaron a la aldea sapiens, fueron hacia la cabaña del hermano del padre. Al verlos...

—¡Hermano!, ¡que alegría verte! Cuanto tiempo sin venir. Hace algunos años, fui a la aldea y pregunté por ti. Un aldeano me dijo que hacía mucho tiempo que no sabían nada de ti. ¿Dónde estabas?, ¿quién son estos muchachos? —preguntó el hermano.

—¡Que alegría tengo de volverte a ver! Estos muchachos son mis hijos, Talía y Tobit; tus sobrinos —dijo el padre.

—¡Pasad!, ¡vamos!, ¡pasad! Tendréis hambre —dijo el hermano.

Dejaron el carro detrás de la cabaña y entraron. El hermano vivía solo. Antes de vivir en la aldea sapiens, vivía en la misma aldea que su hermano. Su esposa murió en el parto de sus dos hijos gemelos. Los niños sobrevivieron al parto, pero no a las tétricas sombras. Las sombras arrebataron la vida de sus dos hijos, y el dolor se apoderó de él marchándose de aquella aldea y yéndose a la aldea sapiens. Allí enseñaba a los niños a malear la madera. Dentro de la cabaña tenía una pequeña carpintería.

—¿A qué se debe esta grata sorpresa? —preguntó el hermano.

—Necesitábamos estar unos días fuera de la aldea y pensé en venir a verte —contestó el padre.

—Acabasteis con las mortíferas sombras, ¿verdad? Porque veo que tus hijos ya son mayores y están todavía vivos —dijo el hermano.

—Estuvieron todas dormidas durante tres lustros, eso nos concedió el tiempo necesario para que mis hijos pudieran crecer, pero después volvieron y con más fuerza. Hemos intentado acabar con ellas, pero no sabemos si lo hemos conseguido... —contestó el padre.

—¿Habéis venido para evitar a la luna llena? Ojalá yo hubiera abandonado con mis hijos aquella maldita aldea mucho antes —dijo el hermano interrumpiéndole, mientras Talía, y Tobit, los escuchaban en silencio sin entender cómo el hermano de su padre adivinaba casi todo.

—Sí. Solo así sabremos si las hemos destruido. Perdóname hermano, no pretendíamos traerte malos recuerdos —dijo el padre.

—Tranquilo, ha pasado mucho tiempo y ahora soy muy feliz aquí. Además, me alegro mucho de verte y de conocer a mis dos sobrinos. Venga, a comer —dijo el hermano.

—¿Vive solo? —preguntó Tobit al ver solo un jergón en la cabaña.

—Sí. A veces la soledad es necesaria para seguir hacia delante, pero no os preocupéis, cuando terminéis de comer, haremos tres jergones más para que podáis descansar al llegar la noche —contestó el tío.

—¿En esta aldea tienen curandera o curandero? —preguntó Talía.

—Sí. En la cabaña pequeñita que está al lado de un árbol muy frondoso, vive la curandera y partera de la aldea —contestó el tío.

—¿Podré visitarla?, ¿me la presentará? —preguntó Talía.

—Claro, Talía, Cuando acabéis de comer, iremos todos —contestó el tío.

Al terminar de comer, el padre le dijo a Talía y a Tobit, que salieran de la cabaña y le esperaran fuera; Tenía que hablar a solas con su hermano.

—Ya estamos solos. ¿Qué te ocurre? —preguntó el tío.

—Debes saber que mi hija es la elegida. Ya sabes lo que eso significa. Hemos hecho todo lo que decían los pergaminos, y Talía, cree que no ha acabado con las sombras —le contó el padre a su hermano.

—¿Y tú qué crees? —preguntó el tío.

—Yo creía que sí, pero es la elegida, y si ella piensa que no...

—Si no lo habéis logrado... ¿pondréis en peligro también a esta aldea?  
—dijo el tío.

—Me temo que sí, pero ya no sé que hacer más —respondió el padre con preocupación.

—Lo solucionaremos juntos. No debí marcharme de la aldea, tenía que haberte ayudado. Seguro que aquellos aldeanos no te ayudaron, pero ahora lo arreglaremos juntos —dijo el tío.

—Talía, necesita ayuda. No le va a servir cualquier curandero —dijo el padre.

—Lo sé. Esta curandera, no es cualquiera. Su cabaña se sostiene por el árbol de la sabiduría. Ella le ayudará a descubrir lo que necesite saber, y nosotros le ayudaremos a llevar a cabo lo que tenga que hacer —dijo el tío.

—Muchas gracias, hermano —le agradeció el padre de los muchachos estrechando sus manos.

Salieron juntos de la cabaña y acompañaron a Talía a la cabaña de la curandera. La curandera, al ver a Talía, se le acercó rápidamente y le puso las manos en el rostro diciendo:

—¡Salvadora!, ¡salvadora!, ¡por fin, llegaste! Me llamo Tessa, cuéntame, te estaba esperando —dijo la curandera con entusiasmo.

Talía, sabía que tenía enfrente a la persona adecuada. Talía le contó todo lo que había sucedido, todo lo que había hecho, y su sospecha de no haber acabado con las mortíferas y tétricas sombras. La curandera la escuchó atentamente y sin decir ni una sola palabra. Cuando Talía acabó...

—Has destruido cualquier posibilidad de que las dos sombras que faltaban, pudieran llegar a este mundo, pero las otras cinco sombras permanecen, débiles, pero permanecen —dijo la curandera.

—¿Cómo las destruiré? No había nada más escrito en los pergaminos. Y la profecía decía que las destruiría —dijo Talía.

—Sí, y las destruiste, pero a las dos sombras que nunca han llegado y que ya nunca llegarán. Sin ellas, no tendrán jamás todo el poder —contestó la curandera.

—Pero... seguirán arrebatando la vida de los niños. Tengo que destruirlas —dijo Talía con preocupación.

—Y lo harás. Siéntate y escucha lo que tengo que decirte —dijo la curandera.

Todos se sentaron alrededor de la curandera para escucharla.

—La primera mujer en tener el don, tuvo dos hijos mellizos. Ni el varón, ni la hembra, tenían el don; ya debes saber que en las mujeres, el don se salta una generación. Cuando fueron adultos los dos hermanos mellizos, tuvieron cada uno una hija. Las dos niñas nacieron con el don. Cuando la mujer que posee el don, tiene mellizos, tanto la hembra como el varón, si tienen una hija, tendrá el don. La única diferencia entre la descendencia del varón, con la descendencia de la hembra es: que la hija del varón que nazca con el don, solo si tiene hijos mellizos, se volverá a transmitir el don a la hija del mellizo varón; Por lo tanto, en el caso del varón, posiblemente el don se saltará más generaciones. La elegida ha de ser pura, y por ese motivo, solo podrá venir directamente del don transmitido a través de las hembras, nunca por el don transmitido a través del varón. Yo poseo el don, pero proviene de un varón. Cuando la sabiduría de la hembra se una con la del varón, podrán encerrar a las cinco sombras. Ha llegado el momento de unir nuestras sabidurías. ¿Estás preparada? —dijo la curandera.

—Sí, Tessa —respondió Talía.

—Existe la profecía de la hembra, y la profecía del varón. Tú, ya has cumplido la profecía de la hembra, ahora te toca cumplir con la profecía del varón. Te leeré la profecía del varón. Este es el último pergamino —dijo la curandera Tessa.



## CAPÍTULO 20

### Pergamino IV

#### La profecía del varón

*«Bajo la corona están*

*La torre que avisa te guiará*

*La que encierra la mano,*

*al agua que la rodea te llevará*

*En su camino la encontrarás*

*La piedra más alta en su interior verás*

*La piedra gemela que quiere huir*

*la deslizará*

*Varón y hembra las deben buscar*

*Solo ellos las encontrarán*

*Solo ellos las encerrarán»*

\*\*\*\*\*

—Pero nuestro pergamino decía que destruiríamos a las sombras —dijo Tobit que no se podía creer que no hubieran acabado con ellas.

—La profecía de la hembra, os dice cómo destruir a las dos sombras que faltaban. Sin ellas, las otras cinco sombras no podrán con toda la humanidad. La profecía del varón, os dice cómo encerrar a las cinco sombras que quedan para que de allí nunca salgan —replicó la curandera.

—Pero... ¿y si alguien lo descubre y las vuelve a liberar? —preguntó Talía.

—Por eso, solo el varón y la hembra, sabrán el lugar —contestó la curandera.

—¿Varón y hembra? —preguntó Tobit.

—Sí. Solo los hermanos mellizos serán. Y sí, tu hermana y tú —contestó la curandera adelantándose a otra posible pregunta de Tobit.

—¿Dónde está ese lugar? —preguntó Talía.

—Cuando llegue el momento lo sabréis. Algo que ha cambiado deberá volver a su estado natural. Ya no puedo deciros nada más. Ahora todo está en vuestras manos —dijo la curandera dándoles la última pista.

—¿Qué es lo que debemos encontrar? —preguntó Tobit.

—Vamos a interpretar la profecía y lo sabremos —respondió Talía.

La curandera se marchó de la cabaña y le dijo al padre y a su hermano que salieran de allí también. Dejaron solos a Talía y a Tobit, para que descifrarán la profecía del varón. Solo ellos lo debían saber.

*«Bajo la corona están».*

—Está claro que debemos ir al castillo.

*«La torre que avisa te guiará».*

La torre que avisa... debe ser la atalaya. Es la torre más alta que está fuera, y delante del castillo. Tiene una campana para avisar a los centinelas del castillo la llegada del enemigo.

*«La que encierra la mano,  
al agua que la rodea te llevará».*

Pueden ser las mazmorras que están debajo de la torre homenaje, por los grilletes que ponen a los enemigos en las muñecas. El agua que la rodea, debe ser la zanja que está alrededor del castillo, llena del agua del mar.

*«En su camino la encontrarás».*

Dicen que hay un túnel dentro de la zanja que llega al mar y trae el agua de allí a la zanja.

*«La piedra más alta en su interior verás».*

La piedra más alta... podría ser la montaña y en su interior estará.

*«La piedra gemela que quiere huir la deslizará».*

La piedra que quiere huir... papá nos enseñó un saliente, si movemos esa piedra...

*«Varón y hembra las deben buscar».*

*«Solo ellos las encontrarán».*

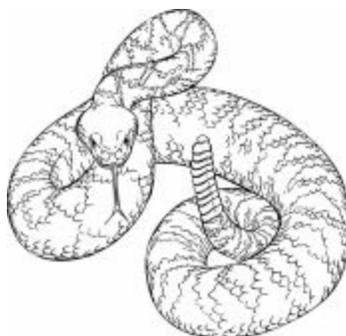
*«Solo ellos las encerrarán».*

Bueno... esto también lo veo muy claro. Nosotros dos las debemos buscar, y solo nosotros dos las encontraremos, y juntos podremos conseguirlo. Si dice encerrarán... tal vez, debemos buscar unas llaves, y si es así, serían cuatro llaves las que debemos encontrar —explicó Talía.

—¿Y algo que ha cambiado deberá volver a su estado natural? —preguntó Tobit.

—No sé. Creo que eso lo sabremos cuando llegue el momento —respondió Talía.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder —dijo Tobit.



## CAPÍTULO 21

Talía y Tobit, salieron de la cabaña de la curandera dispuestos a salir inmediatamente a buscar las cuatro llaves. Al salir, les estaban esperando la curandera, su padre y su tío.

—Vamos a preparar los sacos y nos vamos para intentar atrapar a las cinco sombras —dijo Tobit.

—Vosotros solos no podréis conseguirlo. Vuestro tío y yo, iremos con vosotros —dijo el padre.

—No podéis. Solo el varón y la hembra podrán. Está escrito en la profecía —contestó Tobit.

—Vuestro padre y vuestro tío, deben ir. No pueden conseguirlo, ni ver como las encerráis, y tampoco lo que tenéis que conseguir, pero pueden ayudaros a llegar a todos esos lugares. Deben acompañaros —contestó la curandera.

—Pues entonces, vamos todos a prepararnos para salir lo antes posible —dijo Talía.

—Antes debéis descansar un poco, y cuando llegue el ocaso saldremos. La noche nos ayudará para poder acceder a los sitios sin ser descubiertos —dijo el tío.

—¡No tenemos tiempo! —dijo Tobit.

—Si no descansamos, no podremos conseguirlo. Las fuerzas nos fallarán y necesitamos a la noche para conseguirlo. Vamos a descansar y no se hable más —sentenció el padre.

Todos, menos la curandera, se fueron a la cabaña del tío. Hicieron unos

jergones y se tumbaron para descansar mientras esperaban al ocaso.

\*\*\*\*\*

Llegó el ocaso, y el padre tuvo que despertar a Talía, y a Tobit; se habían quedado completamente dormidos; lo necesitaban, estaban agotados, aunque no quisieron reconocerlo.

—¡Vamos! Ha llegado el ocaso. Debemos cargar el carro con los sacos y marcharnos —dijo el padre.

Los muchachos se levantaron sin protestar. Entre los cuatro cargaron el carro y se subieron en él. Salieron de la aldea y se dirigieron hacia el castillo.

Cuando llegaron a la aldea primus, buscaron un lugar seguro para dejar el carro y se acercaron andando hacia la atalaya. Se quedaron lo suficientemente lejos para que el centinela no les viera, y lo suficientemente cerca para poder observarlo, y saber cuando debían acercarse a ella, Talía y Tobit.

—No podremos acercarnos. El centinela hace muy bien su trabajo —dijo Tobit preocupado.

—Vuestro tío y yo, podríamos distraer al centinela y mientras, vosotros corréis para coger lo que debéis encontrar —dijo el padre.

—Eso estaría bien, si supiéramos dónde está lo que buscamos, pero no es así. Tenemos que buscarlo, y eso nos llevará más tiempo del que conseguiríamos al distraer al centinela —dijo Talía.

—¿Por qué no miras desde aquí?, tal vez, veas algo diferente de lo normal en la torre —dijo Tobit.

—¡Claro! «Algo que ha cambiado deberá volver a su estado natural» —exclamó Talía al recordar lo que les dijo la curandera.

Talía, miró detenidamente toda la parte inferior de la atalaya buscando algo diferente que rompiera aquella uniformidad. Después de un buen rato, pudo observar que una de las piedras de la pared de la torre, tenía un color un poco más oscuro que las otras piedras; era casi imperceptible, pero era lo único diferente que pudo ver.

—Creo que ya lo he localizado, pero... ¿cómo lo vais a distraer? —preguntó Talía.

—¿En qué parte de la torre está? —preguntó el tío.

—En la parte derecha de la posición del centinela —contestó Talía.

—Entonces, quedaros aquí. Tu padre, y yo, iremos hacia los árboles que están a la izquierda de la posición del centinela. Yo subiré en uno de esos árboles, y moveré las ramas para captar la atención del centinela. Tu padre se quedará abajo y hará una señal para que os acerquéis deprisa a la torre. Cuando lleguéis, tu padre, me dará la señal para dejar de mover las ramas. Y cuando acabéis, le haréis una señal a vuestro padre, él me la hará a mi, y volveré a mover las ramas para que podáis volver al bosque y ocultaros —dijo el tío.

—Pero, cuando estemos debajo de la torre, el cen-tinela nos verá —dijo Tobit.

—Desde arriba no puede veros, si os acercáis todo lo que podáis a la pared de la torre —dijo el padre.

Talía y Tobit, se prepararon y se quedaron quietos, escondidos detrás de los árboles esperando la señal de su padre. El tío y el padre, se fueron hacia la izquierda rápidamente ocultándose detrás de los árboles que se iban encontrando hasta que llegaron al árbol elegido. Al llegar, el padre juntó sus manos, y el tío colocó su pie en ellas, utilizándolas para tomar impulso y poder subir al árbol. Subió, y se sentó en una rama muy gruesa empezando a mover todas las ramas de alrededor. Los pájaros que allí descansaban, no tardaron en reaccionar asustándose, y empezando a revolotear moviendo las hojas del árbol.

El centinela, al oír el revuelo de los pájaros, se giró moviéndose hacia su izquierda. En ese mismo instante, el padre le hizo la señal a los mellizos.

Talía y Tobit, corrieron todo lo deprisa que pudieron hacia la atalaya, y se pegaron como lapas a ella. Talía empezó a darle pequeños golpes con el pie a la piedra que era diferente, y Tobit hizo lo mismo para ayudarle, consiguiendo entre los dos que la piedra se girara, y encontrando una llave en el hueco que dejó la piedra al girarse. Talía cogió la llave, se la guardó, y volvieron a darle con el pie a la piedra para dejarla como estaba. Tobit hizo la señal a su padre. El padre le hizo la señal a su hermano, y él volvió a mover las ramas para volver a distraer al centinela. Los mellizos corrieron al ver la señal de su padre hasta llegar al bosque, y se ocultaron esperando a su padre y a su tío. El tío bajó del árbol y junto a su hermano fueron hasta donde estaban los muchachos.

Al llegar, el padre y el tío...

—¿Lo tenéis? —preguntó el padre.

—Sí. Lo hemos conseguido —dijo Tobit.

—¿Dónde hay que buscar el siguiente? —preguntó el tío.

—En las mazmorras del castillo —contestó Talía.

—¿Cómo entraremos en el castillo? —preguntó Tobit.

—Podríamos ir a la aldea primus y comprar unas hortalizas o frutas a los mercaderes. Entraríamos con el carro en el castillo como si fuéramos mercaderes —dijo el tío.

—Eso serviría para cruzar al otro lado de la muralla. Pero las mazmorras están debajo de la torre homenaje y entrar en esa torre es imposible —dijo el padre.

—Talía, los abuelos de nuestra abuela, entraron al castillo, y pasaron por las mazmorras —para sacar a la abuela del barracón de los curanderos—, por una entrada en el exterior del castillo. Mira el primer pergamino. En él está el camino —dijo Tobit.

—¡Es verdad! La salida de la familia real en el caso de un asedio al castillo —dijo Talía.

Después de ver en el pergamino cómo llegar, se prepararon, cogieron el carro y se fueron por la llanura. Antes de llegar a la montaña pararon, y buscaron la roca que tapaba la entrada del túnel. Al encontrarla, la movieron, sacaron las antorchas, las encendieron, y entraron en el túnel. Lo recorrieron hasta llegar a las catacumbas, y pasaron por aquella galería mirando las inscripciones de las lápidas.

—Aquí está toda la historia de los reyes —dijo el padre.

—¡Mira, Talía!, aquí está lo que queda del rey que casi impide que nosotros llegáramos a este mundo —dijo Tobit.

—Y aquí están los restos del rey tullido; su hijo. Ya no queda nadie de los que vieron a las sombras por primera vez —dijo Talía.

—En el castillo fueron y aquí dejaron de ser —dijo el tío.

Salieron de las catacumbas y siguieron avanzando por las galerías.

—¡Que olor más desagradable! —dijo Tobit.

—Es el hedor característico de las mazmorras. Ya estamos muy cerca —dijo el padre.

—Pufff, huele a carne podrida —dijo Tobit mientras avanzaban y se acercaban cada vez más a las catacumbas.

—Los prisioneros que llevan a las mazmorras, nunca salen de allí. Por eso tienen ese hedor. Puede que nos crucemos con algunas ratas. No debéis asustaros. Acercarle la llama de las antorchas, y se marcharán. Ya no podemos acompañaros más, ahora, debéis seguir solos. Os estaremos esperando aquí. Recordar que nadie puede ver lo que buscáis. Si hay algún prisionero vivo, acercar una de las antorchas a su rostro y la luz le cegará —dijo el tío.

Los hermanos mellizos continuaron solos por las galerías; cada vez era más insoportable el hedor. Al llegar a las mazmorras, vieron las rejas de las celdas abiertas; no era necesario cerrarlas, ya que los presos tenían las manos y los pies sujetos por unos grilletes, enganchados a unas cadenas que salían de las paredes. Algunos eran esqueletos encadenados, y a otros les quedaba algo de carne mordisqueada por las ratas.

Tobit iba espantando a las ratas con la antorcha para que su hermana pudiera buscar la siguiente llave sin problemas.

—¿Ves algo Talía? —preguntó Tobit.

—Si hubiera visto alguna vez unas mazmorras, sería más fácil. No sé lo que es normal para poder ver algo diferente —contestó Talía.

—Mira los grilletes, debe haber dos arriba y otros dos abajo en cada sitio. Es algo para empezar —dijo Tobit.

Talía fue mirando todos los grilletes y de repente...

—¡Mira, Tobit! Ahí solo hay un grillete en la parte superior y es más grande que los otros.

—Ese grillete será para el cuello —dijo Tobit.

Los mellizos se acercaron a aquel grillete. Talía lo cogió y lo miró detenidamente, pero no vio nada extraño.

—Sigue la cadena —dijo Tobit.

Talía, recorrió la cadena con las manos tocando cada eslabón, y al llegar al

final, vio un ladrillo del mismo color que el de la pared de la atalaya. Lo movió... y allí estaba la llave. La cogió y se la guardó.

—Ya la tengo. Salgamos de aquí. No soporto este olor, ni a las ratas —dijo Talía.

Los mellizos salieron rápidamente de allí. Recorrieron las galerías hasta llegar donde estaban su padre y su tío.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó el padre.

—Sí —contestó Talía.

—Pues vámonos de aquí —dijo el padre.

Recorrieron las galerías pasando las catacumbas y llegando al túnel. Salieron al exterior y lo taparon con la piedra.

—¿Cuál es el siguiente lugar? —preguntó el tío.

—El túnel que hay en el interior de la zanja que rodea la muralla del castillo —contestó Tobit.

—Es imposible entrar en la zanja; demasiados centinelas que distraer —dijo el tío.

—El túnel llega al mar según el pergamino —dijo Talía.

—Pues entonces, no entraremos al túnel por la zanja, entraremos a través del mar. Vamos, subir al carro —dijo el padre.

Se subieron al carro, fueron hacia el castillo y rodearon la zanja hasta llegar al mar. Al llegar, se bajaron del carro, y se acercaron para buscar en qué lugar estaba el túnel que llegaba al mar desde la zanja que rodeaba la muralla del castillo.

El tío, fue el primero en ver el túnel. No se encontraba en el fondo del mar. El túnel sobresalía por encima del mar, viéndose como entraba el agua salada dentro de él; podrían pasar nadando por él sin tener que sumergirse por completo en el agua.

—Por este túnel podrían llegar sin problemas los enemigos a la zanja y acceder a la muralla del castillo —dijo Tobit.

—La parte del túnel que llega a la zanja está cerrada por uno gruesos y fuertes barrotes. La entrada al túnel está vigilada por un centinela día y noche. No es tan sencillo. Es uno de los castillos más seguros de estas tierras —dijo

el tío.

—Prepararos para mojaros. Llevaros estos trozos de bambú, están huecos para que podáis respirar debajo del agua, si lo necesitáis —dijo el padre.

Talía y Tobit, se prepararon, y se metieron en el mar. Nadaron hasta llegar al túnel y pasaron por dentro de él agarrándose a las paredes. Lo recorrieron hasta llegar al otro extremo sin encontrar nada. Vieron los gruesos barrotes y nada más.

—Talía, coge el bambú, debemos mirar debajo del agua.

Se sumergieron, y Tobit miró por las paredes del fondo. Talía se acercó a los barrotes por la parte que estaban sumergidos. Todos estaban oxidados, excepto una pequeña parte del final de uno de ellos. Talía empezó a tocar el barrote pudiendo notar que había un pequeño agujero en él. Introdujo los dedos dentro y pudo tocar una llave. La sacó inmediatamente de su interior, se la guardó y le hizo una señal a Tobit para que sacara la cabeza del agua.

—¿La has encontrado? —preguntó Tobit al sacar la cabeza del agua.

—La tengo. ¡Vámonos!

Nadaron recorriendo el túnel hasta llegar al mar. El tío y el padre, que allí esperaban, les ayudaron a salir del agua. Mientras los mellizos se encontraban dentro del túnel, habían hecho una pequeña hoguera.

—¿Lo habéis conseguido? —preguntó el tío.

—Sssí, sssí —contestó Tobit temblando de frío.

—Vamos, quitáros la ropa, abrigaros con estas pieles y sentaros al lado del fuego para entrar en calor. Pondremos la ropa a secar y después seguiremos con la búsqueda —dijo el padre.

Los mellizos hicieron lo que su padre les dijo, y cuando la ropa estuvo seca, se vistieron.

—¿Y ahora, cuál es nuestro próximo destino? —preguntó el tío.

—El interior de la montaña —dijo Talía.

Se subieron al carro y recorrieron la llanura hasta llegar al pie de la montaña. Bajaron del carro y subieron a pie por las rocas de la montaña hasta llegar a la cueva. La entrada estaba cerrada con una reja.

—Tendremos que romper las cerraduras —dijo el tío mirando a su hermano.

—Si fuera tan fácil, todos los que estuvieron encerrados aquí, podrían haber escapado —dijo Tobit.

—Desde dentro, es imposible acceder a las cerraduras —dijo el padre callando a Tobit.

Entre el tío y el padre, reventaron las cerraduras de la reja pudiendo abrirla. Entraron en la cueva solo los mellizos. Miraron por las paredes buscando entre las rocas algún saliente.

—Talía, aquí hay uno.

—Intenta moverlo —dijo Talía.

—No se puede —dijo Tobit.

—Habrá que buscar otro, o tal vez dos. En el pergamino decía algo sobre una piedra gemela que huía —dijo Talía.

Buscaron y buscaron, y al llegar al fondo de la cueva, cerca de un pequeño túnel...

—Aquí hay dos piedras casi juntas que sobresalen —dijo Tobit.

—¿Y si las intentamos mover o deslizar a la vez? —preguntó Talía sabiendo que así debía ser.

—Agarra una, y yo agarraré la otra. Cuando me digas las moveremos a la vez —dijo Tobit.

Talía, le dio la señal a su hermano y los dos, a la vez, deslizaron las piedras contra la pared. Un pequeño hueco se abrió en la pared; cerca del techo de la cueva. Ni Talía, ni Tobit, alcanzaban el hueco para mirar si estaba la llave que les faltaba.

—Talía, súbete en mis hombros. No pesas mucho y puedo agarrarme en la pared —propuso Tobit.

Tobit se agachó, y Talía colocó los pies sobre los hombros de su hermano. Tobit se levantó con su hermana encima de sus hombros y agarrándose con fuerza a las rocas de la pared.

—¿Llegas? —preguntó Tobit.

—Sí. Ya la tengo. Bájame —dijo Talía.

Talía guardó la llave junto a las otras y dejaron los salientes como estaban

antes de moverlos; ya tenían las cuatro llaves.

—¿Y ahora? —preguntó Tobit.

—Aquí no he visto nada. Tendremos que pasar por ese túnel —contestó Talía.

Cruzaron el túnel y llegaron a la cueva de la laguna sagrada.

—Volvemos a estar aquí. ¿Ves algo fuera de lo normal? —preguntó Tobit.

—El agua era clara antes de que quemáramos las raíces —dijo Talía.

—Bien, ¿y qué hacemos?, ¿tiramos las llaves al agua? —dijo Tobit.

—No. Me temo que tendremos que volver a mo-jarnos —dijo Talía.

—Pues, por una vez más... —dijo Tobit.

Talía y Tobit, se sumergieron en la laguna sagrada viendo una luz muy tenue que salía del fondo. Talía le hizo una señal a su hermano indicándole que debían acercarse a la luz. Al llegar a ella, vieron cuatro cerraduras. Talía le volvió a hacer una señal a Tobit, pero esta vez, para indicarle que debían salir del agua.

—Me faltaba el aire —dijo Talía.

—Coge aire y volvamos al fondo. Ese es el lugar —dijo Tobit.

—Toma dos de las llaves, así lo haremos más rápido, para que no nos falte el aire —dijo Talía.

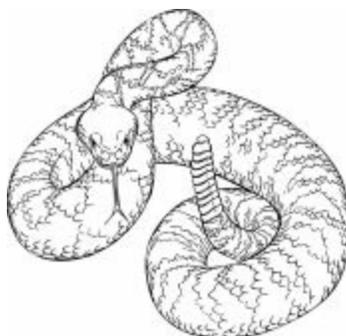
Tobit cogió las dos llaves y se sumergieron otra vez en la laguna sagrada, hasta llegar a las cuatro cerraduras. Introdujeron las llaves en ellas y se abrió algo en el fondo que no pudieron ver. La luz que desprendía era cegadora.

En el agua se formaron unos remolinos de aire que casi arrastran a los dos hermanos al interior de la luz. Se agarraron fuertemente a los soportes que sujetaban las cerraduras, aguantando —con muy poco aire en sus pulmones—, hasta que el agua volvió a tener su color natural; quedando totalmente cristalina. Los remolinos desaparecieron y Talía le hizo una señal a su hermano para volver a girar las cuatro llaves de las cerraduras. Al cerrar, la luz cegadora desapareció y salieron de la laguna sagrada.

—¿Lo habremos conseguido? —preguntó Tobit.

—Algo me dice que esta vez sí, pero no lo sé. Salgamos de la montaña

—dijo Talía.



## CAPÍTULO 22

Los hermanos mellizos, salieron de la cueva de la laguna sagrada por el túnel. Recorrieron la cueva hasta la reja y salieron.

—¿Lo tenéis? —preguntó el tío.

—Lo tenemos, y Talía tiene la grata sensación de haberlo conseguido —contestó Tobit.

Talía y Tobit, se subieron al carro junto a su padre y a su tío.

—¿Volvemos a nuestra aldea? —preguntó Talía.

—No podemos volver hoy. Esta noche la luna llena aparecerá. Si no hemos conseguido acabar con las sombras, tú estarás en peligro. Iremos a la aldea sapiens y pasarás la noche en la cabaña de la curandera. Tobit, y yo, dormiremos en la cabaña del tío. Mañana iremos a nuestra aldea y comprobaremos si hemos acabado con las sombras, y si estamos todos a salvo —contestó el padre.

—¿Y si estamos a salvo, volveremos a vivir en nuestra aldea? —preguntó Tobit.

—Solo si los dos queréis —respondió el padre.

—Yo no quiero —dijo Tobit.

—¿Talía? —preguntó intrigado el padre, llamando la atención de su hija y esperando una respuesta.

—Yo tampoco quiero. Ya no es nuestro hogar. Nuestra familia les ha dado más de lo que se merecen.

Siguieron su camino hasta llegar a la aldea sapiens. Cuando llegaron, Talía

se fue a la cabaña de la curandera, y allí pasó toda la noche descansando. Tobit y su padre, descansaron en la cabaña del tío.

Al día siguiente, Talía se despertó la primera y fue a la cabaña de su tío.

—¡Arriba!, ¡arriba! Tenemos que ir a nuestra aldea —dijo Talía.

Todos se levantaron, y sin mediar palabra se prepararon, y se fueron a por el carro. Se subieron en él y se marcharon hacia la aldea. Todo el camino fueron en silencio, la tensión se podía sentir.

Al llegar a la aldea, pudieron comprobar que las sombras no habían aparecido; lo habían conseguido.

Talía y Tobit, fueron al barracón para recoger sus cosas y las llevaron al carro. Cuando ya se marchaban...

—¡Esperad!, coger una antorcha y ayudarme —dijo Tobit.

—¿Qué te ocurre?, ¿para qué necesitas ahora las antorchas? —preguntó el padre.

—Igual que las sombras han desaparecido para siempre, el barracón también ha de desaparecer para siempre —contestó Tobit.

—¿Quieres quemarlo? —preguntó el tío.

—En el tejado del barracón le arrebataron la vida a mi madre. En el centro del barracón estaba el árbol del conocimiento que unía al cielo con el inframundo. Debajo del barracón dieron por muerto a mi padre. En el interior del barracón nos criamos Talía y yo. Y allí murió nuestra abuela escondida de las sombras. Todo ha de desaparecer. Nos pertenece, y nosotros ya no estaremos aquí. No quiero que al verlo, se hable de nuestra familia, ni que utilicen el tejado para sacrificar a nadie más. Si no me ayudáis... lo haré yo solo —dijo Tobit.

Ninguno replicó a todas aquellas palabras llenas de dolor. Se acercaron todos al barracón, y cada uno puso su antorcha en una de las esquinas. El barracón empezó a arder.

Se quedaron allí mirando como desaparecía toda una historia de dolor.

Los aldeanos al verlo, no se atrevieron a decir nada y esperaron a que se fueran; todos escondidos dentro de sus cabañas. Habían oído todas las palabras de rabia y de dolor de Tobit, era mejor esperar a que se fueran para

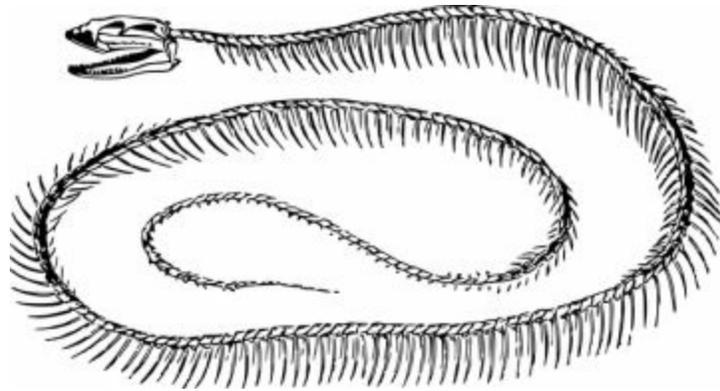
salir; los habían salvado.

Cuando no quedaron nada más que las cenizas, se subieron al carro y se marcharon a la aldea sapiens. Al llegar...

—Construiremos una cabaña para vosotros, y así tendréis vuestro propio hogar —dijo el tío.

Pasó el tiempo y tuvieron su propia cabaña. Tobit fue aprendiendo el oficio de carpintero, convirtiéndose en aprendiz de carpintero de su tío. Talía aprendió todo lo que pudo de la curandera hasta la muerte de la misma. A partir de ese mismo momento, Talía se convirtió en la curandera y en la partera de la aldea sapiens.

El don familiar continuó. Los pergaminos con las profecías y los nuevos conocimientos añadidos por cada mujer con el don, pasaron de generación en generación.



*«No estamos solos,  
nunca lo hemos estado,  
y jamás lo estaremos».*



**Autora de las novelas:**

*«La Abadía Del Norte».*

*«La Sangre Del Aprendiz».*

*«Coraje De Lobo».*

*«Sombras: Las Profecías».*